COLECCION PENSAMIENTO DOMINICANO

SOCRATES NOLASCO

EL CUENTO EN SANTO DOMINGO

SELECCION ANTOLOGICA

Ciudad Trujillo, LIBRERIA DOMINICANA República Dominicana

4

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EXLIBRIS

Dr. Cuervo Cuebra H

COLECCION

EL CUENTO EN SANTO DOMINGO

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

Impreso en la República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

SOCRATES NOLASCO

EL CUENTO EN SANTO DOMINGO

SELECCION ANTOLOGICA

TOMO II

LIBRERIA DOMINICANA
Ciudad Trujillo, República Dominicana
1957

11949-40

BNPHU
RD
RD963.44
C9655
V.2, E.2

BIBLIOTECA NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Santo Domingo, R.D.

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
DONATIVO
Donado por: Sonia Quiebra
Fecha: 2013

ANGEL RAFAEL LAMARCHE

(N. 1900) (*)

BIBLIOTEKA NARODOWA

PERO EL ERA ASI...

Rupert Lowell hacía rato que había regresado a la casa, y aún Catharine, su mujer, no se había atrevido a preguntar.

Cuando Rupert llegó estaba anocheciendo, y ella, que lo estuvo esperando con ansiedad, precisamente por eso, todo el día, se dijo: "Aguardaré a que pase la cena". La cena había terminado, y Catharine tuvo tiempo de ponerlo otra vez todo en orden, sin que de sus labios brotara la pregunta.

(*)—Impresas ya las noticias preliminares de *El Cuento en Santo Domingo*, hemos tenido la satisfacción de conocer *Los Cuentos que New York no sabe*, de Angel Rafael Lamarche.

Más que un juicio particular, formulado bajo la sugestión de su inmediata lectura, vale recordar que los cuentos de Lamarche han merecido elogios de los venerables Baldomero Sanín Cano, Federico de Onís y Ricardo Rojas; de críticos renombrados de México, Cuba, Colombia, Ecuador, Puerto Rico, Uruguay, Chile, Argentina; de los catedráticos norteamericanos Frank Tannebaun, Robert G. Mead, Allen W. Phillip, H. R. Werfeld; del crítico español Federico C. Sainz Robles; del célebre profesor florentino Oreste Macri; del novelista francés Francis de Miomandre y del crítico, también francés, George Pillment, quien afirma en su antología de cuentistas que Angel Rafael Lamarche es "uno de los dos representantes del cuento en la República Dominicana".

Para prestigio del autor de *Los Cuentos que New York no sabe*, si en el reconocimiento no figurara la aprobación de un Federico de Onís, de B. Sanín Cano y Ricardo Rojas, bas-

Ahora, sentados en la sala, frente a frente, por más de una ocasión lo intentó, pero apenas lo pensaba se arrepentía. Al fin logró decidirse:

—Rupert... ¿traerán hoy el retrato de Sim?

El hombre, redoblando las chupadas a su pipa, habló sin mirarla:

—Esta noche... Eustace Addison me lo enviará con un mensajero.

Tosió y tras de golpear la pipa en el viejo cenicero de peltre y atacarla nuevamente de tabaco rubio, continuó:

—Tienen mucho trabajo...

Hizo otra pausa para encender un fósforo. Con uno no le fué suficiente. Encendían mal. Y antes de proseguir, se cercioró de que estaban bien apagados los que tiró en el cenicero.

—Trabajan también de noche...

Había levantado los ojos grises de un azul acerado, como si realmente le interesaran las volutas de humo que arrojaba con alarde por la boca, y concluyó con voz indiferente en apariencia:

—Me ha prometido que la ampliación quedará muy bien... Quiso que lo comprobara... pero yo no *podía detenerme,* y preferí que tú y yo lo viéramos aquí juntos.

Catharine Lowell no pronunció una sola palabra. Se

---

taría el testimonio de tres grandes escritores de hispanoamérica: José María Chacón y Calvo, Enrique Gandía y Martín Luis Guzmán, el autor de *El Aguila y la Serpiente.*

Clara idea de la calidad y de la técnica del cuentista, que es Angel Rafael Lamarche, le dará al lector *Así era él:* cuento psicológico admirablemente escrito, de intenso dramatismo, cuya acción discurre y termina en un momento y perdura en la memoria.

puso en pie, aparentemente para rectificar un pliegue indebido en el tapete de una mesa, y después salió de la sala.

Rupert se volvió para verla salir. No ignoraba adonde se dirigía, y movió la cabeza con ese movimiento del que ve confirmada sus previsiones. Murmuró:

—Va a ser imposible...

Como su marido lo había sospechado, ella avanzó por el pasillo hasta el cuarto de Sim. Tuvo que luchar con la cerradura porque la puerta estaba cerrada y por allí no se veía bien. Pero cuando abrió, la ventana de la habitación que caía a la calle amplia y llena de ruido, libre del obstáculo de las cortinas, dejaba penetrar la claridad de un farol próximo. Se acercó. Por esta ventana había visto regresar más de una vez a Sim, o algunos años antes lo vió jugar en la calle con sus compañeros. Levantando el brazo, buscó la bombilla e hizo luz. Todo se hallaba igual que cuando él se fué. La cama con su colcha de raso a franjas blancas y azules. Los cromos de lindas muchachas y el banderín triangular del equipo náutico de su escuela. En un rincón se recostaban, como si esperaran el término de aquellas prolongadas vacaciones, el bastón de *esquiar* y los puntiagudos *esquís*. Los libros vueltos de lomo en el pequeño estante, fingían abultarse más para que volviese a tomarlos una mano conocida. Abrió un cajón de la cómoda. Ahí estaban los "pull-overs" de bandas caprichosas, las botas de hule con que chapoteaba por los ríos y los pantanos en las partidas de pesca, los calcetines y mitones de grueso estambre para los deportes de invierno... Todo se hallaba como él lo dejó la última noche que pasó aquí... Sí, Catharine lo sabía bien. Rupert y ella lo habían guardado cuidadosamente... Pero esta noche en que iba a ver la ampliación de la última foto-

grafía que Sim se hiciera en Nueva York, sintió como nunca el deseo de visitar este cuarto. Aquella misma mañana lo había hecho. Lo efectuaba diariamente. Con frecuencia, muchas veces al día. Pero se le había ocurrido que, de visitarlo ahora, vería mejor el retrato de Sim, como si realmente necesitara revivir sus recuerdos. Y, sin embargo, no había olvidado la menor cosa... Ni aun era posible olvidar la afición de Sim por el pan de pasas y la sopa verde de guisantes... ¡Oh, no!... No era eso... Simón Lowell fué desde temprano un muchacho estoico. Si sus travesuras le proporcionaban un descalabro, lo ocultaba sin una queja. Ni Catherine ni Rupert tuvieron jamás que sufrir a causa de aquel hijo único... El hijo único. Esto lo *medía* todo. Actualmente le parecía muy raro que este hijo fuese sólo un hijo *muerto*. Muerto, y no un hijo como son y se quieren los hijos, para repasarle la ropa y verle todas las mañanas tomando el desayuno, con el libro al lado y metiéndose los dedos en los cabellos, o tocarle la puerta del cuarto de baño y advertirle, entre el estrépito de la ducha y la algazara de una canción: "¡Eh, Sim, que se te va la hora!"... No; aunque le pareciese increíble, ni siquiera Rupert y ella, por las noches desde la cama, le oirían entrar lo mismo que antes, diciéndose el uno al otro, como si fuera posible que pudieran tener dudas respecto de quien entraba: "Es Sim"...

Miró el retrato de la muchacha que estaba en la mesilla de noche. Era Louise. Los grandes ojos negros sonreían con extraña expresión de incertidumbre, y sobre el pecho una letra cuadrada, esquinándose, había escrito: "Para que no dejes de pensar en mí constantemente, *darling*". Catharine se reprochó casi con encono: "Fué una estupidez que no se casaran antes de que él se fuera"... Pero inmediatamente se arrepintió; debía ser justa: Loui-

se era sólo una muchacha y únicamente hubiera conseguido crearse una serie de complicaciones, en tanto que hoy le quedaría como una pena dulce el recuerdo de Sim, y no tardaría en casarse con otro. Pensó que Louise vendría a ver también, dentro de un momento, la ampliación, pero *"Sim se hallaba muerto"*. Muerto: una sola palabra y, no obstante, qué resultados tan enormes... Desde que uno nace empieza a oír por dondequiera: la muerte... la muerte. Se dice la muerte, y todos, con los ojos en blanco, creen que comprenden su significación. En la actualidad, Catharine *sí sabía* lo que era la muerte. Pero su aturdimiento se renovó. La desconcertaba aceptar que Louise no tendría en lo adelante para ella el *interés que tuvo* anteriormente, y que cuando la propia Louise tuviese novio o se fuere a casar, sus consultas y su confianza *serían* para la madre de *otro* hombre...

Y con lo fácil que había resultado todo aquello... Catharine estaba convencida de que las cosas más grandes suceden así, de un segundo a otro, con la mayor sencillez... Aun creía mirar a Sim aquel día: "Estamos en guerra", dijo, y bajó los ojos, pero los volvió a levantar y sonreír... Sonriendo de *esa forma* se fué... Entonces vinieron las cartas: "No creo que se preocupen por mí; me molestaría; me siento sano y alegre... Ustedes saben bien que me gustaron siempre las empresas más peligrosas y las aventuras... Además, la guerra vista a distancia es muy distinta a como se ve entre sus "mismas conmociones"... Era un tono idéntico al que empleaba cada vez que Rupert o ella parecían flaquear ante las inevitables cuestiones de la vida: "¡Eh, padre, no olvides que me siento orgulloso de tu valor!"; o con cara muy seria, pero besándola con inocultable ternura, le decía a Catharine: "¡Hum, madre, recuerda que me gustan las *mujeres fuertes!*"... Por Na-

vidad escribió: "Me parece advertir que ustedes quieren saber cómo me va con la nieve. Pero ¡si nací y me crié entre ella!... Bueno, en realidad, ha sido mucha, pero no ignoran cómo me satisface. De modo que en vez de lamentar su abundancia, la he agradecido. Tocándola día y noche a campo raso me convertí un poquito en el héroe de todos los sueños que desde la infancia me despertó y no pude vivir allá, sino por momentos y como un muchacho esclavo de las horas y los libros; en resumen, como un muchacho enfadosamente "civilizado". En "Christmas eve" fué mucho mejor. Me sirvió para celebrarla. Cubría con su blancura todo el terreno, y como abundan los pinos, y esa noche estaba el cielo muy azul, y la propia noche tenía una especie de oscuridad azulada, yo mismo llegué a creerme una de esas figuritas que aparecen en el paisaje de las lindas tarjetas de "Christmas". Detrás de mí, mis camaradas, a la sordina, hacían música; yo había avanzado unos pasos, tantos como me lo permitieron el reglamento y la precaución; levanté la vista y parecían recién estrenadas las estrellas, y se me antojó que "eran todas las estrellas de los árboles de las "Christmas" que pasé en compañía de ustedes... ¡Oh! Los recordé, cómo los recordé... y aún los *estuve viendo,* de la misma manera que *me pareció ver* a Louise... Y cómo el viento aullaba con fuerza, imaginé todavía más: que estaba oyendo los *hurras* de toda la "banda": de Bob, de Molly, de Sam, de Letty; o que oía cantar a Gail Walker, aquella muchacha de ojos verdiazules que me llamaba "Simón el pendenciero" y fué vecina nuestra y cantaba en Broadyaw, a quien si la encuentran por ahí, les ruego la saluden de mi parte. Y aun cuando "mother" lo dude, entonces, mirando las estrellas, canté también, con alegría, mi canción... ¿El peligro? Bah... No me importa, ni creo tampoco mu-

cho en el peligro. Ya volveré. Y cuando vuelva, *volviese como volviere,* ni ustedes ni yo, ¿verdad?, derramaremos una sola lágrima".

Pero *no volvió.* Un día, *ese día* que *no se parece* a ningún otro, porque no es sino *ése,* vino el aviso *intransformable.* Desde luego, en eso no había dudas, el informe lo precisaba con claridad: "Murió como un valiente". Pero no había vuelto... No; Catharine estaba segura que cuando Rupert viera la ampliación no podría resistir e iba a suceder lo que precisamente ni su marido ni ella, sin decírselo, querían que sucediera...

Al regresar Catharine a la sala, Rupert pareció no apartar la atención del periódico que leía. Pero la observaba de reojo y no se le escapó que se sentaba lentamente como si en verdad la rindiese la fatiga.

Fué un largo timbrazo, uno solo. Catharine, que se había llegado a incorporar, volvió a sentarse como avergonzada de su desconcierto. Rupert lanzó el periódico y echó a andar precipitadamente, como si temiera no llegar nunca; pero al fijarse en su mujer, caminó paso entre paso. El mensajero se cercioró:

—¿El señor Rupert Lowell?

Era un muchacho quizá un poco más alto y delgado que Simón. Rupert tuvo la certeza de que cuando Catharine lo viese pensaría lo propio que él habían pensado: "Tiene la misma edad de Sim". Con mano segura firmó el recibo y, ayudado por el mensajero, llevó el bulto hasta ponerlo sobre la inútil chimenea de la sala, en dirección de la puerta.

Al entrar allí, el muchacho saludó:

—Buenas noches, señora.

Los ojos de Catharine, al verlo, brillaron de modo especial, pero permaneció muda. El mensajero bajó los

ojos y se devolvió por el pasillo. Rupert lo había seguido y no se limitó en la propina.

—Gracias, señor —dijo confuso el muchacho.

Lowell sonrió; aparecía perfectamente en calma, pero se olvidó de cerrar la puerta.

Cuando volvió, Catharine no se había movido aún y miraba como fascinada el bulto. Era de tamaño considerable y estaba cuidadosamente protegido por un papel castaño fuerte. Rupert, sin vacilar, empezó a romper la envoltura. Fué en ese momento cuando Catharine se aproximó. El papel estallaba como quejándose y resistiéndose. El retrato apareció; no comprendía mucho más del busto; Rupert retrocedió unos pasos. Era Sim, sin objeción el mismo Sim, un Sim vivo y alegre: el cabello casi rubio partido escrupulosamente a un lado; los ojos, de una transparencia infantil, diríase que tras de mirar a los dos, se levantaban un tanto para no perder un solo detalle de lo que ocurriese en la puerta; los labios, al sonreír, se entreabrían como si acabaran de hablar o por el contrario se impacientaran por hacerlo; se veía aún el principio de la chaqueta color de arena a grandes cuadros de un gris azulado; en la solapa rojeaba un tulipán... Catharine y Rupert, inmóviles, parecían impasibles, pero se clavaban fuertemente los dedos contraídos en la palma de la mano. Sí, era la imagen de Sim, de un auténtico Sim; la boca entreabierta quería, sin duda, comunicarles *algo;* pero tal vez el mejor mensaje se encontraba en ese soplo de vigilancia que *sentían* Rupert y Catharine bullir entre los dos, y apoyarse igual que una mano cariñosa en el hombro del uno y del otro, y que luego de escudriñarles ansiosamente la cara, ya más tranquilo, sonreía con enternecimiento al mirarles el corazón...

Nervioso, Rupert se acercó y enderezó el cuadro un

poco más. Catharine le observó con inquietud, y en su mirada apareció visiblemente el miedo, sí, un indecible miedo. y gritó:

—¡Es que no lo vas a dejar tranquilo!

Rupert se volvió estupefacto, pero al mirarla no tardó en responder con agresividad:

—No sabes decir más que estupideces.

Ella estalló nuevamente:

—Es preferible a ser un completo idiota.

Las voces se alzaban y las injurias se enardecían. Alguien acabó de empujar la puerta. Era Louise. Deslumbrada al descubrir el retrato de Sim, la sacudió un estremecimiento. Y se detuvo. Estaba escuchando. Tapándose los oídos, retrocedió. Con los ojos húmedos, creía imposible que hubiesen esperado para conducirse de esa manera a que estuviese *delante* el propio Sim...

Tan engolfados se hallaban en la disputa que no parecieron darse cuenta de la presencia de la muchacha. Al fin, Catharine vociferó:

—¿Piensas pasar así toda la noche, imbécil?

Rupert contestó con rabia:

—Me voy a acostar... pero en el sofá... No puedo dormir junto a una infame de tu clase...

Ella recalcó con agrio desdén:

—Eso era lo que deseaba, mal hombre.

Sin embargo, al separarse en opuestos rumbos, Rupert acertó a volverse en momento que Catharine no lo veía y en sus ojos relampagueó como una pícara ternura; quizá por coincidencia, y en otro instante semejante, a ella le pasó igual. En veinte años de matrimonio era ésta su primera disputa y la primera vez que no dormirían uno al lado del otro. Todo esto era extraño. ¿Sim, que los había unido tanto siempre, terminaba *ahora* por separarlos?

No; hoy se sabían más unidos que nunca y Sim era el broche de esa unión. Pero mañana *sería* otra cosa... Ambos suspiraron con ese suspiro de los que acaban de pasar victoriosamente, no importa el sacrificio, por una gran prueba. Experimentaban orgullo, inmenso orgullo... Ahí *estaba* Sim, y que lo dijese él: no habían derramado ni "una sola lágrima".

JOSE RAMON LOPEZ

(1866-1922) (*)

BIBLIOTECA NACIONAL
REPÚBLICA DOMINICANA

EL GENERAL FICO

A Don Andrés Julio Montolío

Venía cabizbajo de Las Escaleretas a la Palma, siguiendo a lo largo del camino en su caballo rucio avispado, al que soltó las riendas sobre el cuello, por lo que el rocín iba paso entre paso, imprimiendo al ginete un movimiento oscilatorio que le inclinaba tan pronto a uno como a otro lado de la bestia.

El jinete era feo. Las piernas, encorvadas por el hábito de montar a caballo, encajaban sobre el cuerpo del animal circunvalándolo como una cincha, y estaban envainadas en sendos pantalones, anchos y sobre-cortos que dejaban en descubierto cuatro dedos de jarrete musculoso y peludo; y después unas medias de a real, caídas sobre los ZAPATOS DE OREJAS salpicados de lodo, con enormes espuelas de cobre bien aseguradas, rechonchos y sin lustre, fundas de los enormes pies que no se calzaban sino los domingos y fiestas de guardar. El tronco era robusto, cuadrado, ordinariote, terrible con su chaquetita corta

---

(*)—Autor de: *Cuentos Puertoplateños,* un v. 1904. Tip. Oiga, Santo Domingo (C. T.); *Nisia* (1898), novela corta; *Geografía* (1915), *Manual de agricultura* —1920—, *La alimentación y las razas* —1896— folleto.

y mal traída, de gusto y hechura rural, huyéndole a la pretina de los calzones, a dos dedos de ella, con anchos bolsillos donde guardaba el descomunal cachimbo de tapa y la vejiga de toro henchida de picado andullo, y dejando ver los pliegues de la camisa listada y la ancha correa de que pendían el sable truculento, el cuchillo COLLIN de luciente y afilada hoja, y su revólver de MITIGÜESO, que así lo llamaba. Y como coronamiento de aquel sagitario tremebundo, de aquel ecuestre Hércules pigmeo, una cabeza sobre cuello apoplético, con la faz cetrina teniendo por frente una pulgada de surcos rugosos entre el cabello apretado y las alborotadas cejas, tras las cuales brillaban, emboscados como salteadores, dos ojillos negros de expresión felina, entrecerrados ahora, mirando paralelamente a la nariz de forma cónica, rematada en trompa y como queriendo zamparse en la espaciosa boca de labios gordos y negruzcos, que se abría hasta cerca del remate de las quijadas como agallas de tiburón que, con los pómulos salientes, le cuadraban la cara. De ésta, a manera de velamen, se destacaban una chiva larga y puntiaguda, y dos orejas espantadas, desconfiadas, adelantándose en acecho para oír mejor. Y por sobre todo ese conjunto abigarrado y monstruoso un breñal de cabellera amoldada al sombrero y al pañuelo que llevaba atado, y afectando las formas de un paraguas o de un hongo.

Era el General Fico, cacique el más temido en los alrededores. Machetero brutal y alevoso, holgazán consuetudinario que vivía cobrando el barato de todo en toda la comarca.

De súbito se irguió como por resorte, arrendó el caballo, y en todo su ser se reflejó una expresión de fuerza bruta irritada, de tigre hambriento que olfatea la presa y se alista a caer de un brinco sobre ella. Aguzó el oído, y

creció la ferocidad innata de su gesto, avivada por la pasión: sus ojos despedían relámpagos, y sus músculos se marcaban con brusquedad sobre la piel, como las venas hinchadas de sangre. Se apeó del caballo, sacó su revólver y se lanzó con paso cauteloso hacia la selva por entre la cual iba el camino. Cinco minutos hacía que andaba así, escudriñando por entre el claro de los troncos y las malezas, cuando vociferó una interjección de rabia, y se quedó parado entre dos seibas de alto y grueso tronco.

—Ei diablo me yebe. ¡Bien sabía yo que era beidá! Y me oyén eso do sinseibires, bagamundo je ofisio, ¡y se han laigao! ¡Si yo cojo a ese güele fieta y a esa arratrá!

Aquí se contuvo, y volvió a examinar los árboles.

—Noh ay dúa —continuó. —La señai no manca. Aquí taba ei picando ei palo con su cuchillo, sin atrebeise a miraila y eya detrá de lotro palo con lo sojo bajo, ei calabaso de agua en ei suelo y jasiendo un agujero en la tierra con ei deo grande dei pie. Eso jueron lo goipe que oí. Pero ai freí será ei reí. No ar plaso que no se cumpla, ni deuda que no je pague.

Y regresó mascullando tacos y maldiciones al camino, donde volvió a enhorquetarse sobre su caballo, y siguió marcha a la casa del *bale* Pedro, que se veía sobre un cerrito a distancia de un cuarto de milla, contrastando su techo pajizo y su maderamen de tablas de palma con el verde panorama, ondulado de colinas y vellejuelos, que la rodeaba.

Ya no iba cabizbajo. El pensamiento airado no se refleja mansamente en la fisonomía: es el resplandor de un incendio que caldea el rostro y se propaga al ademán. Entre uno y otro parpadeo flameaban sus ojillos como brasas sopladas, y se aventaban sus narices a compás de las crispaduras de sus puños. De cuando en cuando es-

poleaba maquinalmente el rucio, que en la primer arrancada hacía traquetear el sable encabado, golpeándolo sobre un costado de la silla. Torció a la izquierda y ganó la vereda que conducía a casa del bale Pedro.

Ideas salvajes de deseos, venganza y exterminio azotaban el pequeño cerebro del General Fico. Estaba locamente enamorado de Rosa, hija del bale Pedro, la más linda campesina de los alrededores; pero la muchacha se resistía a corresponder esa ferviente pasión carnal de groseras manifestaciones, y desechaba las oportunidades de encontrarse con el fauno que no le perdía pies ni pisadas, en su empeño de conquistarla a todo trance. El había perdido la tranquilidad de bestia saciada con los nuevos apetitos que le aguijoneaban. Su pobre mujer y sus chiquitines andaban ahora temblando cuando él estaba en casa, porque se quedaba horas y más horas meciéndose en la hamaca, con el gesto áspero de mastín en guardia, echando pestes como si para eso y para hartarse solamente tuviera la boca; cuando no les llovía una granizada de puntapiés y garrotazos sin motivo alguno. Recordaba en este momento las facciones de Rosa, dulces como una sonrisa; su lozanía robusta y graciosa, que parecía que iba a estallar como la concha de una granada y a avivar el sonrosado de las mejillas; sus ojos negros de miradas acariciadoras, su pelo reluciente, que de tan negro se tornasolaba, y aquel cuerpo de ondas firmes, acopio virgen de bellezas tentadoras...

Y que un patiporsuelo que iba a las fiestas sin chaqueta le disputara la posesión de ese tesoro, a él, al primer varón de los Ranchos, al que hacía temblar a hombres y a mujeres y con su nombre se acallaba a los pequeñuelos traviesos... a él, que disponía de todo, que cobraba primicias así de las labranzas como de las mucha-

chas casaderas!... No. ¡No podía ser! Aquello acabaría mal si esos tercos no entraban en razón. Porque no le cabía duda: las negativas empecatadas de Rosa provenían de que andaba en teje-manejes con ese perdido de Julián, a quien tenía que meter en cintura haciéndole sentir todo el peso de su autoridad. Había visto sus cuchicheos en la fiesta del domingo anterior, y aún recordaba que Rosa se puso como una amapola cuando Julián, con el güiro en la mano, entonó unas décimas cuyo pie forzado era:

"La mujei que te parió
"puede desir en beidá
"que tiene rosa en su casa
"sin tenei mata sembrá".

Y ella también estaba esa noche más adornada que de costumbre: estrenaba un trajecito blanco con chambra y falda de arandelas; una mantilla rosada, y un ramito de clavellinas matizadas en el pelo. ¡Qué muchacha! ¡Olía a gloria y era de chuparse los dedos! Pero urgía proceder de firme y rápidamente, porque la cosa iba de largo: acababa de ver la señal de que hablaban en el monte, saliendo ella con pretexto de ir por agua al río. Y para ganar tiempo resolvió ponerlo en conocimiento del bale Pedro, cosa de que espantara a Julián y vigilara a Rosa, en lo que él ideaba algo que le asegurara la posesión de la muchacha.

Al desembocar a un recodo de la vereda se encontró con aquella.

—Bueno día le de Dio —le dijo Rosa toda asustada. Llevaba su calabazo de agua pendiente, por el agujero, del índice encorvado. Efectivamente había estado conversando en el monte con Julián, tranquilizándole de sus celos de Fico, cuando oyeron los pasos de éste. Se le ha-

bía adelantado, y la turbó encontrarse con él toda sudorosasa, jadeante, temiendo que sospechara algo al verle los colores encandilados y el traje lleno de cadillo.

—Bueno día —le contestó Fico acentuando mucho las sílabas; y luego añadió:

—¿Qué jeso? ¿Hai arguna laguna en ei monte, que no ba ja bucai agua po la berea?

—No, jue que...

—Si, ya se lo que e. Agora memo iba a desíselo a tu taita, poique ésa no son cosa de donseya honeta. ¿Qué poibení te quea co nese arrancao que no tiene conuco y anda de fieta en juego y de juego en fieta? Poique yo sor claro: de dai un mai paso se da con quien deje; con hombre que sean batante pa yebai qué comé y qué betí.

—Pero, generai si yo con nenguno... —tartamudeó Rosa.

—No me digaj na que yo lo sé to. Y como tengo que mirai poi tojutede, si no acaban eso, bor a jaseis que recluten pa soidao a Julián.

—¡Binge santa! ¿Qué dise uté, generai? A soidao... ¿Y poiqué? ¿Qué ha jecho ese bendito? Poi Dio... Déjelo quieto...

—¡Y te atrebej a interesaite por ei alante mí! ¡Un bagamundo que no tiene má sembrao que tre sepe plátano! Cuaiquiea te coje jata tirria. Mira: si diaquí a trej día no sé con seguridá que lo haj dejao, ba pal pueblo. Hor e lune. Ei sábado, o me aj dicho que sí o buela ei co nala de cabuya, camino e Pueito Plata.

La pobre Rosa se deshizo en lágrimas y ruegos: que no lo persiguiera: que se habían visto por casualidad, y ella no podía ponerle mala cara a ese cristiano que se había criado junto con ella: que qué mal le habían hecho ellos para que los tratara como a jíbaros...

Pero no alcanzaba nada. Fico al fin la dejó plantada en medio de la trilla, recordándole al volverse su amenaza: ¿Soy o no autoridad? se preguntaba él. Vamos, Fico, ¿para qué te ha entregado el mando el Gobierno?... No faltaba más: ¡perderle así el respeto!...

*

El sábado siguiente, muy de mañanita, iba el pobre Julián entre cuatro cívicos, atados los brazos a la espalda, guiado como un marrano a la Fortaleza de Puerto Plata, donde lo meterían en el siniestro Cubo con los criminales más atroces, para luego salir a montar la guardia y quedar condenado a envejecer bajo un fusil.

En aquella mañana tan hermosa comenzaban sus amarguras. Mientras él ahogaba los sollozos de dolor y rabia, la naturaleza saludaba la dicha de vivir con la alegría de sus cantos aurorales. El inmenso azul se teñía de franjas purpurinas que asomaban como cabellera hirsuta por la cima de los montes negruzcos que se veían al Oriente, despertándolo todo; levantóse una brisita fresca y reposada, mensajera del perfume de la selva, cantando al pasar por entre las añosas ramas, e inclinándose a susurrar secretos a los inmensos pastos de yerbas de guinea, esmaltados de rocío, que se inclinaban para oírla. El gorjeo de los ruiseñores se unía a los tiernos arrullos de la paloma, y al suave murmurar de Bajabonico; cantaban los gallos, sultanes de su harem y las vacas con la ubre repleta, mujían tristemente llamando a sus becerros. Y el hombre también comenzaba su labor: hendiendo las nieblas, que se disipaban, subían alegres de las rústicas cocinas, densas columnas de humo como matinal incienso al Dios que hizo del amor el génesis y el impulso de la vida.

Y el infeliz Julián, aquel mozo robusto como una ceiba, de mirada enérgica y facciones agradables, aquel pobre muchacho, bueno y fuerte, amante y laborioso, veía todo eso con los ojos húmedos, y le parecía imposible que a su edad y entre esas lomas, bordes del inmenso tazón de suelo fértil en que había vivido, pudiera el dolor arrancarle lágrimas. Ni se fijaba en los sombríos verdes y olorosos, en los ganados relucientes y gordos que retozaban a distancia, ni en los bohíos encaramados como cabras en lo alto de las colinas y picachos. Solamente cuando pasó frente a casa de Rosa salió del atontamiento en que su repentina desgracia le tenía sumido. ¿Perderla?... ¿y por qué? Por el capricho de un *asno satiriaco* (sic) y omnipotente. ¡Cómo! ¿Sería posible? Aquel trozo de alma, aquella hermosura como flor silvestre que se iba derechamente a él para que la recibiera en sus brazos y la trasplantara a su corazón, ¿no había de ser suya? ¿Por qué andaban las cosas tan destartaladas en el mundo? ¿Porqué el Gobierno escogía para representar la autoridad a un truhán como elgeneral Fico? ¿Acaso no había buenos hombres en los Ranchos? ¡Ah! pero los del campo son el ganado humano; les ponen un mayoral, mejor cuanto más malo, para que arree la manada a votar por el candidato oficial, o a tomar las armas y batirse sin saber por qué ni para qué. Nada de prédica, nada de escuelas, nada de caminos, nada de policía. Opresión brutal. Garrote y fandango: corromperlos, pegarles y sacarlos a bailar. Y en cambio de eso, que el mayoral haga lo demás. Que estupre, robe, exaccione, mate... con tal que el día de guerra o de elecciones traiga su gente.

Todo eso le trasteaba confusamente la cabeza a Julián: creía tener derecho a rebelarse contra tamaña iniquidad. ¿Eso era Gobierno?... Si un toro furioso le embes-

tía en el camino ¿no se defendería? ¿Y qué toro se igualaba al general Fico?

Luego pensó en su madre, en la pobre viejecita que estaría a estas horas hecha un río de lágrimas, sin amparo, sin auxilio, quizá maltratada por ese mala casta... Estiró los brazos como para quebrar las cuerdas, y tomó tal impulso que derribó a los dos que lo sujetaban; pero los otros le dejaron sin sentido a culatazos, llevándole luego bien seguro y casi a rastras hasta la población.

*

Pasó una semana más sin que Fico se dejara ver por los alrededores de la casa de Rosa; pero a los ocho días la esperó a la vera del río, y cuando ella asomó pálida y ojerosa, pintado su dolor en el semblante, le preguntó que cuál era su resolución. Y ella volvió a deshacerse en ruegos y protestas: que sacara a Julián de soldado; porque no había nada entre los dos; que si estaba desesperada era por la idea de que ella fuese la causa de la desgracia de un prójimo: fuera de ahí nada. En cuanto a *lo otro no*, no insistiera, porque primero moriría que tener frutos que no fueran de bendición.

El la contemplaba extasiado. Arrobábale su hermosura, ora grave de máter dolorosa, con la delgadez semitransparente arrebolada de ideales, y se arrodilló, suplicante a su vez, implorando un girón de amor, por el que le ofrecía su poder omnímodo, su brazo omnipotente, su voluntad que dominaba las otras desde Tiburcio hasta Las Hojas Anchas, desde el mar hasta La Cumbre. Satanás enamorado debe tener la hermosura siniestra y tenebrosa que la fiebre del amor creó en Fico. Arrebatado por su pasión vehemente, como que tenía fuertes asideros en la

carne, tomó una de las manos de Rosa, y estampó en ella besos de fuego, que resonaron en la soledad confundiéndose con el bullicio argentino de la corriente.

—Jesús —gritó Rosa retirando con violencia la mano y haciendo un gesto de asco y de desprecio. Miró a todos lados buscando su salvador, pero allí, fuera del monstruo, sólo había pájaros y peces. Entonces echó a correr por el repecho de la hoya, hasta que salió al camino. El se quedó mirándola con los brazos cruzados, torvos los ojos, meciendo la cabeza sobre su cuello toruno. Estaba sentenciada. La miseria y el dolor, como círculo de fuego, no tardarían en rendirla.

No transcurrió mucho sin que se esparcieran rumores funestos en toda la comarca que riega el Bajabonico. Rosa y el bale Pedro comenzaron a notar aislamiento, vacío en torno de ellos. Se pasaban los días sin que a su puerta se oyera el ¡Alabado sea Dios! o el ¡Dios sea en esta casa! de una visita. Rosa decía a veces con una sonrisa de enferma que se le estaba olvidando ya el contestar ¡por siempre! Sospechaba el manejo oculto. Bien se le alcanzaba que todo era obra de Fico, quien los había señalado como objeto de su prevención y de su tirria, espantando a los atemorizados vecinos, que ninguna clase de solidaridad querrían con los amenazados por el tiranuelo. Así había excomulgado a muchos. Pero Rosa tranquilizaba a su padre achacándolo a lo afanados que andaban en todas las casas con la madurez de la cosecha.

No sabía nada de Julián, lo que la traía desasosegada e inquieta. A veces se iba al monte para escapar a las miradas de su anciano padre, y allí daba rienda suelta a su llanto. Traía a la memoria las horas de dicha en que bajo los mismos árboles relamía a hurtadillas con la vista la varonil hermosura de su novio; y ahora se encontraba

sola: él, quién sabe cómo; ella, bajeada y perseguida por el enemigo de su recato, que tal vez a cuáles extremos la conduciría.

*

Una tarde, al regresar del cercano monte, la encontró siña Nicolasa, y con misteriosos ademanes le indicó que quería hablarle de algo reservado, y la llevó tras una mata de bambú muy ahijada, como enorme mazo de plumas gigantescas.

Allí le contó que había sabido lo que el general Fico quería contra ellos, pues lo oyó hablando a la vera del camino con tres de sus hombres, mientras ella recogía leña en el monte.

Su plan era reclutar para soldado al bale Pedro, y cuando Rosa quedara sola, acabar poco a poco con cuanto tenían, mientras el viejo se pudriera haciendo guardias: hoy una vaca, mañana un caballo, después otra bestia... así irían llevándoselo todo, hasta dejarlos en la inopia y los tres bribones se encargarían de vender a medias en otra parte lo robado.

Rosa, aunque no le sorprendió la noticia, pues ya lo venía temiendo, se aterró: Julián era mozo y podía esperar a que las cosas cambiaran; pero su pobre taita, viejecito que ya miraba al suelo, se le iba a morir en el servicio. Le debía más que la vida, que cualquiera la dá; le debía una consagración idólatra, con ternuras y delicadezas femeniles: había sido para ella, desde el mes de nacida, padre y madre al mismo tiempo: casi ni la había dejado ocasión de notar la falta de la que la echó al mundo. Y ahora que estaba en sus manos salvarlo, ¿no lo haría? Pero, ¡qué sacrificio era necesario! Entregar su virginidad como flor a un verraco. Encenagarse con aquella fiera, y

renunciar a la realidad de sus sueños, a la vida de amor idílico con Julián, que ya consideraba como cosa hecha. Desprenderse de la riqueza, de los goces materiales, es durísimo trance; pero deshacerse de un ideal, arrancarlo después que sus raíces profundizaron en el corazón, es la muerte del alma: sigue existiendo el cuerpo, pero no vive: ¡las piedras crecen también!

Y no daba espera la maldad del general Fico. A la mañana siguiente iba a empezar la ejecución de sus planes tenebrosos. Esa noche el bale Pedro notó la aflicción de su hija, y quiso averiguar la causa: ella estuvo tentada a confesárselo todo; pero previó la amargura del buen viejo; y quién sabe si su rectitud en materias de honra pudiera llevarlo hasta un combate en que de seguro moriría... y quiso economizarle esos dolores: sonrió forzadamente y dijo que estaba indispuesta... poca cosa...

¡Qué noche! ¡Cuánto ir y venir con la imaginación, buscando una salida para todos! Pero no había otro remedio: para salvar a los demás precisaba que ella quedara en prenda.

¡Cuando asomaron los claros del día, ya su resolución era firme: se sacrificaría entregándose a aquel hombre implacable que le causaba horror. Coló el café, y salió luego con dos calabazos, más que por buscar agua por aguardar a Fico en el camino y tratar accediendo a sus infamias.

No esperó mucho. Desde lejos lo vió venir cabalgando en su rucio, y rodeado de sus cuatro hombres, los brazos de sus maldades, que venían a llevarse al bale Pedro. Lo llamó aparte, y la horrible transacción quedó consumada. Ella estaría a media noche en la puerta tranquera, y él perdonaba al bale Pedro.

Oíase el segundo canto de los gallos cuando Rosa se deslizó como una sombra y se detuvo en la tranquera, don-

de se recostó casi desvanecida. Otra sombra avanzó entonces y empezó a hablarle en voz baja; pero cuando se disponía a saltar las varas, sonó una interjección seguida del relampagueo de un cuchillo que se hundió en las entrañas del general Fico, para salir goteando sangre al caer el cuerpo de este bandido.

El matador era Julián. Se había escapado de la Fortaleza, y venía a ver a Rosa para ocultarse en cuanto amaneciera, cuando reconoció en las tinieblas a Fico que entraba en la vereda. Lo siguió andando por el monte sin perderlo de vista, luchando entre los celos y el temor de alguna nueva infamia y, resuelto a saberlo todo, se apostó en acecho cuando Fico se detuvo frente a la tranquera del bale Pedro.

Rosa, defendiéndose de las acusaciones que su amante, tentado de matarla, le imputaba, refirióle lo acontecido; y cuando el bale Pedro salió a las voces, tuvo que convenir en que era necesario escapar esa misma noche. Recogieron algunas bestias, y cargando cuanto les fué posible, se encaminaron hacia los cortes de Jamao, refugio inviolable, saldo de cuentas de los que tienen alguna que arreglar con la justicia.

En La Palma, cuidando la propiedad del bale Pedro mientras la vendían, quedó la madre de Julián, aguardando a que su hijo viniera una noche a buscarla.

En cuanto al general Fico, hasta el Gobierno abandonó su causa cuando dió las espaldas a este mundo, y al cabo de un mes nadie se acordaba de él sino para bendecir al que libró la comarca de tan perniciosa alimaña.

RAMON MARRERO ARISTY

(N. 1913) (*)

MUJERES

Había junta en "El Arroyo". Ese día se estaba sembrando maíz en las tumbas nuevas que se abrieron en el terreno de las *múcaras*, al Este. Varios hombres del lugar estaban en la siembra. Unos vinieron solos, otros con muchachos que ya podían tomar parte en el trabajo, echando cinco y seis granos de maíz en los hoyos y luego tapándolos con los pies; los menos trajeron sus mujeres para que hicieran la comida en el bohío.

Desde el rancho de palos parados, tendiendo la vista hacia el lugar de las siembras, por encima de batatales y guandules pequeños, se alcanzaban a ver los hombres como muñequillos bajo el sol; unos inclinados sobre la azada, otros echando el grano en el hoyo. De un lado de la tumba, al borde del monte, salía un tenue humillo de la candela que tenían para conservar brasas y encender los cachimbos. En el centro del batatal que había de por medio, se levantaba un viejo higo retorcido, gigantesco, negro y musculoso, con un sombrerito de hojas en lo alto.

Las mujeres eran tres, y estaban en la cocina del bohío. Una era vieja, negra, delgada, con algunos dientes menos. En la cabeza tenía el inseparable pañuelo de madrás que le ocultaba las canas, y en la boca el cachimbo.

(*)—R. M. A. es autor de un volumen de cuentos: *Balsié* (1938) y de la novela *Over* (1939). Ha sido Diputado al Congreso Nacional y Secretario de Estado del Trabajo, etc.

La otra era de color amarillento, y la piel de su cara harto áspera, no había conocido más que agua del arroyo, agua de cielo y sol. Su cuerpo era lleno y fuerte. La más joven, una mulatita fresca, de diecinueve años, respondía al nombre de Tatica, y tenía bastante belleza. Negro pelo se le enroscaba en dos moños a ambos lados de la cabeza; todavía sus dientes no habían sido ennegrecidos por el cachimbo y su cuerpo tenía toda la belleza de una fruta sana madurada en la mata.

En una barbacoa había un caldero grande, tapado, lleno de locrio de gallina con auyama, despidiendo vapor por los hoyitos de una lata que le servía de tapa. Las mujeres estaban, una sentada en el pilón pelando plátanos; otra en cuclillas, arreglando las brasas y volteando los que estaban allí asándose, y otra, raspando los que ya lo estaban. Yo metía un cuchillo viejo en la candela tratando de mover una batata que pretendía asar. Como sólo tenía unos diez años y era de carácter muy apacible, las mujeres no se cuidaban de hablar en mi presencia. De ahí que charlaran como si estuvieran solas, sobre la parte más delicada de su pasado: aquella que se refería a los amores.

—Cuando yo vivía con Julián, —decía la de tez amarillenta—, lo único que gané fueron golpe; ¡ay jija! porque ese hombre na má sabía echale trozo a la mujer como si fuera una puerca, sin acordáse ni an siquiera de comprale un vetío. Dígame que él dende que una miraba a otro, ya se creía que se la diba a pegá... No jija, tá con hombre asina e una verdadera calamidá. Yo me metí con'él porque cuando a una le dentra la gana e tené macho, se vuelve loca...

—La falta de iperencia, —dijo la más vieja de todas—; si cuando yo me fuí con el difunto Maleno hubie-

ra sabío cómo eran las cosa, hoy pudiera contá algo. Supónganse utede que a mí me querían llevá pal pueblo a la casa e don Luí, ese señor que é dueño de medio mundo e tierra, por loj lao del baoruco; y dipué de tó tá arreglao, antonce, por tá de pendeja, me llevé d'él y me juí... ¡Jesús! Cuando yo veo muchachitaj como eta que se meten en hombre sin calculá...

Dijo esto dirigiéndose a la más joven. La aludida, que era la encargada de raspar los plátanos, se arregló la falda que le estaba dejando al descubierto los muslos, y creyéndose obligada a decir algo, murmuró:

—Pa laj cosa no hay má que pedile suerte a Dió y confiá e n'El...

—¿A Dió? —volvió a decir la más vieja—; é verdá, pero Dió dice: "ayúdate que yo te ayudaré". Si tú viera pensao bien, a eta s'hora pudiera viví mejor. Una muchacha buena moza siempre jalla un hombre que la pueda poné en condición, mientras que dipué que se mete co n'un fuñío, no le queda má que aguantá.

—¿Pero cómo se hace una? —preguntó resignada.

—No me vengaj con n'eso. Lo que hay é aguantáse y no echase a perdé nuevecininga. Ya vé tú lo que hicite, que ni an amore teniaj con Julito cuando te fuite co n'él.

—Yo no tenía amore, pero me pasó una cosa que me comprometió má...

—¿Noj quiere decí que te forzó? —terció la de rostro amarillento— ¡ay, Tatica, por Dió! Toa nosotra semo maj vieja que tú...

—Yo no he querío decí eso. Lo que a mí me pasó fué má grande. Y yo creo que a toa la mujer de vergüenza que le pase tiene que hacé lo mimo.

—Vamo a vé, qué podría sé... —exigió la vieja.

La llamada Tatica comenzó a relatar.

—Dende hacía tiempo Julito andaba tirándome puya, pero yo nunca había pensao en meteme en ná co n'él, ni con naide. En mi casa no lo veían con malo s'ojo, porque a mi pai tó se le diba en alabá lo trabajador que era y qué sé yó y qué sé cuando. Cuando un día se acabó e l'agua e bebé en la casa a eso de media tarde, y yo fuí a bucá un calabazo a l'arroyo, pa llená la tinaja. Me puse en el caño e llená, y como toavía el sol picaba, yo había llegao con mucho calor. Relojié pa toa parte, y como no vide a naiden me fuí por la barranquita del lao allá y me pasé al bañadero e la mujere. Me quité el camisón y una enagua, y con la otra me metí e n'e l'agua... Yo taba lo má quitá de bulla bañándome porque como por'ahí no andaban hombre, cuándo diba yo a creé que naide me tuviera mirando, y asina llena e confianza, dipué de refrecame bien, salí p'afuera. Me jinqué de epalda pa la chorrera, no fuera cosa que me viera alguno que viniera de l'otro lao, y me quité la enagua mojá. E n'eso me fijé que tenía e n'el pecho una cuanta s'hoja, y de un momento me puse a quitámela...

"¡Ay, señore!, yo taba encuerita en pelota e n'ese momento, cuando de ahí mismo, en frente, de atrá e la piedra esa que tá e n'el sitio adonde uno se quita la ropa, casi pegao de mí, se paró Julio...

—"¡Anjá, Tatica! Ya te vide... —me dijo.

"¡Ay, qué vergüenza, Dió mío!... Me dentraron gana e gritá, de salí corriendo... ¡de tó! Y lo que atiné fué a echame la ropa embollá en laj pierna y a cojeme lo pecho con la mano, pa que no me viera má de la cuenta.

"—¡Julio el Diache! —le dije—; ¡vete de ahí, condenao!

"Y él me repondió:

"—¡Qué voy yo a dí! Jata que no me prometa dite conmigo, no me meneo d'ete sitio.

"¡Ay, Dió mío! Yo ni an sé cómo no me decalabré toa, señore. Porque me dentró una cosa que parecía como el prencipio de un insulto, y me largué en la chorrera, embollá en la ropa, pero con casi to el cuerpo afuera.

—¿Y qué hizo Julio? —preguntó la más vieja con gran ansiedad.

—El condenao, que al prencipio taba demigajao de la risa, al vé que yo me tiré como una loca y casi me tuve al matá, se asutó, y prencipió a vociame:

"—¡Pero bueno Tatica¡: ¿tú ere loca?

"¡Pero bueno, muchacha!: ¿te ha dentrao lo malo?

"Y yo le vociaba:

—"¡Tú ere un abusador, malvao!

"¡Jesú! Yo taba casi fuera e mi juicio. En'el l'agua me había pueto toa la ropa mojá, y entonce taba entripaíta, pará en la corriente, con toa la ropa pegá del cuerpo y e l'agua a la rodilla, azorá como un animal cimarrón. Y él, parao en l'orilla, blanquito del suto, diciéndome:

—"¡Pero bueno, Tatica!... ¡ofrécome!... Yo no creía que tú era loca...

"—¡Quítate de ahí! —le vociaba yo—; quítate de ahí, y si no voy a dejá el condenao calabazo botao y entonce cuando me pregunten tú verá lo que voy a decí...

"—¡Pero Tatica, por Dió! —volvía él a decí— ¿qué te ha dentrao, muchacha? ¡Si yo...! ¡bueno...! ¡yo no sé que...!

"—¡Quítate de ahí! —volvía yo a gritá casi llorando.

"Al fin se quitó. Yo salí má epantá que el Diache y a toa carrera l'eché mano a mi calabazo y me lo puse a la cabeza. E l'hombre que se había mantenío alejao, ahora vino a acercáseme. Yo prencipié a subí la barranca, y por

má que quería apretá el paso, él diba ahí mimo, apariao, diciéndome:

—¡Tatica, por Dió!... ¡Tatica!...

"Y se le atrabancaba lo que me quería decí.

"¡Señore! Utede han de creé que e n'ese momento tuve al cojele pena... ¡Qué se yo!... Y entonce le dije:

"—Mira, Julio: lo que yo quiero e que te vaya, ¡por Dió! Y si tú no te vá, va j'a vé lo que te vá a pasá, porque se lo voy a decí a mi pai...

"¡J'Ave María! Yo no sé qué fué lo que le dentró. Parecía que se le habían prendío la j'abipa, o que le habían mentao su mai. Me dió un sangulutión po r'un brazo que el calabazo fué a caé por casa e la porra debaratao en pedazo, y casi echando chipa por lo s'ojo, me gritó:

—"Mira, carajo, mojiganga, ¡mofia! ¡Si tú te cré que tú pai come gente tá equivocá, porque yo me le atrabanco a cualquiera e n'el gañote!... y ahora se lo va já decí, ¡Y bien dicho!...

"Y enseguida me cerró a pecozone...

—¡Critiana! —interrumpió la de la piel amarillenta—; ¿pero cómo se te pudo ocurrí, decalentale la sangre a u n'ohmbre?

—Si señóo... —afirmó la otra.

—Animalá; animalá; —continuó Tatica—; que yo taba como loca dipué que él me había vito ejnúa, y eso fué tó.

—Y dipué que te cayó a pecozone, ¿qué pasó? —preguntó la vieja.

—¡Jesúu! Yo me taba volviendo loca, porque no podía darme cuenta de lo que tenía. Primero me había vito encuera, entonces me taba dando pecozone; en vé de otra cosa, lo único que me se ocurría pensá era que él tenía razón... ¡Utede han de cré!...

"—¡Ay, Julio! ¡Ay, Julio! —principié a decile, llorando— ¡por Dió! que si viene gente se vá a dá cuenta...

"—¡Cállese, carajo! —me gritaba él.

"Yo le quería obedecé, pero no me podía aguantar y le volvía a decí:

"—Por Dió, Julio: ¿qué vaj tú a cometé?... ¿Me va j'a matá?...

"Ya me había dao como dié pecozone, y al yo decí asina, se paró. Pero casi loco de rabia, y jalándome po r'un brazo, me volvió a decí:

"—¡Cállese, le he dicho! ¡Ahora mismo se va uté conmigo! ¡Camine po r'ahí, carajo!...

"¡Ay señore! Consideren que yo me taba muriendo del miedo y de yo no sé qué, y lo único que pude fué decile:

"¡Tá bien, Julio, tá bien!

"Señore: me echó por delante, jipiando del llanto, sin hablá una palabra; ya utede conocen el reto: ¡jata el día de hoy!...

—¡Pero esa te la ganate tú! —dijo la vieja, escupiendo.

—¡Yo sí creo! —afirmó la otra.

—¡Cómo va a sé, señore! —volvió a decir Tatica—; si dipué que un hombre la ha vito a una encuera ya se pué decí que la gobierna... digan su verdá...

Esa frase desconcertó a las otras mujeres. Permanecieron un momento en silencio, como quien sabe que ha perdido una discusión y titubea antes de declararse vencido. Ambas se ocuparon, durante un momento, de remover los plátanos en las brasas. Al fin la razón pudo más que todo, y la más vieja comentó...

—Bueno... dipué de tó. ..cuando un hombre le ha vito a uno laj parte...

—Juu... —sopló la otra por la nariz.

En ese momento se oyeron las voces de los hombres que venían del conuco. Las mujeres entraron súbitamente en gran actividad.

—Ahi vienen... —dijo Tatica muy apurada.

—¡Señore! —exclamó la más vieja, ya en pie—: si hemo perdío toa la mañana hablando zanganá...

A lo que respondió la otra, poniendo en una yagua nueva los plátanos que había raspado Tatica:

—¡Jesú!... Verdá que aonde na má hay mujere...

Ya mi batata estaba asada, negra y sucia de ceniza, a la vez. Envolví mi manjar en una hoja de plátano, y me fuí detrás del bohío a comer.

No se movía una hoja. Las gallinas venían del conuco acezando, huyéndole al sol. Silbó una manjuilita que venía en largo y cansado vuelo y se metió en las ramas del gran jobobán. Mujió una vaca bajo la guázuma. Se revolcó el mulo.

EL FUGITIVO

El hombre dió media vuelta, se llevó la mano derecha al sobaco izquierdo y, exhalando un grito, cayó con medio cuerpo dentro del cuartel. Al otro se le encabritó el caballo mientras luchaba por dominarlo con una mano. En la otra le humeaba el revólver *pavón blanco* con que acababa de matar. Y sin perder un segundo que le hubiera sido fatal le hundió las espuelas en los ijares al bruto que saltó sobre un pelotón de cinco individuos armados de carabinas que pretendieron cerrarle el paso.

Se desgranaron como una mano de plátanos que cae de lo alto.

Dos se estrellaron de espaldas sobre las piedras sueltas. Un tercero, que el caballo pechó de frente, quiso volverse para defender la cara y rodó violentamente raspándose el rostro, el vientre y las manos. El cuarto se enredó en las patas del animal y quedó pisoteado e inservible. El quinto, desorientado, atolondrado, con las manos vacías no atinaba a coger la carabina que se le cayó al recibir el violento choque.

El caballo se tendió a galope por la estrecha calle bordeada de bohíos cobijados de *cana*. El jinete se le acostó en el pescuezo. Al pasar frente a una casa de acera alta le hicieron un disparo. Un cañón que había salido

por una ventana, desapareció humeando. Al llegar a la primera esquina, el hombre echó el cuerpo a un lado y tiró de la brida izquierda. Por un momento pareció que el caballo iba a resbalar y caerse. Una vieja que salía de su casa, fué encontrada por el animal y se estrelló contra el pedregal que hacía de acera en su bohío. El jinete no volvió la cara. Clavó otra vez las espuelas en los ijares del animal. Este recobró más velocidad. Parecía que se había estirado, que se iba a romper. Comenzó a oírse un tiroteo que venía por la otra calle. Pero antes de un minuto, caballo y jinete volaban por el camino real como una exhalación.

Así corrió diez minutos, veinte, media hora. Los tiros venían detrás, siempre detrás, por el ancho camino que iba entre dos alambradas que cercaban potreros y conucos. El hombre pensaba que no había otro remedio que huir y llegar al paso del río. Allí terminaban los alambres y comenzaba el monte sin cercas.

Volaba el caballo. De no ir el jinete ensordecido por el viento y por la fiebre de escapar, hubiera oído su resuello precipitado y recio. La roja tierra del camino que había mojado la llovizna de la noche anterior, impelida por las patas del caballo, se elevaba a sus espaldas.

Pasaron otros diez minutos de vértigo. Apareció a la vista la ceja de monte que cubría la ribera del río. El hombre sintió deseos de caer del otro lado. El rojo camino hacía un recodo a la izquierda y comenzaba a bajar. El caballo no aminoró la velocidad. Había perdido el control y corría a precipitarse. El jinete tentó las bridas. Entonces el animal, con la boca abierta, espumajeando, cogió la bajada resbalando, sentándose en las cañas traseras. De cinco o seis resbalones cayó en el cascajal. Allí,

ante el agua, quiso titubear. Las espuelas volvieron a herirlo. Enloqueció. Se disparó al cauce y se envolvió en millones de gotas que se elevaron como un surtidor. Tronó el fondo del río. El animal quedó ciego y tropezó. Fué un segundo nada más, pero un segundo que casi fué fatal. Bajaba la cuesta el tiroteo.

Rugieron veinte voces que se ahogaron en los tiros:

—¡Párate ahí!

—¡Párate ahí!

El hombre volvió la cara. Apuñaleó al animal con las espuelas, castañeando los dientes primero y luego lanzando una maldición. El bruto rompió el agua que se volvió a levantar en furioso surtidor. Veinte tiros se zambulleron a sus lados. Saltó el animal a la barranca que se elevaba ahí mismo. Veinte tiros más se enterraron en el barro. El animal se sintió asesinado otra vez por las espuelas y casi pegó el hocico en tierra cuando se tendió a lo largo de la cuesta. Un nuevo recodo a la derecha. Dos espolazos más. Nuevo acopio de bríos del animal. Veinte balas rompieron el monte. El trueno de los perseguidores cruzaba el río, detrás.

—¡Hay que cojelo!

—¡Hay que cojelo!

—¡Párate ahí!

—¡Párate ahí!

¡Otra descarga! El fugitivo apretaba los dientes. Se abrazaba más al pescuezo del animal.

—¡Vienen ahí! —le dijo al caballo— ¡Vienen ahí!

Otro recodo. Una descarga más.

—¡Vienen ahí!

Espuelas. Casi estallaron los músculos del animal. ¡Tiros detrás!

—¡Vienen ahí!

Espuelas. El caballo estaba loco.

—¡Párate ahí, carajo!

—¡Párate ahí!

Dentro de un minuto sería blanco de sus perseguidores. Aparecerían en la curva y comenzarían a cazarlo. ¡Espuelas! El caballo no podía dar más. Entonces el hombre rugió:

—¡Carajo! ¡Ahora verán!

Y tiró frenéticamente de las riendas.

El caballo estaba loco. El tirón inesperado lo hizo saltar de flanco. Se encabritó. El hombre se lanzó a tierra. Siempre aferrado a las bridas, se fué hacia la derecha con el caballo en dos pates, parado como un canguro en las cañas de atrás.

—¡Quieto, que ahí vienen!

Se tiró a los matojos en lucha con el animal. Su propio resuello le ahogaba.

—¡Sitó! ¡Quieto!

El caballo se encabritaba. Ahí venían los tiros. Llegaban los perseguidores. Se precipitaba el tropel.

—¡Por ahí va!

—¡Por ahí va!

Sonó otra descarga. La lucha entre la bestia y el hombre seguía. El caballo ya comenzaba a asentar las patas delanteras en tierra, tembloroso, obedeciendo a la voz. El hombre lo sujetaba con la mano izquierda, en la misma barbada, y en la derecha sostenía el revólver. Cada vez dominaba mejor al animal. Lo hizo evolucionar para que pusiera las ancas hacia el camino y se le metió detrás del pecho cuyos músculos temblaban bañados en sudor. Decía resollando:

—¡Sitó! ¡Quieto! ¡Me quedan cinco tiros!

Tenía el brazo y el hombro bañados de la espuma

y el sudor del animal. Ahí venía el tropel.

—¡Párate ahí, carajo!

—¡Párate ahí!

Otra descarga.

Galope desenfrenado. Humo. El hombre esperaba detrás del caballo, medio oculto en los matojos. Resoplaba:

—¡Quieto! ¡Cinco tiros! ¡Cinco hombres!

Ahí estaban. Gritos. Voces:

—¡Por ahí va, carajo!

—¡Por ahí va!

Una nube de humo. Veinte caballos desbocados. Otra descarga más. Pasaron frente a los matojos como una exhalación.

—¡Cinco tiros!

Pero el caballo tiró de la brida. Le bañó el pecho de espuma y sudor. Con la cabeza le golpeó el codo. Era un todo estertor.

Se perdió la tropa en un recodo. Siguieron los tiros. Se fué apagando la gritería y a poco no se oyó más.

MIGUEL ANGEL MONCLUS

(N. 1893) (*)

BIBLIOTECA NACIONAL

UNA CAMPAÑA DEL GENERAL PELOTA

En aquella ocasión era el General José Pelota, Jefe Comunal de La Matraca. Desde joven, fusil al brazo, el General había tomado parte en todas las asonadas que se provocaron en el Este o repercutieron en él y cuando fué jefe, adoptó militarmente una táctica propia, la táctica de los jarretes. Y era prodigiosa su movilidad. Siempre a pie, seguido por los más que podía arrastrar, en una noche, corta o larga, solía tirotear tres pueblos distantes y sin embargo, le salía el sol sobre el pico de una loma en el corazón de la Cordillera. Ya en campaña, cuando le anochecía en Guaza, le iba a amanecer al Jovero.

A fuerza de curtido en estas ocurrencias, se hizo un personaje guerrero de proporciones nacionales. Se impuso en su lugar como batuta y su nombre era citado con frecuencia en los corrillos politiqueros de la Capital.

Con los días, el José Pelota rústico, se convirtió en ente de mucha prosopopeya. Se pulió en el hablar y consiguió propiedades que eran plantíos que hacía cultivar a los presos y a los dragones, y manadas de reses que le pastoreaban sus compadres los pedáneos.

En aquella ocasión, el General José Pelota, Jefe Comunal de La Matraca, tenía la confianza del Gobierno, que

---

(*)—M. A. M. ha publicado: *Cosas Criollas* (1929), cuentos; y *Escenas Criollas*, cuentos y novelas cortas (1941); *Cachón*, novela; *Historia de Monte Plata*, estudio histórico (1943); *El Caudillismo en la República Dominicana*, ensayos biográficos; y el examen sociológico: *Caleidoscopio de Haití* (1953).

por llevar algunos meses en el poder se estaba haciendo irresistible.

Una primanoche, a favor de la oscuridad del pueblo, el General recibió un mensajero. Venía de la Capital y era portavoz de la Junta Revolucionaria recién establecida.

Se le requería para que se sumara al movimiento que en breve se precipitaría en el Cibao, en el Sur y con seguridad en la parte del Este. Le prometían dinero, carabinas, pertrechos y las copias de los manifiestos al país que se estaban escribiendo.

El General trató la cosa con la marrulla consiguiente. Dijo que sí y dijo que no. Que él era el hombre que garantizaba los intereses y la propiedad, pero por fin, y después de muchas vueltas, convino en que si no había papeles por medio él entraba, si además de lo que le prometían lo nombraban Jefe de Operaciones.

En esa inteligencia se fué el mensajero.

No transcurrió mucho rato, cuando se le presentó el Ayudante de Plaza. Era un compadre suyo, campesino, agricultor acomodado, buen padre de familia, a disgusto con el cargo que sin paga alguna lo obligaba a permanecer en el pueblo.

El Ayudante le informó, que le habían informado, que decían, que había entrado al pueblo un forastero...

—Eso puede ser, Compadre —replicó el General con aplomo. La paz reina en el país y si tiene sus pasaportes en regla, puede cruzar por donde quiera. Aquí, compadre —agregó— estoy yo para hacer respetar los derechos y la propiedad. Aquí no hay más que un hombre peligroso, como muchas veces se lo he dicho a usted; ese Juan Labraza, de Los Cerritos, que hasta aspira mi puesto y siempre me va a la contraria. Pero la República sabe —y aquí alteró la voz— y lo saben en la Capital, ¡que yo soy el

horcón de La Matraca y la garantía y el respeto de la propiedad!

El compadre aprobaba moviendo la cabeza.

—¿Dice usted, Ayudante, que ha entrado un forastero?

—Mis ojos no le han caído arriba, pero dicen que ha dentrao.

—Pues haga las pesquizas y si lo encuentra, condúzcalo a la Comandancia.

Pero con la idea de hacerle ganar tiempo al mensajero, apagó el tabaco que llevaba encendido y llamó al Ayudante:

—Présteme sus fósforos, compadre.

Rayó un palillo que se apagó; rayó al paso otro y comenzó a hablar con amplio ademán, y se apagó también. Encendió un tercero, un cuarto y hablando siempre, o bien se apagaban de inmediato o se consumían en idas y vueltas al tabaco, hasta que agotó la caja de fósforos.

Entonces ordenó:

—Vaya, vaya, Ayudante, con actividad a ver si logra en la plaza al forastero.

Desde luego, fueron inútiles las diligencias del Ayudante.

Al día siguiente, el telefonista apresurado, sacó al General de la hamaca en que estaba, con el aviso de que el Gobernador lo llamaba al aparato. Fué a la oficina y frente al teléfono, se colocó el auditivo con desconfianza, haciendo salir antes al empleado de la habitación.

—¿Qué hay? ¿Cómo estamos?... ¡Anjá! Mire... y aquí mi propagandas.

—.....

—Juan Labraza, Gobernador, ese de Los Cerritos es

el único peligroso; siempre está cabeciando y es muy enemigo de la situación... Pierda el cuidado, pierda el cuidado; se lo voy a remitir amarrado como un andullo; pero asegúrelo bien o disponga de él allá, porque es muy peligroso.

—.....

—Ah!, bueno, bueno, muchas gracias. Dígale al Gobierno que yo aquí me hago ceniza. Por aquí no habrá quien se menee. Sí, sí; voy a acuartelar las gentes; pero mándeme en seguida los cuartos para las raciones y que sean muchitos. Mándeme de viaje el despacho de Jefe de Operaciones y las carabinas y los pertrechos, que eso aquí está escaso, y descuídense de aquí.

Se despidieron. El General volvió a mirar con desconfianza al aparato, y ya en la calle, tocó el pito repetidas veces en señal de alarma.

Acudieron presurosos el Ayudante, los policías y algunos vecinos. Dióles con energía la orden de acuartelarse y mandó a buscar su machete de cabo.

A poco la tranquilidad habitual de La Matraca se transformó en un hervidero humano. El Cura y el Presidente del Ayuntamiento, iban y venían azorados y el único pulpero del pueblo, atrancaba presuroso las puertas de la tienda.

En las esquinas se formaban corrillos.

—Pero bueno, ¿y qué es lo que pasa?

—Yo no sé, pero desde ayer se ve que la cosa está mala.

—Sí, hombre, si seña Justa me dijo que uyó que poi ei alambre decían: p'arriba se tá peliando; p'arriba se tá peliando.

—Y el forastero que dentró anoche...

—Ese de seguro que venía de casa de Juan Labraza...

—Como eso sí que es así.

—Eta va a sei goida.

—Yo me vuá dí con tiempo.

—Y jata yo...

Y así por dondequiera.

Una nueva revolución: ¿qué traía? Para La Matraca de seguro nada; nada bueno ni nuevo; otras habían acontecido, y el General Pelota, jarreteando o nó, manejó las cosas de modo que se había quedado con el puesto, con las onzas recibidas para racionar la tropa y con varias *mancornas* de becerros de las contribuciones impuestas para mantener el cantón. El era el horcón de La Mtaraca.

Cuando vino a anochecer, el grupo acuartelado se había engrosado considerablemente. Campesinos con fundas y fusiles casi llenaban la barraca que tenía por sede la Comandancia de Armas, bohío que le había costado treinta pesos al General y que cedió al Gobierno a cambio de cuarenta caballerías de los terrenos del Estado.

A la luz de un mechero de gas, el General arengó a la tropa. Le dijo que el Gobernador le había comunicado que había un "meneo" contra el Gobierno. Que eso de seguro era la obra de tres o cuatro vagabundos y que el General Tal les daría cuatro patadas. Que a él lo habían nombrado Jefe de Operaciones y que, contando con ellos, respondería de los intereses y de la propiedad. Y como rigurosa consigna, les dió, que no respondieran sino vivas al General José Pelota.

Llamó luego aparte al Ayudante y confidencialmente le dijo que como él iría pronto de jefe grande a otro lugar, lo iba a hacer nombrar Jefe Comunal de La Ma-

traca; que contara con eso y no se apurara pensando en sus intereses.

*

La vivienda del General no estaba lejos del cuartel. De una a otro se oía la voz cuando se levantaba. El patio de ambos era un platanal que colindaba con el bosque que rodeaba el pueblo. Muchas veces había usado el General ese escape al sentir movimiento sospechoso en el poblado.

Un poco tarde de aquella misma noche, junto a la mesa adosada a un seto, el General se aplicaba a un plato enladrillado de trozos de plátano que coronaba como trofeo una prominente pieza de carne. El General era buen diente. Comía despacio, desplazando metódicamente los trozos de la orilla para acometer por último a la carne. En eso estaba, cuando sonaron en la puerta del patio, cerrada, unos golpecitos discretos. El General detuvo la labor y paró la oreja. Los golpes se sucedían insistentes.

—¿Quién vá?
—Yo.
—¿Quién es yo?
—Yo, primo José.
—No atino, no atino...
—Soy yo, Juan...
—¿Juan?
—Sí, primo José.
—Pero, ¿y qué Juan?
—Juan Labraza, primo José.
—¿Eres tú, tú mismo, Juan?
—Sí señó...
—¿Y qué te pasa, muchacho?
—Que quiero verlo, primo José.
—¿Tú andas solo?

—Sí señó.

—¿No anda nadie contigo?

—No señó.

Se paró cautelosamente y se arrimó a la puerta cuya aldaba presionó con ambas manos y así siguió el diálogó.

—Juan ¿quieres pasar?

—Sería mejor que conversáramos afuera, primo José.

—Muchacho, yo tengo mucha flusión y el frío de los plátanos me hace malo.

—Pero, ¿ahí no hay gente, primo José?

—Nó, el bohío está solo.

—Po antonce baje la lú, primo José.

—Está bajita, Juan.

—Es que el negocio de que quiero hablarle...

—No tengas cuidado, por todo esto no zumba una mosca.

—Pué antonce, pasaré...

En puntillas, el General se retiró a un extremo de la habitación y llamó alto:

—Jacobo, ¡abre la puerta del patio!

Un muchachón surgió de un rincón de la penumbra y abrió la puerta.

—Ven a cenar, Juan, ven.

—Que le aproveche, primo José —dijo el aludido sin entrar, guardándose de la claridad.

—Entra, entra, Juan; aquí no hay nadie.

Precavidamente y husmeando, Juan Labraza avanzó algunos pasos hacia el interior.

—Siéntate, Juan, siéntate, hacía tiempo que no te veía.

—Asina mismo, primo José.

—Pero asíllate, Juan.

—No, primo José, ando de pronto y solamente vine...

—Ve diciendo, Juan.

—A decirle que el hombre me vido.

Hubo una pausa embarazosa. El General avanzó como al descuido un paso hacia la puerta del patio que estaba semi-abierta a la espalda de Labraza.

—Que te vió el hombre decía...

—Sí, y me dijo del asunto, pero...

—Yo tengo muchos asuntos, Juan, y la memoria se me está poniendo mala con tanta broma que dan las autoridades y el mando y los robos y los vagos, y el fijo y tántas cosas que día a día son más. No tengo tiempo, Juan, ni para rascarme la cabeza.

—Yo considero, primo José.

—¿Dijiste de un hombre?...

—Sí, primo José, que lo vido a usted primero. Ese que vino de la Ciudá.

—¿Y qué te dijo, Juan?

Mientras hablaba, ya el General tenía empuñado el canto libre de la puerta. Labraza quiso terminar:

—Bueno, me dijo que usted también convenía en entrar, pero... ya yo tenía la cosa lista.

—Tú tenías la cosa lista, Juan... Sí. Yo sé todo lo que pasa aquí. ¿Cómo nó? Pero tú sabrás Juan, que soy aquí en La Matraca la garantía del orden y de la propiedad. —Iba alzando gradualmente la voz.— Yo soy el respeto y la garantía de la propiedad y eso lo saben aquí y en todas partes. Cuando se llega la hora —y la voz siguió subiendo— soy yo, José Pelota, Yo José Pelota, quien responde como quiera, porque yo me hago cenizas y respondo de la tranquilidad, y del orden; que mientras yo esté vivo...

Al llegar a este punto las voces trascendían al extremo del caserío. El resultado no se hizo esperar. Apresuradamente irrumpieron en la sala de la casa el Ayudante seguido por un escuadrón de hombres armados. El General rápidamente apuntaló la puerta con las espaldas, y con voz autoritaria le gritó a los recién llegados:

—¡Hagan preso a ese hombre!

Cayeron sobre Labraza y lo despojaron del revólver y del puñal que portaba.

—¡Ayudante!, ¡enciérrelo con buena custodia!

Se lo llevaron en tumulto y tras él, iba la voz del General, remedada por el eco, retumbando en los vecinos cerros: Hor-hor-cón...garan...tíaaa...pro-pie...daddd.

*

El resto de la noche pasó en calma, pero no la madrugada. Antes de amanecer, sonaron tiros, gritos, y un tropel de gentes corría en todas direcciones. A poco sucedió la calma y surgió el General en el Cuartel.

Había pasado que el preso se fugó en complicidad con la guardia, formada en su mayoría por gentes de Los Cerritos, sus parientes y parciales. El General con el machete en la mano, echaba escarabajos por la boca y partía el mundo por la mitad. La emprendió con el Ayudante, hombre flojo que no sabía de nada, poco militar y confiado. Lamentaba que se hubiera llevado algunas carabinas, pero por suerte con pocas cápsulas, gracias a su precaución de racionarlas a no más de cuatro balas.

Pero, ¿a dónde se metía ese sarnoso que él no lo cogiera? El era el horcón de La Matraca. Con él no había quien se meneara. En eso estaba cuando volvieron a llamarlo por teléfono.

Otra vez era el Gobernador. Las circunstancias —según decía— eran muy apremiantes, y el Gobierno quería

contar más que nunca con la lealtad y el celo de sus amigos. El General respondió que estaba dispuesto a hacerse ceniza en defensa del gobierno, pero reiteró con urgencia el pedido de parque, el dinero y el nombramiento que le habían ofrecido.

—En cuantico lleguen esas cosas, no hay petíguere por aquí que chille, Gobernador.

—.....

—Bueno... —y el General miró con disgusto al aparato.— Bueno, pero usted sabe que ese hombre es mi compadre, pero no está civilizado en esas cosas.

—.....

—Eso sí, puede que acepte; pero a mí me parece...

—.....

—Oiga, pero es que él nunca ha hablado por este bejuco, Gobernador...

—.....

—Es que ahora mismo no está aquí...

—.....

—Casualmente, y ya que usté lo manda le diré que venga; pero mire, mi compadre el Ayudante, de Ayudante está bien; yo no lo recomiendo para la Jefatura y más cuando yo puedo con las dos cosas...

—.....

—Bueno, se lo voy a llamar..., espérelo.

Y el General se paró, sacó el sable y le cayó a machetazos al aparato, cuyos alambres y pedazos saltaron con estrépito. Entró apresuradamente el telefonista y se quedó pasmado frente a la hecatombe:

—¡Por hablador, ese diablo de bejuco! —sentenció el General.

*

Era la guerra. Los habitantes de La Matraca liaban

sus bártulos y las familias salían en cordón en todas direcciones hacia los campos, o se alojaban en la iglesia al amparo de los ruinosos paredones. Rodaban, abultándose de más en más las propagandas. El nombre de Juan Labraza estaba en todas las bocas y se le atribuían palabras y amenazas terribles que cumpliría con toda seguridad, pues contaba con más tropa que hormigas había en La Matraca, y tenía un cañón, dos cañones, tres cañones, cuatro cañones...

En esas apretadas circunstancias, el General Pelota reunió el Ayuntamiento y requirió la asistencia del Cura. Frente a los atemorizados regidores, el General desató su conocida oratoria.

—Como ustedes saben, yo soy la primera autoridad de la Común, el Jefe nato, y la garantía del orden y el respeto de la propiedad. Eso soy yo, pero hay un "meneo" contra el Gobierno y aquí mismo anoche se ha levantado ese bandolero de Juan Labraza. Yo salgo en operaciones y he pensao descargar la autoridad en ustedes para que no sufra la población. Mis intereses particulares se los dejo encargado al Cura que está presente.

Los regidores acataron con un murmullo aprobatorio y el Cura juntó ambas manos con unción.

Seguido, el General exigió que se levantara acta de aquello y el Secretario de la Corporación garrapateó en el libro: "En la Común y Pueblo de San Benito de la Matraca, a los..."

Después, desfiló la tropa con el General al frente por un callejón que no iba hacia ninguna parte conocida. Sin embargo, a una hora de marcha a monte traviesa el General enderezó la ruta en sentido contrario al rumbo que había tomado a la salida, y llegó a un arroyo.

—¡Por aquí, muchachos!: arroyo arriba y por el ca-

ñón del río; el agua no pinta huellas; para alante, muchachos.

La tropa chapoteaba con el agua a la rodilla y el General también; a trechos la arengaba:

—¡Jarretes, muchachos!, ¡jarretes!; a fuerza de jarrete botamos a los españoles y botamos a Báez; ¡jarretes, muchachos!...

El cauce del arroyo se iba estrechando y ya trepaban por los barrancones como chivos.

—¡Jarretes, muchachos!... —voceaba el General.

Por fin el arroyo se extinguió en la falda de una loma; la emprendieron loma arriba y anduvieron hasta que ya oscureciendo divisaron a lo lejos los fundos de Las Palmitas, una de las secciones más lejanas de la Común. Se acercaron al caserío. Los perros ladraron y fué como el aviso para que los vividores se escurrieran como sombras monte adentro.

El General tocó muchas veces el pito y dió voces al Pedáneo, que por fin apareció agachándose:

—Comandante; ¿ejusté?

—Sí, hombre, ¿y quién va a ser?

El pedáneo se acercó y hablaron.

—¿Cómo está ésto, Anselmo?

—Aquí tamos medio epantao, Comandante.

—¿Y por qué?

—Je... yo toi viendo que lo de uté no ha sío ná...

—¿El qué?

—Po aquí se suena que en ei pueblo había la dei préquete y que tá ei mueito ñango y que a uté lo habían jerío, mai jerío...

—¿Y quién es el de esa propaganda, Alcalde?

—Esa voce andan asina porei mundo, Comandante, y ya de aquí mesmo parece que se han dío aiguno...

—¿Adónde?

—Como no va a séi pande Juan Labraza...

—¿Y usted sabe de él?

—Bueno, po yo lo hacía en ei Pueblo. asigún lo que dijeron...

—¿Y qué dijeron?

—Po como le iba diciendo, que había dentrao ai Pueblo a sangre y fuego y mire que seña Casiana que etaba en La Loma le pareció que uyó lo tiro...

—Lo que pasó, Alcalde, fué que Juan Labraza, que estaba preso en el calabozo, se huyó y la guardia le hizo fuego y por cierto lo cortó, Alcalde; Juan Labraza está cortado y ya la ronda debe haberlo cogido. Hágalo saber así a la Sección. Pero antes consígame una mancorna de las reses que estén a la mano, aunque sean de las ánimas, y busque víveres que la tropa no ha comido.

Los víveres y la mancorna aparecieron y las pailas empezaron a hervir sobre grandes fogones encendidos en la plazoleta, los cuales incesantemente atizaba el General.

Comieron y después de disponer la marcha, a tiempo de partir, el General le dió al Pedáneo sus últimas instrucciones:

—Oiga, Alcalde: No haga por verlo, pero si casualmente usted se ve con Juan Labraza, dígale que yo ando con doscientos leones, pero que si no me tira, no le tiro.

*

El pueblo de La Matraca había quedado bajo la autoridad del Municipio, forma inocua que lo colocaba a merced del elemento de armas que deseara hacerse cargo de él. Al otro día, surgió Juan Labraza a la cabeza de sus parciales y lo ocupó militarmente en nombre de la Revolución. En seguida, reunió el Ayuntamiento e hizo comparecer al Tesorero Municipal y al Cura. Exigió dinero.

En la Caja Comunal no había más que dos pesos con sesenta centavos; cargó con ellos y con nueve pesos más que le reunieron en suscripción abierta en la Sala Capitular.

La gente de Labraza eran en su mayoría vecinos de la sección de Los Cerritos, varios de los cuales, dos días antes, formaban en la tropa del General Pelota. Se dieron a la tarea de trastear por las cocinas abandonadas y perseguir las gallinas y lechones que andaban realengos por el pueblo.

Juan Labraza, autonombrado General, arrastraba tras de sí un nutrido estado mayor, armado con machetes, y todo el contingente lucía, pendiente de los sombreros o amarradas en las chamarras, tiras de tela roja a manera de divisa.

Sacaron de la iglesia un cañón que servía para celebrar las fiestas y lo cargaron imponentemente, hasta la boca; pertrechándolo con grapas, clavos, piedras y plomos rayados en cruz. Lo apuntaron hacia la entrada principal del Pueblo y para el caso de disparar, encendieron, no lejos, un fogón que constantemente atizaban los artilleros.

Y sucedió que a media noche, cuando hasta los centinelas dormían, la población se estremeció y siguió un estruendo, tal como si hubiera estallado una bomba... Gritos, voces, carreras, ladridos de perros y escarceo de gallinas y el eco que se alejaba repercutiendo como un trueno.

Los escasos vecinos que aún quedaban en el Pueblo, entre ellos el Cura, se tiraron de las barbacoas y de los catres, al suelo, de barriga. La tropa, en un ¡Sálvese quien pueda! echó a correr cada quien por donde pudo, abando-

nando los fusiles. Al fin, una voz poderosa gritó obstinadamente:

—¡No ha sío ná!... Señores, ei cañón que deplotó!...

En Los Cerritos, un viejo veterano, desvelado en su tarima, oyó la explosión y le dijo a su compañera:

—Acucha, Magalena, como tá Juan limpiando ei campo.

*

El General Pelota anduvo con su tropa hacia el norte, viró al sur, tomó nuevos rumbos, deteniéndose únicamente para comer, hasta que al clarear de un día, asomó a la sabaneta del batey La Batea. Las casas estaban situadas en hileras hacia el fondo. Se notó que de ellas se desprendieron jinetes, que en carrera desbocada, huían hacia los bosques. Eran pocos y portaban divisas rojas.

El General encargó a la tropa que no disparara y, braceando, trataba de dirigirse a los jinetes:

—¡Párense!, ¡párense!..., ¡todos somos uno!... ¡párense!...

Ni oían, ni entendían y desaparecieron a escape.

El General las emprendió entonces con el Ayudante. Le dijo improperios. Hombre poco previsor, inútil, que no era militar ni sabía de nada. Si la tropa hubiera llevado su divisa colorada, esas gentes no se hubieran ariscado:

—¡Aquí mismo, Ayudante!, consígale a cada uno un trapo colorado; consígale también uno prieto y por lo que pueda suceder, consígale uno blanco. Consígalo, ¡aunque sea del faldón de las mujeres!...

El Ayudante se vió negro para cumplir la orden. La tienda del Batey estaba cerrada y pocas mujeres no lo habían abandonado. Consiguió sin embargo los gallardetes y se los repartió a la tropa.

De esa manera estaban cuando surgió sin zapatos, sin sombrero y desgarrado, Liquín Canela, el Jefe de Orden del Batey.

Había tenido que salir huyendo, —contó—, cuando llegaron los revoltosos. No tuvo tiempo de coger ni los zapatos, ni el revólver, ni el puñal. Sintió que fueron directamente a su casa con malas intenciones. Eran de la gente de Juan Labraza, echando vivas a la Revolución y abajo el Gobierno.

Liquín Canela era sobrino del Gobernador. Se le tenía por muy gobiernista y mandaba a la baqueta La Batea, de donde por derechos de juegos y otras alcabalas, sacaba por semana tajadas apreciables.

El General y Liquín entraron en explicaciones.

—¿Por qué no le había hecho fuego? —y Liquín reparó a la tropa y le extrañó el empavesamiento:

—¿Y esa divisa roja?...

El General trató de explicar y el disgusto sospechoso de Liquín crecía a medida que la explicación iba extendiéndose.

El General, dijo, andaba en una operación muy importante que le había confiado el Gobierno. Trataba de averiguar los ánimos de la Común y desde hacía tres días caminaba en eso. Si era conveniente, debía hacerse boya frente a los ya declarados enemigos de la situación, para conocerlos bien; con eso, daba tiempo para que llegaran los refuerzos que le había anunciado el Gobernador y, entonces, con dos patadas acabaría con todo.

Liquín era ardiente y rebosaba ira contra los revoltosos. Le parecía que no se debía permitir que los enemigos cogieran alas, y el General debía...

Pero ahí fué Troya. Cuando Pelota entendió que se mezclaba en sus atribuciones y pretendía dictarle normas

y procedimientos, de seguro prevalido de su parentesco con su inmediato superior, entonces, montó el disco de su decantada autoridad y del horcón y alterando la voz, llegó a los elementos, enfurecido por el porfiado que no arriaba bandera y que alzaba el tono a la medida de él. Llegó un momento en que se volvió al Ayudante y le ordenó colérico.

—¡Ajuste preso a este hombre!... ¡Tránquelo en la Ermita!

Y se dirigió a la tropa, casi toda reunida en torno.

—¡Viva el General José Pelota!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —contestaron.

A poco, el General buscó al Ayudante para conferenciar:

—Compadre: ¿qué le parece ésto?

—Yo, compadre...

—¡Ese es un atrevimiento!, ¡el que manda soy yo!... ¡Yo!, —y se tocaba en el pecho.

—Sí, compadre...

—¡Yo no permito que se me abra gañote!

—Sí, compadre...

—De momento voy a fusilar uno para dar un ejemplo.

—Sí, compadre...

—Nadie sabe en lo que ando y ni el Gobierno tiene que meterse en eso.

—Sí, compadre...

Y bajando la voz:

—¿Qué iba diciendo por el camino?

—Que dique le diba a mandá un propio a su tío, contándole como taban la cosa...

—Que se lo mande... que se lo mande...

—Que dique uté taba a do boca...

—¿Le dijo eso, compadre?

—Sí, pero guárdeme el secreto.

—Usted vé, compadre, usted vé... más le valiera al Diablo no jucharme, porque si yo doy un zapatazo...

—Sí, compadre...

—A mí me solicitan toditos porque se sabe que yo soy el horcón de La Matraca y si yo doy un zaptazo...

Y se dirigió a la Ermita cuya puerta abrió y cerrándola tras sí, penetró en el interior. Aquello estaba oscuro.

—Liquín!... Liquín!... ¿dónde estás tú?

—Aquí —respondió una voz áspera.

—Acércate aquí, muchacho.

Se oyen pasos involuntarios.

—Mira, Liquín, mira; uno tiene sus actos bruscos y más cuando anda con las orejas calientes. Yo he procedido así contigo, por la confianza y para imponerle disciplina a la tropa. Calcula si no fuera así, cómo se pondrían esas gentes... A tí, Liquín, por la confianza yo puedo abrirte mi pecho. Oye, tanto el Gobierno, como el Gobernador, tu tío, me han encargado que antes de nada revise la Común y con toda la malicia estudie la gente. Ya por lo pronto sé en qué pié está parado Juan Labraza. Mira, ese es el único aspavientoso, pero no tiene más que cuatro gatos y le voy a cumplir la palabra que le dí a tu tío, de mandárselo amarrao como un andullo. Cuando yo meta mano, Liquín, y espéralo, ¡todo esto aquí se acabó! Ahora Liquín, de los refuerzos que espero y que hoy mismo voy a alcanzar, sé que me mandan hasta un cañón, te voy a mandar una columna para que defiendas tus intereses y hagas respetar aquí al Gobierno. —Y agregó con tono familiar— Ahora, como tú estás descansado y mi compadre el Ayudante no sirve para nada, vé a ver si de pronto procuras

con qué coma la tropa; pero date de pronto porque casi estamos saliendo.

La puerta se abrió y ambos salieron. Liquín llevaba otra cara. El Ayudante que no estaba lejos, viendo aquello, pensó en su simplicidad que él a la verdad no sabía de esas cosas.

En marcha abigarrada desfiló la tropa sin tomar ninguna vereda, a través del pajonal. Así marchó mucho tiempo a la voz de: ¡Jarretes, muchachos!, hasta encontrar el camino real. Entonces, el General se dirigió a un sitio estratégico. Escalonó la tropa en sucesivos barrancones en el cauce de un arroyo y se situó personalmente a retaguardia, en un alto, poblado de mangos gruesos que dominaba el camino en una distancia considerable. De esta manera interceptaba toda comunicación entre La Matraca, la cabecera de provincia y la Capital. Allí esperó alerta.

Con la tarde, asomó un jinete. A lo lejos acusaba ser persona extraña a la Común. El General se adelantó hacia él. Venía de la Capital enviado por la Junta Revolucionaria al General Pelota. Le entregó una talega que contaba veinte onzas y varias comunicaciones. El General las leyó atentamente e impuesto de su contenido le dijo al expreso que no contestaba por escrito porque no tenía papel, pero que como él era una carta viva, le dijera a los Generales de la Junta que él estaba como un trinquete y que nadie le echaría un paso adelante. Que tuvieran confianza en él y le señaló hacia los barrancones en donde se veía hormiguear la tropa, cuyos gallardetes flotaban al aire.

—Dígale a los Generales de la Junta, y no se le olvide, que aquí estoy luchando con dos hombres a cual de los dos peor. Uno es enemigo declarado de la Revolución y hombre muy peligroso, sobrino del Gobernador, se lla-

ma Liquín Canela y el otro es un "saltiador" que se ha metido para desacreditarnos. No se ocupa sino de granjearnos enemigos y se llama Juan Labraza. Juan Labraza por un lado y Liquín Canela por el otro, son capaces de acabar con nosotros, mi amigo...

—General, ¡pero a gente así se le quita de en medio!

—Justamente, justamente y me alegro que usted lo diga; se ve que usted es militar; pero quiero poner las cosas en claro y usted es una carta viva.

—Descuide, General Pelota.

Se despidieron. Cuando ya iba lejos el General le repitió a voces el encargo acerca de Labraza y Liquín Canela.

El expreso había caminado media hora cuando se cruzó con dos viajeros a caballo que llevaban una mula del cabestro. Ambos portaban carabinas y el avío de los animales, eran largos serones como para llevar andullos. Unos y otros se lanzaron miradas cargadas de sospechas, y siguieron presurosos, cada cual a su destino.

El General Pelota no tardó en divisar la recua y presuroso, se dirigió a su encuentro. Este era un expreso del Gobernador. Lo que parecía andullos eran carabinas, con buena provisión de balas. Aparatosamente y después de saludarlo, el encargado del convoy le entregó al General una funda larga que parecía un calcetín y le pidió que en su presencia contara el contenido. El General se puso en cuclillas, la vació en el suelo y una tras otra, contó veinticuatro morocotas.

El expreso era un oficial despierto y el General lo comprendió. Le exigió recibo y contestación a las cartas que portaba.

El General adujo que por estar en campaña, no tenía

papel de oficio, pero como contraseña le llevara al Gobernador una prenda que aquel conocía y se despojó de un anillo grueso que montaba piedra, y de boca, porque el expreso era una carta viva, que ya Juan Labraza había caído en la trampa, que lo tenía cercado en el Pueblo y que sólo esperaba esos pertrechos para caerle encima y que pronto de Labraza no iban a quedar los ripios. Se despidieron.

Menudamente, el Ayudante, de lejos, había observado aquellas cosas; además, notaba los bolsillos del General sobrecargados por el peso de los talegos. El tocino le olía y no encontraba forma como abordarle. Entrecortado se le arrimó al fin:

—Compadre —dijo rascándose la cabeza— yo quisiera una licencia para dir a casa.

—¿A su casa, Ayudante?, ¿a su casa, con la piña tan agria como se está poniendo?

—Pero vea que...

—Compadre, ¿así es como quiere usted ganar galones y jefaturas?

—Compadre, es que yo tengo un compromisito de unos centavos...

—No se ocupe, Ayudante; no se ocupe de compromisos ahora... ¡Déjese de eso!...

—Pero es que tengo a la mujei ai cogei la cama...

—Pero de seguro que usted no la va a partiar...

—¡Ah!, como eso no...

—Pues entonces...

—Pero tengo que jacei la paga porella y pa lo demá preventivo...

—Mire compadre, mire; yo he recibido algunos chavitos que mandó el Gobernador; pero usted debe tener paciencia y tenerme confianza como a la Virgen de la Alta-

gracia. Usted tiene su parte, compadre, usted la tiene, júrelo; pero aguántese, cristiano, aguántese.

—Ello, así sera, Compadre...

*

Amaneció otro día. Un soldado se le acercó al General, para avisarle que del lado del Pueblo venía un parlamentario con bandera blanca y por el color del bulto parecía ser el Cura.

—Vaya, reconózcalo, y si es el Cura déjelo pasar hasta aquí.

Era el Cura en efecto y habló al General. Debía evitarse el derramamiento de sangre entre hermanos. La República necesitaba a todos sus hijos para que la honraran con hechos contra sus enemigos y la engrandecieran con su trabajo.

—Asimismo pienso yo, Padre; asimismo —repuso el General complacido.

—Además, —prosiguió—, la lucha aquí en La Matraca, está demás; ya el Gobierno capituló.

—Eso lo sé yo por oficio hace rato, Padre y tengo poderes de la Revolución...

—¿Cómo?

—Sí, Padre; siempre estoy diciendo que venga como venga el palo, no hay más que José Pelota en La Matraca. Mire, me han nombrado Delegado y ahora voy de Adjunto a la Gobernación...

—¿Se va usted, Comandante?

—Si, Padre; en mi puesto queda Juan Labraza. Juan queda como Comandante de Armas.

—Lo siento y me alegro al mismo tiempo. Lo mejor es que todo termine así como hermanos, así es lo mejor...

—Ahora, Padre, vaya al Pueblo y dígale eso a Juan,

si no lo sabe. Dígale que todos somos uno y que tengo una funda de dinero en oro que le han mandado de la Capital; pero que como yo soy hombre puro y delicado, deseo entregársela en presencia de todo el mundo y teniéndolo a usted, Padre, por testigo. ¿Oyó?

El Padre había oído y después de esto, abrazó al General y partió foeteando el caballo que montaba.

Juan Labraza recibió el parlamento entre inconforme y halagado; sobre todo, la anunciada funda de oro lo mareaba. Malo era eso de recibirla en presencia de todos. Cavilando en esto estuvo mucho rato, hasta que por fin invitó al Cura y ambos tomaron el camino del campamento del General Pelota.

A prudente distancia, Labraza se plantó en medio de la sabana y envió al Cura de emisario. Que viniera el General, pero que viniera solo, que en aquel sitio hablarían.

El Cura se fué y no tardó en retornar, siguiendo al General que, jarreteando, traía el caballo del Presbítero al trote.

El General le dió a Labraza un abrazo efusivo que éste no esperaba y le repitió lo mismo que le había dicho al Cura; pero en cuanto al oro, esperaba la ocasión de entregárselo en el Pueblo, en presencia de todo el mundo, y eso no lo hacía por él, Juan, sino por la gente que era muy mal intencionada.

—Pero mire, primo José —arguyó el interesado—. Mis cosas me gusta manejarla yo... Amá que aquí ta ei Cura de tetigo...

—No digo lo contrario, Juan y más que lo ageno llora por su dueño, pero como soy tan legal...

—Por eso no tenga pena, primo José; yo no niego lo que recibo...

—Bueno, pues mire Padre, entréguele a Juan, contadas, que yo mismo no sé lo que hay. Así como lo recibí lo entrego.

El Cura desató la funda y fué sacando del fondo y depositando en las palmas de las manos de Labraza, onza por onza. Contó hasta nueve y el tintineo era grato.

—¿Eran toas, primo José?

—Ni una más, Juan, ni una menos.

El contacto del oro, transformó el talento de Labraza; se hizo amable e invitó al General a que entrara al Pueblo con su tropa, ya que todos eran uno.

—Iré con la fresca, después que mi gente coma. Guárdenme media botella...

Con la fresca entró al Pueblo el General Pelota, seguido por la tropa. Era medio centenar de hombres, harapientos y derrengados por las marchas. Se refugiaron en el Cuartel, después de saludar jubilosos a los hombres de Juan, no más de veinticinco, pintorescamente armados.

Dialogaban los soldados, con chanzas y risotadas; mas por obra de malas artes, no tardó en cundir por todas partes la noticia del dinero recibido por Labraza.

—Fué una funda apretada de morocotas...

—¡Adió!, pero aguáitenle lo bolsillo; lo tiene que no pué con ello...

—Y ese *agallú*, ¿lo querrá tó parei?

—A mí me da de cuaiquiei manera...

—Y yo también quió lo mío...

En presencia de uno de esos grupos, el General Pelota se hizo el aludido:

—Por mis manos lo que hicieron fué pasar. El Cura es testigo de que en su presencia le entregué la talega de morocotas que de la Ciudad le mandaron.

La intriga siguió ensanchándose. Cuestionado el Cu-

ra afirmó la declaración de Pelota y entonces la conjura tomó forma y se hizo estridente; parecía azuzada por alguien y menudeaban las botellas de ron.

En autos, Labraza se refugió en la casa curial y hasta allí fué lo que era ya un tumulto vociferante.

Uno de los más atrevidos, penetró en la casa y lo cuestionó sobre el dinero a voces, y manoteándole el rostro. Labraza indignado desenvainó el sable y lo castigó. Aquello fué lo bastante para que el grueso cargara sobre él, y la respetable mansión se convirtiera en un campo de Agramante.

Mientras los vidrios saltaban y se estremecían los setos, todo acompañado de una gran algarabía, el levita, en la calzada, daba grandes voces al General Pelota.

José Pelota compareció sable en mano, seguido por su tropa. Echanda rayos por la boca, maldiciendo al condenado que ni la casa del Cura respetaba, hizo agarrar por sus gentes a Labraza y se lo entregó al Ayudante.

—¡Péguele una soga, llévemelo, y entréguelo en la Ciudad, en la misma Fortaleza! —Y agregó:

—Ayudante: ¡lleve otra soga para que amarre de camino a ese Liquín Canela y lo mancorne con él!

Y acercándose al Ayudante le dijo, por lo bajo:

—Juan lleva las morocotas, son nueve, y oiga: "con sus intereses, usted me responde de ellas!

Y para dominar el tumulto, se empinó y gritó a todo pulmón: ¡Viva el Gobierno de la Revolución! ¡Viva el General Pelota!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —respondieron a granel.

FRANCISCO E. MOSCOSO PUELLO

(N. 1885) (*)

EL REGIDOR PAYANO

El Comandante Pantaleón Payano había nacido en los barrios altos de la ciudad. Era capitaleño, lo cual le colmaba de orgullo. Muy popular entre los obreros. Había sido carpintero, casi ebanista. Pero la política le había hecho abandonar su oficio.

En los Montones, bajo las órdenes del General Cabrera, alcanzó envidiable prestigio. Demostró un valor extraordinario, al decir de sus compañeros. Fué un héroe. Desde aquella época Payano era considerado como uno de los hombres más valientes de la República. Pero no

---

(*)—F. Moscoso Puello, después de su novela *Cañas y Bueyes*, publicó *Cartas a Evelina*, obra que en su género no tiene par en nuestra producción literaria: contiene un caudal de observaciones sobre las costumbres y lacras de la familia dominicana reveladas con fino humor y sin asomo de amargura. Es autor, además, de dos volúmenes de cuentos, aún inéditos, y de una obra monumental relativa a la medicina y a los médicos que han vivido en este país desde los primeros días del descubrimiento de América. Es un estudio de valor imponderable. También inédita conserva la novela *Sabanas y Fundos*, y un examen sociológico e histórico intitulado *La Odisea de la Española*. Ha dictado numerosas conferencias de carácter científico. *Navarijo*, el último de sus libros publicados, abundante en erratas, es narración de motivos que revisten la obra del interés que los franceses califican de *petite histoire*. F. M. P. es doctor en medicina y cirugía, graduado en la Universidad de Santo Domingo.

había tomado más las armas. Desempeñó algunos cargos en sucesivas administraciones, cargos de confianza, pero ahora vivía de negocios. Compraba y vendía propiedades, hacía de corredor. Cobraba cuentas comerciales. Hacía hipotecas, préstamos. Tenía sus asociados. Llevaba una lista de las personas que tenían necesidad de dinero y las ponía en relación con los prestamistas. Sostenía muy buenas relaciones con dos o tres notarios de la ciudad. No hacía grandes ganancias; pero vivía.

El Comandante Payano tenía tres hijos naturales y dos legítimos. Estaba divorciado hacía años. Sus hijos naturales los tenía su madre, los legítimos vivían con él y Rosaura, una mulatica a quien le había puesto casa, dos años antes de separarse de su seposa. Estaba satisfecho de su nueva mujer, sobre todo, porque le trataba muy bien los hijos. Los quería mucho y estaba dispuesto a darles una buena educación. Aspiraba nada menos a que Pantaleoncito, el mayorcito, que contaba catorce años, fuera médico y José, que apenas tenía diez, fuera abogado. Payano era un hombre de aspiraciones. Continuamente se lamentaba de que no lo hubieran puesto a la escuela. Su padre, el Coronel restaurador Marcos Ledesma, no tuvo empeño en ello. No se lo reprochaba, sin embargo. Entonces no eran las cosas como ahora. Estuvo de aprendiz en una zapatería cuando tenía doce años, después se colocó en una pulpería ganando tres pesos por mes. Luego entró en casa del maestro Cabral a aprender el oficio de carpintería. En aquella época el taller estaba especializado en hacer catres y mesitas de pino barnizadas para salas.

Más tarde trabajó con el maestro Cerón y entonces fué cuando aprendió todo lo que sabe. Trabajó mucho en caoba, obras finas, con lustre de puño que gustaban mucho. Después, la política; hasta que en los Montones las

circunstancias le hicieron desplegar un valor que le prestigió y le permitió cambiar de fortuna.

El mismo no se daba cuenta de la estimación que se le tenía. En San Miguel era casi un ídolo. Había que contar con él para todo empeño. Ninguna iniciativa lograba éxito si no tenía en su favor la influencia del Comandante Payano. Las fiestas en que él no tomaba una gran participación no quedaban lucidas. Las reuniones en las cuales no estaba presente resultaban frías. Sus servicios eran muy estimados. Sus hazañas en la pelea de los Montones eran muy conocidas. Había salvado la vida varias veces al General Cabrera, antes de que fuera herido. Rivalizó con él en valor.

—Pero, cuando las cosas van a suceder, —solía decir en tono sentencioso— no hay quien las pueda evitar. Le había llegado su día al General.

En diferentes ocasiones, después que Payano se retiró a la vida privada, había sido solicitado su concurso.

—Hombres así, —se decían los políticos de San Miguel— son los que se necesitan. Como el Comandante entran pocos en libra.

El Comandante mostraba una sonrisa de satisfacción.

No pudo resistir a las solicitaciones de sus amigos y en las elecciones del 19... el Comandante Payano fué elegido Regidor de la Común de Santo Domingo. Allí aumentó su prestigio, porque fué un defensor celoso de los intereses de la ciudad y en particular de los obreros, gremio al cual se ufanaba en pertenecer, aún cuando hacía tiempo que no trabajaba la carpintería.

Había dado órdenes a Rosaura de que le limpiara el *paletó* y le tuviera lista toda la ropa necesaria, pues tenía intenciones de asistir al banquete con que obsequiaría al

Presidente del Ayuntamiento un grupo de sus amigos, con motivo de haber sido condecorado con la Orden del Libertador Simón Bolívar. Ese *paletó* lo había mandado a hacer para el 27 de Febrero, día en que lo estrenó con motivo de los actos oficiales a que tenía que asistir. Fué un día feliz éste para el Comandante Payano. A las nueve en punto estaba en el Ayuntamiento. Lucía su elegante *paletó* de paño negro, su corbata negra y blanca, de las mismas que usaban los diputados. Un pantalón a rayas, oscuro, unos zapatos de charol y su chistera plegadiza. Se encontró muy bien vestido. Marchó en compañía de sus compañeros a la Catedral. El *Tedéum* quedó solemne. Monseñor habló, elogió al gobierno y lo puso bajo la égida de la Virgen de la Altagracia; luego, en el Cabildo, teniendo a la espalda los retratos de los Padres de la Patria, su emoción llegó a sus límites. Se sentía orgulloso, henchido de patriotismo. Unicamente lamentó ese día no haber sido un orador para poder expresar todo lo que sentía y pensaba en aquellos momentos en que las notas del Himno Nacional le habían hecho poner las carnes de gallina, recordando las historias que tantas veces le había oído repetir a su padre, el Coronel restaurador Marcos Ledesma. Pero, las palabras del Presidente del Cabildo lo dejaron satisfecho. Habló muy bien. El Comandante aplaudió varias veces con entusiasmo. Otros oradores tomaron la palabra, hasta diez, pero ninguno se expresó como el Presidente. Quedó agradecido cuando este funcionario se refirió a la obra del Municipio, y cuando aludió a la buena colaboración que había tenido de sus demás compañeros. Este rasgo de justicia lo dejó satisfecho. Porque él, Payano, se había entregado en cuerpo y alma a los intereses de la Común. Muchos informes y proposiciones había presentado, por los cuales había sido felicitado por personas de

valer, por gente de primera, y en una ocasión por el propio Presidente de la República, que le aseguraba que estaba satisfecho de haberlo llevado ahí y de sus actuaciones.

No había tenido ocasión de usar otra vez el *paletó*. Pero como ahora estaba invitado a ese banquete, Rosaura lo tenía ya al sol, para quitarle el polvo. Payano se disponía a salir, cuando llegó el Síndico.

—¿Qué dice el Comandante Payano?

—¡Qué va a decir! ¿En qué puedo servirle?, —contestó—. Pase adelante y siéntese.

El Síndico se sentó en una mecedora, frente a Payano. Después de preguntarle por los hijos y tocar algunos puntos sin importancia agregó:

—Lo he venido a buscar, Comandante, para que demos un paseíto por ahí, para que usted vea algunas obras ya terminadas de las que se me ordenaron ejecutar. Han salido un poco caritas, pero han quedado muy bien hechas. Como usted es Miembro Interino de la Comisión de Fomento, deseo que usted quede bien impresionado. Usted sabe, Comandante, que yo tengo mis enemigos en el Ayuntamiento y no quiero que el pago de estos trabajos se retarde ni que discutan los precios.

—No se preocupe, —dijo el Comandante.— Usted sabe que puede contar conmigo en todo tiempo.

—Por eso vine donde usted, —agregó el Síndico.— Basta que seamos hermanos masones.

Se pusieron de pie y se dirigieron al carro, —un auto Packard con el escudo de la ciudad. Descendieron por la cuesta y se introdujeron en la calle Separación.

Payano y el Síndico entraron en intimidades. Se habló de los chismes municipales y el Síndico volvió a re-

petir a Payano que contaba con él, para que con su voto le allanara dificultades.

Hacía días que se decía en la Plaza de Colón que el Síndico Rodríguez sería destituído. Se le acusaba de mala administración. Dos o tres Regidores le habían ya *puesto la proa*, pero él contaba todavía con el resto y con su hermano Payano y gastaba muchas atenciones con éste.

Al cruzar la calle 19 de Marzo alcanzaron a ver al General Pérez, y Rodríguez, tocando a Payano por el codo le dijo:

—¿Y este tipo, en qué está?

Payano le contestó que en su opinión era un *cohete tirado*. Toda la vida había vivido explotando su figura, sobre todo sus bigotes, pero ya eso se le acabó.

—Y añadió:

Según me han informando está haciendo *curvasos*. Le ha escrito varias cartas al Presidente, ofreciéndole sus servicios, pero no le tiene confianza, porque es muy compinche de los enemigos.

Se dirigieron al Hospedaje Municipal y allí inspeccionaron los trabajos de desagüe. Payano le manifestó a su amigo que en realidad aquello hedía mucho antes, que el periódico tenía razón en haberse quejado. Encontró muy bueno el desagüe y mejor colocadas las plumas de agua.

De allí siguieron para el Matadero. Payano celebró el trabajo. Lo encontró limpio y felicitó al Síndico.

—¡Déjelos que hablen! Que vengan a ver este trabajo para que se convenzan de que el Ayuntamiento se ocupa. Como el nuestro no ha habido otro en la Capital.

Y al subir de nuevo al carro exclamó:

—¡Yo no sé lo que hacían con tanto dinero!

—Eso pienso yo. Y conste que el presupuesto este año es más bajo que el otro.

Rodríguez se sentía satisfecho de la aprobación que dió Payano a sus trabajos. Se informó del costo que no podía ser más bajo.

Payano rechazó una copita con la cual el Síndico quiso corresponder a sus cumplimientos.

—¿Dónde consiguió esa pintura?, —pregunttó Payano volviendo la cara para ver por última vez a través del vidrio del carro el Matadero.— Parece muy buena.

Pensaba en esos momentos en que su casa estaba necesitada de una buena mano de pintura para remozarla, y que así presentaría mejor aspecto, ya que constantemente, con motivo de su cargo, recibía visitas hasta de los *tutumpotes de Gascue.*

—En el "Faro de Colón". Allí es donde solamente se mandan las órdenes del Ayuntamiento. Por eso se había retrazado ese trabajo, porque no tenía existencia y hubo que esperar el vapor.

El Síndico le manifestó enseguida que se podía conseguir una poca, si su trabajo no era muy grande.

—Me parece que han sobrado algunos potes, —agregó.

Payano levantó el brazo para subrayar un ¡no! seco y terminante.

—¡Dios me libre de mal! Aquí las gentes hablan mucho y se fijan en todo. Usted me obsequia con esa pintura sobrante y dicen de una vez que estoy desfalcando al Municipio. Usted sabe que aquí no van muy lejos para *menear la lengua.* ¡Dios me ampare!

El Síndico le advirtió que tampoco había que ser demasiado escrupuloso. Y le recordó el desastre del pasado Ayuntamiento.

—¡Esos sí hicieron su agosto, compadre! y, sin embargo, ¿qué les pasó? Si quiere la pinturita me avisa.

De regreso Payano encontró algunas personas en su casa. Le aguardaban. Uno le entregó una tarjeta del Diputado Díaz. Había un cargo vacante en la Secretaría y su amigo el Diputado Díaz le recomendaba al portador, que era del partido y persona competente. Otro venía a exponer una queja con motivo de un trabajo del que lo habían despedido. El tercero quería hablar en privado. El Comandante Payano pidió permiso para quitarse alguna ropa y volvió en mangas de camisa. Dirigiéndose al primero, un jovencito flacucho y casi blanco, le dijo:

—¿Qué cargo es ése?

—Auxiliar de la Secretaría, —le dijo el joven tembloroso.

—¡Ah sí!, ¿el que desempeñaba la Señorita Castro?

—El mismo.

—Bueno, a mí no me gusta comprometer mi voto. Aquí han venido ya varias personas a verme para eso y yo no me he comprometido todavía. ¿Usted vió al Presidente?

—Sí, señor. Le llevé otra tarjeta. Usted sabe, Comandante, que yo trabajé mucho en las elecciones. Yo arrastré mucha gente, rompí muchos votos contrarios, yo hablé mucho. ¿Usted recuerda el molote que se armó en Santa Bárbara? Yo estaba ahí y si no es por mí rompen la urna. Usted sabe que yo tengo una hermana muy amiga del Síndico Rodríguez.

—¡Ah! ¿Usted es Ricardito Peláez?

—El mismo, para servirle.

—Bueno, vuelva mañana, que yo hablaré de eso.

Y lo despidió amablemente. Y dirigiéndose al otro, un morenito presuntuoso:

—Y usted qué desea?

—Me dijeron que viniera donde usted, porque me

podía arreglar eso. Resulta que yo vendí mi sueldo a Don Remigio y tenía que entregarle un piquito que le debo; pero parece que él se ha entendido con un joven de la Tesorería y no sé por qué no me quieren pagar.

—Pero si hay fondos, —exclamó el Comandante.

—Sí, yo sé que hay; pero me ponen inconvenientes. Ese muchacho es el que está encargado de cobrarle a Don Remigio los cheques que le corresponden. Y parece que como yo no se lo he vendido esta vez, me ponen inconvenientes.

—Bueno, yo le arreglaré eso. Vuelva mañana.

El Comandante hizo una señal al tercero y entraron a un departamento que hacía de oficina privada. Un escritorio de caoba, que el propio Comandante había hecho hacía quince años y tres sillas modestas, un retrato de la Tabacalera y un *bouquet* de flores de papel, dentro de un florero, sobre una mesita de caoba también, eran los objetos que más se destacaban en la habitación. Tomaron asientos.

—Yo he venido, Comandante, a informarle de algo que oí en los bajos del Palacio Municipal esta mañana. Como se trata de usted no perdí tiempo.

—¿Y de qué se trata?

—Bueno, allí decía esta mañana un grupo, que a usted lo iban a sacar del Ayuntamiento. Que le habían dicho al Presidente que usted era un inconveniente. Que usted le negó el voto a Pedro Soto, el que recomendó el Presidente para la oficina de Impuestos Municipales. Hablaron otras cosas, pero yo tuve que retirarme no fueran a sospechar que estaba oyendo.

—¿Y quiénes eran? —dijo curioso e impaciente el Comandante.

—Bueno. ¡Yo no sé! Había uno alto con un sombre-

ro de pajita, vestido de blanco; un morenito vestido de casimir, y el otro me dijeron que era el Síndico.

—¿El Síndico? —exclamó sin poder disimular su asombro el Comandante Payano.— ¡Eso no puede ser! ¿El Síndico? No lo puedo creer.

—Yo no se lo aseguro, pero me puedo informar. Si usted tiene interés en asegurarse, yo lo averiguo, porque la cara no se me ha olvidado.

—¿De qué color era?

—Bueno, indio claro.

—¿Tenía bigotes?

—No. Estaba afeitado.

—¿Bajito o gordo?

—Como yo, más o menos.

—¿De qué color estaba vestido?

—De dril blanco, con un sombrero de fieltro gris.

El Comandante se quedó callado un momento. Luego preguntó:

—¿Habla fañoso?

—Sí, tiene una vocesita rara, —contestó el visitante.

—Pues bien, —agregó el Comandante— no repita eso. Quédese callado. Yo no creo que sea el Síndico. El que le dijo eso lo engañó. El Síndico y yo somos de los más unidos en el Ayuntamiento. Pero como la política es política...

Hubo otro silencio que el Comandante interrumpió.

—Muchas gracias. Todo eso es una invención. Pero si usted oye algo, vuelva por aquí. Esta es su casa.

Payano se quedó reflexionando, después que despidió al amigo que le dió esos informes. Así, pensativo, lo encontró Rosaura cuando lo llamó a comer.

Durante el almuerzo, Pantaleoncito refirió a su padre lo que había pasado en la escuela. Dos profesores, de

los que más enseñaban, el señor Torrez y el señor Domínguez, no volverían más.

—Mira, papá, —decía Pantaleoncito entristecido,— yo no sé cómo me voy a hacer. El señor Torrez es muy buen profesor. Y como el señor Domínguez, nadie para enseñar matemáticas. Ese es un toro en números.

—¿Y qué chisme ha pasado? —preguntó el Comandante.

—Yo no sé. Dicen que porque no quisieron firmar una hoja.

—¡Ah! eso es por el voto de confianza al Presidente, —exclamó el Comandante, y agregó:

—Es que estos jovencitos se las dan mucho. Están viviendo del Gobierno y quieren hacer lo que les da la gana. Así no son las cosas. Cuando uno es empleado tiene que estar de buena fe.

—Pero, ¿y si nombran otros que no sepan, papá?

—¡Como no los van a encontrar competentes! Lo que se sobran aquí son profesores.

—Pero el señor Torrez y el señor Domínguez saben mucho, papá!

—Ni tanto saben, hijo. Ya ves que se han dejado quitar por una tontería. Si hubieran sido tan competentes, como tú dices, sabrían que aquí hay que hacer lo que le mandan. Para mí han sido unos brutos.

Rosaura fué al patio a recoger el *paletó*, porque se había puesto nublado, y el Comandante Payano le echó una mirada a su pieza que le quedaba tan bien y con la cual había recibido tantas satisfacciones.

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA

SOCRATES NOLASCO

(N. 1884) (*)

MA PAULA SE FUE DEL MUNDO

Al Dr. Ramón Blanco Isusi.

Un alarido de gargantas vigorosas, seguido de uno, dos, tres disparos de carabina, le anunciaban al mundo un grave acontecimiento.

Detrás del caobal del cerro, en la planicie vecina, el gafo guardián del colmenar sopló el fotuto de poderosa voz. Y respondiendo a la señal oficialmente pautada, desde el fundo de la Domingona, y más lejos, hicieron tronar otros y otros fotutos que, a mayor distancia, contestaron otros, y otros más, con toques de alerta que sucesivamente pasaban de fundo a fundo, del monte al llano, dilatándose hasta una distancia enorme en un ulular tremendo. El aviso, la señal anunciando el grave acontecimiento, llegó así a todos los conucos, y horas después se acercaban a la aldea, precavidamente armados, los pobladores de las cercanas y las remotas viviendas.

Papá Sindo, el comandante del Puesto Cantonal de Petit-Trou, ya a la oración agrupó a los recién llegados ba-

---

(*)—Ha publicado: *Cuentos del Sur* —1938—; *El Gral. Pedro Florentino y un momento de la restauración* —(938—; *Viejas Memorias* (1941), *Escritores de Puerto Rico* (1953); ha dictado conferencias, etc., etc.

jo el ramaje de una baría frondosa y con agria y autoritaria voz de domador de gente, habló y sus palabras fueron atentamente escuchadas.

No se trataba de una de tantas incursiones del ejército de Haití. La noticia, aunque parecía increíble, era hoy tranquilizadora, y si maquinalmente el jefe le apretaba la empuñadura al *machete de cabo* que le colgaba de una banda roja, blanca y azul, era por la costumbre de arrear hombres en las peleas contra los enemigos de la república. A ese machete le debía el grado de comandante, de que estaba orgulloso, y el prestigio de matón de súbditos del Emperador Faustino Soulouque, de que no se jactaba porque le parecía la cosa más natural del mundo.

—Compañeros... —dijo y esperó con calma a que se impusiera el silencio—. Compañeros... ¡Ma Paula se fué del mundo!

A su lado el secretario Lorenzo, *Lorencito,* iba leyendo para sí el discurso que le había enseñado al superior, a ver si éste se equivocaba. Espantados de oír lo increíble, se miraron todos y se dijeron:

—¡Se murió Ma Paula!

—En ella se ensuelva, profirió un atrevido.

—¡Cállese el deslenguao! —regañó Papá Sindo, y la voz se le rajó en la garganta—. Ma Paula se fué del mundo —reiteró—. Cayó con la boca echando espuma y ya al minuto estaba tiesa como si fuera de palo. Los tonto que secretiaban que iba a vivir ciento setenta y siete año en cumplimiento del pacto que ella tenía con Sataná, queden convencido de que si ni tan siquiera el arzobipo puede alargar la vida propia con oracione a Nuestro Señor Jesucrito, meno sabrán los haitiano inmunizarse con la malicia del diablo y la de sus *Luase* y *Papá Bocó.* Con nuestros machete, nuestros fusile y sobre todo con la

cruz de nuestra bandera, podremo triunfar siempre de los enemigo. Siempre. Siempre que recemo el Creo en Dios Padre defendiendo la república a tiro y a machetazo. Compañeros... —agregó cambiando de tono y mirando de soslayo—. Aquella novilla berrenda, que era de los biene de la difunta, ordeno y mando que la beneficien para pasar el velorio. Mándenme los filete. Y últimamente —dijo empinándose—. Advierto que el aguardiente se hace para beberlo; pero hay que saber beberlo. No quiero gresca. He dicho.

Papá Sindo, alto y seco, resultaba tan imponente de cerca como de lejos, y los caprichos y rebeldía de la s le añadían gracia en vez de restarle elocuencia a sus arengas.

Tan pronto se alejó el áspero y autoritario jefe empezaron los comentarios y murmuraciones: "El era así, duro y seco, pero no malo. Tenía la lengua tan agria porque *estaba del pecho* y sabía que no tenía remedio. Pero, aparte de eso, la verdá es la verdá; y sin dizque ni que me dijeron, ¡se murió Ma Paula!"

Allí, puesta boca arriba sobre la barbacoa y el colchón de guajaca que le servía de cama, en medio del patio de su vivienda, en donde la habían colocado, estaba tiesa y más seria que cuando vivía.

Varios opinaron que en la región no estarían preservados del espíritu de la bruja sino después del novenario. Y así y todo habría que hacerle el hoyo bien hondo y ponerle arriba piedras pesadas, por si acaso intentara salir a hacer de las suyas.

—Papá Sindo manda que no crean en brujos; pero al decir que no crean en ellos atestigua que los hay —dijo uno reflexivamente.

—De que los hay los hay. Pero si él mismo, que es cofrao de la Virgen de la Altagracia, siempre que se veía

en confusión se encerraba con la vieja a consultarla sobre política. ¡Cómo si uno se olvidara de cuando el aiazano rompió el lazo y se le etravió! Mediante un cabo e vela encendío al revé, la clara de un huevo crúo en aguardiente alcanforao, y una peseta fuerte pa San Antonio y real y medio pa Pedro Congo, en lo que se presina un Cura loco la vieja hizo aparecé el caballo.

A los del vecindario les parecía que el comandante no habló de la difunta con el miramiento debido. Se acercaban al bohío en donde estaba la anciana, de *cuerpo presente,* con el respeto que a la muerte le rinde todo mortal. En realidad, estaba ahí, boca arriba. No cabía duda. El hule del rostro le relumbraba con el reflejo de las cuatro velas prendidas en las bocas de cuatro botellas vacías. Así, estirada en su cómodo colchón, la bruja parecía más larga. Sólo tenía un ojo cerrado. El otro se lo cerraban y se volvía a abrir, obstinado en continuar mirando. Larga y ancha bata blanca la tapaba del cuello a los pies. La habían tocado con cofia blanca y con blanco barbiquejo le apretaron la mandíbula floja. En la comisura de los labios le asomaba un hilo de blanca espuma, seguro indicio de lo milagroso de tan larga vida, ya que no se podía pensar en la pureza de su alma. Lo secaron y volvía a filtrar. En el conjunto blanco sólo contrastaba la mancha negra localizada de la frente a la barbilla. Las fosas de la aplastada y ancha nariz eran dos agujeros tan prietos como la piel. Del rostro, así partido por la franja de trapo, trascendía una seriedad tétrica e imponente que acentuaban el ojo obstinado en mirar y el respeto que la hechicera inspiraba aún después de muerta. Sin faltar a la verdad no se podía negar que la vieja era fea.

Un olor fuerte emanaba del cuerpo recién bañado

con un cocimiento de hojas de salvia, de malagueta, de guayuyo morado y de rompesaragüelles; olor que se mezclaba con el de la gente sudorosa que llegaba de los distintos fundos.

En derredor del cadáver seguían gimiendo y lanzando lamentos las hijas, nietas, biznietas y tataranietas de la finada. Era un deber: la vieja dejaba herencia de vacas, puercos, cabras y un bohío cómodo, y nadie quería acabar de llorar primero.

Las vecinas, que le temían a la bruja y nunca dejaron de maldecirla, ahora que la veían difunta rezaban por el descanso de su alma; la engalanaron y la adornaban con flores de adelfa colocándole tres pétalos en los labios. Otras fregaban diminutas vasijas de higüerito cimarrón, para brindar el café y el aguardiente, licores imprescindibles en los velorios.

Afuera de la enramada los hombres sostenían contrarios pareceres. El cadáver de una persona de más de noventa años (y a Ma Paula le suponían no menos de ciento veinte) ¿debería ser velado con la circunspección requerida por un difunto que no había cumplido ochenta? Igual que si se tratara de un muerto recién nacido, de un *trabado,* ¿no podrían pasar la noche entretenidos en juegos de prenda y cantando el *baquiní* y echando décimas y coplas y *cantos de plena*?

El secretario de Papá Sindo, Lorencito, que por ser capitaleño se creía en el deber de saber de todo, decidió el punto:

—El cadáver de un ser que vivió cerca de un siglo y hasta más de un siglo, está sujeto a las mismas reglas que un *trabado* o muerto recién nacido. Este es un angelito que no tuvo culpas que purgar, y aquel ya las ha purgado todas a fuerza de tropezones y padecimientos. Falta

saber qué edad tendría la *interfecta* —subrayó afirmando su argumento—. Yo la deduzco... por lógica que no engaña. Estamos en el año 1858 de Nuestro Señor Jesucristo. El hijo menor de Ma Paula cree tener cincuenta y seis años, aproximadamente. De los tres varones, mayores que él, dos murieron peleando contra los haitianos, sus compañeros de raza, y el otro se pudrió comido de viruelas.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? Abrevea...

—De las siete hembras ni Dios distingue si alguna es más joven que el varón sobreviviente. A la gente prieta tarde se le ve la edad. Los nietos y demás descendientes se multiplican como marranos...

—Y qué significa ese lío pa si se cantan o no se cantan décimas en el velorio?

Lorencito era un capitaleño de asombrosa locuacidad y le gustaba lucirse y pasar por inteligente aun ante los habitantes de la más remota y aislada aldea de la república. Se enfrascó en la tarea de explicar cómo el Capitán Musundí, liberto que se distinguió peleando a favor de España, no quiso saber de los franceses cuando los dominicanos pasaron a su bandera. Negros criollos y hasta de Haití vinieron y se le agruparon y, como si él fuera un segundo cacique Enriquillo, otra vez la región del Bahoruco quedó convertida en un baluarte de la libertad.

—Ma Paula —continuaba Lorencito con su inmoderada verborrea de sábelotodo— fué una de las barraganas de Musundí, de quien no le quedaron hijos.

—Se los comería al momento de parí... —le interrumpieron.

—¿Y qué necesidá tenía de comé gente en un sitio

en que abundan tánto la vaca y el puerco cimarrón? —comentó otro.

—No. Es que todavía Ma Paula no era católica —continuó el orador—. Quería a Musundí y se acostaba con él por el prestigio; pero ni ella era todavía cristiana ni quería tener hijos con uno que no fuera congo o aradá. Sentía un orgullo de tribu superior.

—A este Lorencito lo revientan a patás y a garrotazo de un momento a otro, dende que el comandante se descuide. ¡Dizque venile a enseñá a la gente de aquí quién fué Ma Paula! Como si naide supiera que a ella y a otras como ella las cogién en lazo. Que comiera gente o no comiera, que le chupara la sangre a los de teta o no se la chupara, ni quita ni pone cuando se dice a sé bruja.

Después de cerrar la noche llegó Baltasar, el hijo sobreviviente de los varones de la difunta. Venía de las monterías, de Mucaral adentro. Y las mujeres, desde que lo alcanzaron a ver, renovaron las lamentaciones con el inicial vigor. Este hijo montaraz tuvo el sentido práctico de dejarles a las hembras de la familia el cuidado de la madre anciana. Compungido ahora, con una pena parida de remordimientos, prorrumpió en clamores que ahogaban a los de las hembras. Aprovechaba la oportunidad para vociferar su amor filial detallando las virtudes de la difunta. Sentía ese imperioso deber de hijo. Pero tan duro así no podía seguir aullando. Para descansar, con disimulo salió al patio a dar órdenes prohibiendo el juego de prendas, el canto de plena, las coplas, y el *baquiní*. Aprobaba que dijeran décimas *por argumento y a lo divino*. En el cráneo de huidiza y achatada frente, borrosas y tartamudas ideas le apuntaban que los cantares y el juego de prendas quedarían en la memoria de los concurrentes testimoniando el desprestigio de la familia.

—Amigo, siga berreando y no se meta a opinar en cosas que son costumbres aristocráticas... —vociferó Lorencito, sintiendo trasegada en él toda la autoridad del comandante de la región—. El que no se crea decente que cierre su casa y entierre él solo su muerta, —agregó.

Al oír pronunciar las palabras mágicas *aristocracia* y *decencia,* Baltasar quedó cohibido, perplejo. Tres sobrinos, los más adictos, se le acercaron y en voz baja le hicieron comprender su pifia contra las buenas costumbres. Se lo llevaron, gimiendo él, hacia el gran árbol de caoba a cuya sombra Ma Paula les había domado el ímpetu a hijos y nietos haciéndoles entender los consejos a rebencazos. Allí, ayudado por los tres sobrinos y nueve sobrinas, trazó un círculo, barrió hojarasca, juntó leña, hizo fuego y ahuyentó la sombra. La curiosidad que iba despertando ahora borró el desdén a que se había hecho acreedor minutos antes.

Disminuían los rezos abogando por el descanso del alma de la difunta. Y cuando la directora rogó:

—"¡Señor! Por la afrenta que sufrites con la cruz a cuesta, y por el martirio que padecites en el madero, apiádate del alma de Ma Paula, tu sierva"...
la súplica quedó sin la reiteración coreada.

Cesaron por un momento las lamentaciones y un grupo de auténticos amigos de la familia se acercó a Baltasar. Con un brebaje, mezcla de ginebrón y raíces maceradas que en un calabazo había traído de su fundo del Mucaral, invocó un nombre, roció las primicias hacia los cuatro puntos cardinales, y se tragó el resto. La cantidad ingerida por él hubiera sido bastante para emborrachar a diez hombres. Se estremeció atarazado por el fuego interno, que le ardía en el estómago y en las venas. Dijo otra vez un nombre, ¡el nombre!, lo repitió dos veces

más y retrocedió y avanzó, y quedó siendo el centro, lo más importante del velorio. Con las palabras rituales del *voudou*, invocaba y volvía a invocar al dios de la tribu aradá, que era la suya. Quedó en medio del círculo, abstraído, ausente de todo lo circunstante, vacío de apetencias y pasiones materiales. Con la vista fija en un punto avanzó y retrocedió hasta el centro, ansiando y temiendo el encuentro con el poderoso espíritu, que se le acercaba. Un segundo más, y cuando quedó transportado, en la entrega total, alguien comenzó a cantar y aullar en él con lenguaje intraducible las palabras que la madre le enseñó a repetir y cuyo significado exacto ni ella sabía:

¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!
¡Hen! ¡Hen! ¡Hen!
Can ga bafió te.
Can ga mun de ye.
Can ga do ki la.
Can ga li.
¡Can ga li!

En derredor del fuego Baltasar giraba ahora con rapidez. Miraba al cielo estrellado, cantaba y mugía y, rodeándole, los tres sobrinos y nueve sobrinas coreaban alternativamente, batiendo con los pies el suelo y mugiendo y rugiendo para convencer al dios de la inmensa aflicción de una familia sumisa y buena. Trataba de callar y se estremecía, mientras de su garganta, superiores a la voluntad de él, seguían saliendo las voces que le hervían en la sangre y los antepasados le cantaban dentro.

El funeral lamento, creciendo y volando sobre el terral despertó al Comandante Papá Sindo y lo hizo acudir corriendo, sable en mano, como si temiera que los hai-

tianos estuvieran irrumpiendo por la frontera vecina. Y entonces fué cuando sucedió lo asombroso. Crugió la barbacoa, el camastro de la difunta. Cayeron y se apagaron las cuatro velas que le alumbraban a Ma Paula el sendero definitivo, y ella en persona se enderezó, engalanada, y avanzando hacia la muchedumbre se arrancó el barbiquejo y preguntó autoritariamente:

—¿Y qué vagamundería son eta?

—¡Detente, animal feroz, que antes de tú nacer nació el Hijo de Dios! —gritó Lorencito, tembloroso, y huyó desamparando al jefe.

Ese grito, el terror y la fuga, fueron contagiosos, y huyeron y gritaron todos:

—Virgen del Amparo, ¡aprotégeno!...

—¡No nos disgreguemo! —imploró la directora de rezos—. ¡No me abandone, Miguel! —agregó sujetando al marido.

Entonces Papá Sindo, que era un valiente, le apretó la empuñadura al machete y se le oyó vocear:

—Si avanzas... te rajo de un machetazo... ¡vieja del diablo!

ANGEL LIBERATA

¡Fueron 820!

Diezmados al principio por la infantería enemiga, dispersos por los escuadrones y acosados por el espanto, huyeron silenciosos como sombras. En la noche lóbrega pasaron por Pueblo-Viejo, siguiendo el atrecho de El Curro que los llevara a juntarse con su jefe natural, con el auténtico Jefe. Los demás sobrevivientes, orientados por el otro derrotero, se separaron en Quita-Coraza tomando las rutas de Rincón y de Neiba.

Endurecidos por la ruda disciplina que había mantenido él, habituados a dormir a suelo raso, a alimentarse de pie con plátanos y cecina cada veinte y cuatro horas, podían recorrer distancias enormes sin rendirse a la fatiga. Tenían prohibidos el aguardiente y las barajas, porque deshonran, y la hamaca, la música y las faldas, porque inclinan a la molicie, indigna del guerrero. Y ellos, educados así, habían visto con asombro al otro jefe, al *Jefe grande* que mandaba en todo el Sur, traicionado, ¡vendido! y asesinado.

¡Fueron 820!

Pantalones y guerillera de "fuerte-azul", soletas dobles, un machete, una carabina, una cartuchera, un concepto de hombría que les impedía recular en la pelea, si no

se les ordenaba, y obligaba a morderse la lengua y a morir antes que soltar palabra que menguara el prestigio de la República y favoreciera al enemigo. Así los había forjado él, y así habían pasado de su autoridad a la de Pedro Florentino, de la de Pedro Florentino a la de Gregorio Luperón, y otra vez a la de Pedro Florentino.

¡Fueron 820! ¡Puello! ¡Puello!

Regresaban: ocho de Rincón, con el Coronel Cabuya; cinco del Puesto Cantonal de Petit-Trou, con el Sargento Payén; doce de Barahona, con el Capitán Antonio Blas; treinta de Neyba, nueve de Pesquería, dos de La Descubierta.

Contaba en silencio y volvía a contar de nuevo. Una arruga perpendicular partía su frente. Las sombrías pupilas escudriñaban con ansias disimuladas las bocas de los caminos y los caminos estériles mantenían las cifras inalteradas: ocho de Rincón, cinco de Petit-Trou, doce de Barahona, treinta de Neyba, nueve de Pesquería, dos de La Descubierta...

¡Fueron 820!

Pasó toda la mañana y lo dejaba la tarde bajo la baitoa del patio, sentado en el taburete forrado de cuero crudo. Extraía de los relatos, hechos, nada más que hechos, desnudos de la bazofia de comentarios. La Gándara y Puello (¡Puello! ¡Puello!, ¡dominicano traidor y azote del Sur!), aniquilaron las avanzadas de los patriotas en Haina y en San Cristóbal. En Baní, los banilejos se pasaron al enemigo y contribuyeron al exterminio. Azua está en poder de España. El ejército del Sur —cuatro mil trescientos hombres— destruído. Y el General Pedro Florentino, su compadre de sacramento, asesinado. ¡Este era el cuadro consolador!

Ensimismado en un silencio hostil, parecía sordo al

lloro desgarrador de las mujeres. A medida que se generalizaban las noticias los crecientes clamores se multiplicaban, subían hacia las lomas de Panzo perdiéndose en las laderas, se derramaban sobre Cerro en Medio, volaban sobre Cambronal y Las Marías. Y Cambronal, y Las Marías y Cerro en Medio, gritando también sus muertos, devolvían el lamento funeral. Un inmenso dolor se dilataba sobre el vasto valle de Neyba. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Pasaría la noche y lo sorprendería otro sol sentado en el taburete forrado de cuero crudo, con las pupilas enrojecidas y exigentes clavadas en las bocas de los caminos.

*

A pesar de los lamentos y de un repentino ladrar de los perros, pudo percibir trote de cabalgaduras que avanzaban por el lado de Azua. Un oficial de alto *rango*, guiado por un práctico y seguido de seis militares —españoles y criollos— se acercó luego preguntando por él, que empezó a acariciarse la descuidada y puntiaguda barba. En la travesía, ellos no habían visto siquiera un hombre de armas, desvaneciéndose las presunciones de Puello y confirmándose el criterio de La Gándara:

En Azua fué destruída la resistencia del Sur

Uno del grupo se acercó anunciando título absurdo:
—El Marqués de la Concordia.
El ojo experto del que anunciaron fiscalizó:

—Rústico escenario. Bohío con puertas ausentes, (los vanos miran al norte y al sur). Enramada, sin cerca, sirve de cocina. De las soleras, suspensos en colmillos de

cerdos monteses, cuelgan ordinarios aperos de montar, útiles de labranza, y excusabaraja, sin tapa, que amenaza caer sobre apagado fogón. ¿No habrán comido aquí hoy? Patio casi yermo. Pocas gallinas, poca gente... Un hombre, mujer de garbo, muchacha apetitosa, una niña y... miseria... miseria... ¿De qué vivirán en esta aldea?

—Muy buenas tardes, General.

—Muy buena se la dé Dios.

Al responder al saludo se iba incorporando el hombre. Botó en el taburete y pegó en la corva curvo sable pendiente de terciada y galana banda.

Prosiguió el ligero examen:

Alta, seca estatura. Pobre indumento. Nervios en lugar de carnes. Cara dura. Duras barbas de chivo que rozan el pecho. Duros, rígidos mostachos. Duro mirar que se va suavizando hasta ganar triste dulzura en mi presencia... *Este mulato es persona.*

—General, vengo en misión de mi Gobierno, con plenos poderes, para tratar con usted.

—Lo supongo. Haga el favor de sentarse y beba conmigo un cafecito. Dispensará el ajuar: no es aparente y fino como los que se usan allá *lejos, en su país.*

Se dejaba examinar y parecía no interesarse en averiguar cómo era el recién llegado. Había oído decir que era Brigadier y jefe de la artillería realista. Ahora le bastaba advertir que se trataba de hombre de mando, que tenía gracia natural, y deseos disimulados de ser agradable, sin duda para ganárselo.

El café humeaba en dos diminutas vasijas de güira silvestre. Estaban solos. Del lado afuera de la cerca se agazapaban sombras armadas de fusiles.

—Desde El Seybo hasta la frontera, se ha impuesto la paz, —continuó el español. Se restaura en El Cibao,

donde los facciosos, carentes de los recursos más elementales y de la más elemental disciplina, se dividen en banderías.

El aprobaba y callaba moviendo afirmativamente la cabeza.

—Este pliego fué retirado de los papeles del infortunado General Pedro Florentino. Le suplico que lo lea. Habla del destino deparado al General Gregorio Luperón.

El extendió el brazo, tomó el pliego y lo abrió y leyó en silencio. La arruga perpendicular se pronunció, doliente como una herida. Los clamores se volvieron con la noche invasora más graves y lastimeros.

—El Gobierno admira el heroísmo de la gente del sur y lamenta su derroche innecesario e infructuoso. Se le ofrecen a usted. No... No se trata de garantías, permítame explicar... La jefatura de toda la región de Neyba, el reconocimiento del grado de usted y de sus oficiales y los gastos efectuados por usted y por ellos. Es el ramo de olivo, General: es la concordia.

—Perdóneme, mi Señor.

Se levantó otra vez y, desenvainando el curvo sable, fué hasta la empalizada y cortó una rama de guasábaras. Al regresar traía las espinas empuñadas en la encallecida mano, sin miramientos, y mostrándolas con el brazo estirado dió expresión a la respuesta:

—Concordia, esta es mi paz.

En seguida le arrancó al pulgar y al mayor un sonido bronco y seco como un latigazo, y dijo al joven que acudió al reclamo:

—Pedro, este Señor es Marqués... Acompáñalo hasta el Yaque. Ese río con la oscuridad es muy temeroso.

Cuando se retiraban se oyó que el Ayudante del Marqués preguntaba burlonamente:

—*¿El tío ese* de las barbas es General? ¡Causa ganas de reír!...

—Te reirás..., le contestaron entre dientes.

*

El lucero del alba brillaba como lejano faro. A la lumbre del ardiente fogón se preparaban los emisarios que saldrían llevando órdenes en diversas direcciones. Varias mujeres desgarraban sábanas y enaguas volviéndolas hilachas para aplicar a las futuras heridas.

—Padrino, dice mamá *Lin* que venga.

Llamaban del aposento. A puerta cerrada trabajaban la esposa y la sobrina. Entró dejando detrás de sí la humareda que soltaba su *cachimbo*. La niña dormía tranquila sobre una estera extendida en el suelo.

—¿Cuántas tienen listas? —preguntó en voz baja.

—La madeja encarnada sólo dió doscientas once. —respondió la esposa. Es una lana ordinaria y enredosa. De la amarilla llevamos preparadas ciento cinco. En total: trescientas diez y seis...

—Faltan más de la mitad, —observó él, disconforme.

—Padrino, los tres no me caben ya, —protestó la joven.

—Aprieta las letras.

—Es que la mano se cansa. Mire cómo van saliendo.

Tomó él la diminuta cartulina y leyó:

ANGEL LIBERATA FELIX,

y, tras breve reflexión, ordenó:

—Economiza el *Félix*... Después de todo en la guerra no debe uno pretender vivir siendo feliz. Y cuando te canses suprime el *Angel*. Y, cuando no puedas más, en

lugar de Liberata escribe *Libre*. Es lo mejor de mi nombre y lo que vale más de la reliquia.

Meditó y agregó dulcificando el tono:

—Candelaria Ferrera, perdóname la penosa vida que te doy. Te debiste unir a un hombre manso.

Y, con sabor de picardía:

—El hombre es fuerte cuando pone fe en un talismán. Por eso las reliquias nunca dejan de ser útiles. Preservan de las balas cuando el que las tiene se defiende tirando a *punto metido*. Estas no las fabrican ahora: las hicieron en el extranjero y las "curaron" en Haití... Las conseguí por medio de mi compadre Bucán Ti Pié..., dijo. ¿Entienden ustedes?

Y salió sin esperar respuesta, oyendo que Pedro había regresado.

*

La embestida fué violenta y torpe, como de gente bisoña que llegaba enardecida y no podía detenerse, y el triunfo de los españoles facilísimo, a pesar de su desventajosa posición. El Yaque, en creciente, dificultaba el paso de las municiones y la artillería. Las frágiles canoas y las balsas y los bongos improvisados, cruzaban en sesgo de una a la otra orilla, cuando fueron atacados por los nativos que avanzaron hasta la margen occidental, enredándose en las caña-brava. En el caudal de aguas ocres patalearon cuarenta y siete españoles heridos y diez muertos, entremezclándose con las reses aterrorizadas. Chocaron una balsa y tres bongos, los bongos se desprendieron de las amarras y se deslizaron arrastrados por la corriente. En el recodo vecino recuperaron dos y el otro desapareció con dos cañones, hundido, o vomitado río abajo por el

remolino. Pero desde que los asaltantes alcanzaron a ver formándose el clásico "cuadro", se dispersaron dejando una docena de muertos: todos flacos, desarrapados, mulatos, y de mandíbulas apretadas.

—El 31 de enero —¡desde hace tres días Mariscal Puello!—, salimos de Azua y todavía se obstinaba usted en una marcha de tortuga para tan mezquina escaramuza; —dijo con sorna La Gándara. Confiese que no era menester tanta cautela. Marqués, deme la razón.

El Excelentísimo Señor Don Manuel Pereyra y Abascal, el Marqués de la Concordia, no quería expresar concepto sobre el *Liberata* ese. Un salvaje que respondía con señales aprobatorias y, cuando se le creía convencido, daba una vuelta y se presentaba con una rama de espinas. Además, para él, veterano de las campañas del Danubio y de Crimea, y animal de raza fina, la espectacular demostración de fuerzas de La Gándara tendía a impresionar más al Ministro de Ultramar que a los campesinos sublevados... Sinceramente creía menos costoso y más cómodo pagar a cualquier precio la adhesión del *Liberata* que exponer a tres mil hombres a la *fiebre amarilla* y al *vómito negro* en tan ingratos andurriales. Se iba aburriendo de una aventura guerrera sin posible honra que abrillantara los laureles que había ganado entre iguales, y de cuando en cuando lo invadía una honda nostalgia de paz. ¡Paz! ¡Retirarse con su familia a un rincón escogido del Cantábrico, o del Mediterráneo!...

Eusebio Pueblo tampoco quería responder. Se acostumbraba a las bromas del Capitán General; pero en el fondo le mortificaba la torpeza con que atacaron los dominicanos, en un lugar que les era tan favorable, y el pavor con que huyeron dejando sus muertos. Prefería ver exterminados a sus antiguos compañeros a que se desacredi-

taran de esa manera. El se iba a ceñir la faja de Mariscal de Campo y, a pesar de eso, sentía un criollismo incurable. Desde antes de salir de Santo Domingo había avanzado su opinión sobre los hombres que tenían que batir.

"Luperón es directo, arrogante y noble hasta en el combate. Repugna las estratagemas, cuida al enemigo herido y fraterniza con los prisioneros. Pedro Florentino es de ímpetu inicial arrollador, torrencial, irresistible en la refriega; y en la derrota lo enciende ferocidad irrefrenable: le incomodan los heridos y los prisioneros. Angel Liberata Félix es la trampa. Parece generoso como Luperón y, sin embargo, es cruel. Embiste como Florentino y se escurre como la culebra".

Eso había dicho. Y al primer encuentro el General Angel Félix atacaba como un tonto y corría como un cobarde. Estaba casi convencido de su error de apreciación; pero con su testarudez natural insistió en que debían continuar a marcha lenta.

El día cinco, al ponerse el sol, oyeron cantar los gallos de Neyba y se disponían a entrar en la aldea cuando en Las Cabezadas de Las Marías atacaron la retaguardia. El empuje fué fragoroso y violento al iniciarse. Varios muertos rodaron por un barranco y asustaron a los caimanes. Durante media hora se mantuvieron a la ofensiva; pero los tiros fueron cediendo en disminución gradual, desde que la artillería realista entró en acción y los invasores formaron el *cuadro*, hasta reducirse a disparos intermitentes. Lo extraño esta vez fué que no se vió al enemigo y que las bajas que causó fueron en su mayor parte de oficiales: ¡como si los estuvieran seleccionando!

Ocuparon Neyba al anochecer y la encontraron vacía de hombres. Los disparos hostiles siguieron sonando toda la noche.

Dos días después llegaron a La Salina.

*

Las mujeres de Cristoba, graciosas, de un trigueño pálido y de ojos lánguidos, llegaron como las de El Naranjo, cargadas de sartas y canastas de viajacas, de lebranches, de quéqueres y de huevas secas de pescado. Las de Lemba y Las Saladillas, de tostado rostro, pelo lacio y vestidos de colores vivos que contrastaban con el luto general, bajaron con rosquetes, quesos de chivas, plátanos, cocos, ristras de cebollín, andullos de tabaco. A la sombra de frondosos mangos y barías se agrupaban formando mercado al aire libre y discutiendo el trueque de los artículos de consumo. Un pesado olor a pescado, a macho cabrío, a miseria pública, trascendía del mercado, de los corrales vecinos, y flotaba como si fuera emanación del pobre río. Los soldados se juntaron con las mujeres piropeándolas y comprando lo que necesitaban y lo que no necesitaban. De improviso las mujeres de Cristoba, con el dorso de la mano izquerda en el cuadril y manoteando con la diestra, comenzaron a insultar a las de Lemba. ¿Quiénes eran las de Lemba? Unas chinchosas y embusteras. Las de Cristoba eran las que habían visto al madrugar ese día a Pedro Inacia y a Angelito Liberata llegar por la laguna "pusando" un bongo nuevo. Lo pasaron del río Yaque por el caño de Rincón cargado de cañones y balas.

¡Mentira!, les respondieron a gritos. Las de Lemba y Las Saladillas fueron las que vieron "al romper el nombre" a Angel Liberata, a Pedro y a los Florián, que venían de Las Damas en compañía de "El Torito e May Juliana", con unas cargas grandes de cañones.

En el escándalo intervinieron las de El Naranjo. Ellas eran las que habían visto pasar por su sección a Angel Liberata con los rinconeros y los de Petit-Trou cargando muchos cañones. Al General le arañaba la barba el pecho al paso de su caballo. ¡Si conocerían ellas el caballo prieto del General!

Para las de Lemba y Las Saladillas, las de Cristoba y El Naranjo eran unas piojosas, pánfilas de comer viajacas con coco. Esas perras se querían lucir delante de la gente.

Las de Cristoba y El Naranjo no le iban a hacer caso a esas infelices de Las Saladillas. ¡Jesús!... (Escupían cuando las mentaban). En cuanto a las de Lemba eran ellas y su barrio tan fatales que al pasar por allá al río se le salaba el agua. De las de Cristoba y El Naranjo sí "que naiden podían decí que les tenían la cola pisá... Lo único que podían decí de ellas era que sabían salir algunas puta... ¡Y eso!"

Un soldado le dió aviso a un oficial y el oficial a La Gándara, quien hizo llamar a las mujeres para someterlas a interrogatorio. Cuando llegaron a la presencia del jefe español estaban todas de acuerdo. Todas ellas eran mujeres "honrás y de palabra, que nunca hablaban embuste". Cada grupo corroboraba lo que decían las del otro. Todas habían visto en la madrugada llegar por sus barrios respectivos a Angel Liberata. El General español podía jurarlo, "por ésta, que son cruce". (Y formaban cinco cruces con los dedos de las manos).

El resultado fué desconsolador. La Gándara acabó riendo con fingido asombro de las sandias salineras que la misma noche a la misma hora vieron llegar por el Este, por el Sur y por el Oeste, a su general con crecientes cargas de cañones.

Las mujeres se retiraron charlando amistosamente, decepcionadas. Una espulgó el pliegue del pañuelo que le aprisionaba la cabellera y extrajo un fósforo de peine, lo frotó reciamente en una chancleta, hizo fuego y encendió un *cachimbito de barro*. Se juntaron unas a otras y, ladeando los rostros, iban comunicando el fuego de uno a otro *cachimbo*. Luego se despidieron hasta el sábado siguiente enviando mutuas memorias y riéndose del jefe español. "El sonso ese va a sabé aonde carga el maco la manteca. ¡Como si el hijo de Liberata no pudiera está a la mesma vez en los lugare que que le dé la gana!"

Se apretaban las verijas temiendo reventar de risa.

El Marqués oía y callaba, deseando que se precipitara el final de los sucesos, aunque fuera aventando al duende a cañonazos, para salir de tan inhóspitas tierras.

*

Cuando se borró la púrpura del poniente, en los pequeños remansos croaron los batracios. Un silencio profundo bajó de los cerros, se impuso en la aldea y se extendió sobre el lago vecino.

Ni un hombre, ni eco alguno de voz varonil, ni huella, ni señal del enemigo percibieron ese día. Sólo allá, cuando cruzaban caldeados de sol los áridos salitrales de La Madre del Muerto, un oficial creyó divisar con sus catalejos, en la linde casi imaginaria, la sombra de un jinete fugitivo.

En la mañana siguiente amanecieron degollados los últimos centinelas.

*

Amanecieron degollados los centinelas y desjarreta-

das las cabalgaduras. El Capitán General tendría que ir caminando a pie, o cabalgando en un burro hasta Barahona.

Enviaron a un pelotón a requisar bestias de carga del lado del sur, a los conucos de *los Terrero*. A poco oyeron dos, seis, ocho disparos, contestados con cerradas descargas. En seguida se trabó la lucha de tal modo que los oídos atentos apenas diferenciaban el estrépito simultáneo de la fusilería de los regulares, del graneado tiroteo de los nativos. Se afirmó la ofensiva y regresaron, en repliegue, los realistas. Los 3,000 hombres de La Gándara quedaron listos en un instante, esperando órdenes, cuando les abrieron fuego del lado de oriente y cayeron 7, 8, 9 zapadores de la escolta del Capitán General. El combate se generalizó. Entró en acción la artillería. El Marqués cañoneaba troncos de barías, ceybas, mangos, cocoteros, detrás de los cuales salían mortíferas balas. A una mujer, que halaba su asno para librarlo de riesgo, le explotó en el pecho una metralla, y parte de la mujer y la cabeza del asno quedaron adheridas a una ceyba. Entonces fué cuando, del lado suroeste, desde la cresta de un cerro cercano, rugió la voz formidable:

—¡Concordia, esa es la paz!

Y un tronido, semejante a un desprendimiento de la altura, bajó con la voz matando a doce hombres, barriendo al Marqués y dejando fuera de combate uno de sus cañones. Volvieron a sonar tronido y voz, repercutiendo, irritados, en las espeluncas del Bahoruco, y la sagrada cordillera se enarcó, aguaitando, porque Angel Liberata había vuelto a pelear. Rugían y volvían a rugir los cañones con que el Yaque contribuyó a luchar por la República y, con pretensiones de recuperarlos, el Ayudante del Marqués y un Teniente y muchos españoles, embistie-

ron al cerro. Se deslizaron los cañones del lado opuesto y, en un choque cuerpo a cuerpo, quedaron abatidos el Teniente y dos soldados, y prisionero el Ayudante.

—Capitán: me estorba ese hombre... ¡Cójelo!, ordenó la voz terrible: ¡hazlo reír!...

Y como el subalterno se apartó con el Ayudante prisionero, ningún ojo vió cuando le alzaron el brazo y le abrieron la herida que hace enloquecer; pero muchos oídos oyeron una macabra carcajada y un cuerpo y una cabeza rodando ladera abajo.

Continuaron el tableteo agresivo y las descargas cerradas de la fusilería, y los españoles se fueron, acosados, buscando el mar. En las estrechuras los soldados de la impedimenta se escudaban con los heridos. Cuando pasaron por el caserío de Rincón, los arroyos La Peñuela, El Uvero, La Isabela y Cachón Pipo se deslizaban cantando... porque en aquel lugar *le habían cortado el ombligo* al Jefe del Sur.

La refriega continuó a lo largo del camino. Cuando La Gándara y Puello llegaron a Barahona, el paseo triunfal de los vencedores de Azua, de Baní y de San Cristóbal, había adquirido los caracteres de la derrota.

*

Se hundieron en occidente Las Tres Marías, Los Tres Reyes, Las Siete que Brillan y se apagaron Los Ojitos de Santa Lucía...

Empinado sobre un peñón de Las Balizas, miraba él cómo ardían las casas y miserables bohíos iluminando la orilla del mar por donde se retiraban los invasores. Adusta y sombría se alzaba a sus espaldas la cordillera mater-

nal. Un silencio ancho y hondo bajaba de la eminencia y se extendía cubriendo el valle de Neyba.

Con la aurora las luces creaban formas fantásticas a los ojos de Angel Liberata Félix. Creía ver la aldea de Barahona transformada en una ciudad inmensa que comenzaba a vivir vida futura. Volutas y grumos rojizos se desprendían de las gigantescas chimeneas de fábricas donde trabajaban, pacíficamente unidos, españoles y dominicanos, junto a obreros de todas las naciones. Ignoraban e ignorarían los sacrificios y los nombres de él, de los 820, de todos los anónimos fundadores. La exaltación de la lucha fué cediendo a un sentimiento nuevo, a un deleite que asomaba, impreciso, brumoso, como el hálito que le denunciaba la existencia del Yaque lejano desembocando en la gran bahía de aguas tranquilas. Entonces, pasándose la mano diestra por la cara, ahuyentó las visiones, hizo lumbre en su yesquero, encendió el cachimbo, pisó estribos y tomó la ruta por donde iría a averiguar qué había sido de Candelaria Ferrera. El relincho de su caballo tuvo repercusiones de clarín. Sus barbas de chivo padre, meneadas por el terral, le acariciaban el pecho.

16 de agosto, 1936.

VIRGINIA ELENA ORTEA

(1866-1903) (*)

LOS DIAMANTES DE PLUTON

Plutón, con un humor más negro que su reino, se paseaba por las galerías de su palacio, gesticulando y hablando, aunque nadie le escuchaba. ¡Cualquiera se habría acercado a calmarle en aquellos momentos, cuando su rostro mostraba el sordo furor que rugía en su pecho!

Plutón tenía mal genio de suyo, y como su reino no estaba en condiciones de alegrar a nadie, en sus días malos causaba verdadero pavor verle, como energúmeno, retratadas en sus rudas facciones todas las durezas de su corazón.

Proserpina, su cara mitad, había amanecido caprichosa, inconforme, quejándose amargamente de la lobreguez de aquel reino, por ella compartido.

Y aunque el rostro del marido habría impuesto respeto al mismo Hércules, ella, una mujercita fina y delicada como una alondra, se había encarado con él para decirle con sobrada impertinencia cuanto a la boca llevó su rebeldía.

—¿Por qué estoy en este sombrío palacio, oh Destino? —gemía sin importarle nada las arrugas que se mul-

---

(*)—V. E. Ortea escribió cuentos, novelas y ensayó piezas de teatro.

tiplicaban en la frente de Pluttón— ¡Reniego mil veces de la inmortalidad aquí, que ella me condena a la eterna contemplación de vuestros sombríos dominios!

—No te quejes —replicó él con admirable calma. Eres reina, tienes una corte a tus pies.

—Valiente corte la tuya —exclamó ella con sorna—. ¡Tener el Vicio, la Crueldad, la Calumnia, la Envidia a mis pies! ¡Ver de continuo los feroces rostros de los hijos del infierno, mis cortesanos, que sólo me causan horror! ¡Oh, mejor quisiera estar en la tierra! ¿Por qué me arrebataste de ella, mi patria?

—¡La tierra! —dijo Plutón con sorna también— Pero desdichada, ¿no sabes que la tierra es un infierno, y que si allí fueras reina tendrías a tus pies una corte igual a la mía?

—¡Mentira, mentira! Allí no tienen rostros tan feroces como los que aquí me rodean.

—¡Tonta! —exclamó él con desdén. Son los mismos, pero disfrazados hábilmente y guiados por aquella, la más vil de mis hijas, la que arrojé de aquí, y allá fijó su residencia: la Hipocresía.

Al escuchar el cruel insulto, Proserpina puso el "grito en el cielo", y como hasta él llegaron sus lamentos y Júpiter se enterara de la desavenencia, no queriendo Plutón desacreditar su alardeado temple de voluntad y su poderío y no viendo que de otro modo pudiese calmar a su mitad, empezó a ceder y aun a tratarla con cierta dulzura desacostumbrada.

No hay para qué decir que Proserpina, en vista del terreno ganado, se sostuvo en la ofensiva; no tardando en declarar que abandonaría su triste mansión para volver a la tierra.

Ahora bien, Plutón no quería pensar en ello, y tales

son los motivos por los cuales le hallamos tan sombrío.

Parece que después de meditar detenidamente el asunto, el rey tomó el partido de convencer a la reina de que aún mucho peor que el infierno es nuestro desdichado valle de lágrimas, y dirigiéndose a su habitación empezó una larga perorata llena de elocuencia, exponiendo por primera vez desconocidas dotes de oratoria, explicándose con calor, presentando ejemplos, datos conmovedores; en fin, haciendo verdaderos prodigios de perspicacia y tacto.

¡Pero cualquiera convence a mujer de cabeza dura, que no entiende de razones!

Toda aquella alocución cayó en saco roto, y erre que erre, seguía en sus trece la diosa del Infierno. Verdad que a cada razón del marido opuso ella una réplica más o menos oportuna.

No se desanimó él, y continuó demostrando con irrecusables verdades sus razones, y ella, al verse vencida en aquel torneo de palabras, comenzó a llorar amargamente, quejándose... de que en la tierra había "algo" bueno que no tenían en el infierno... flores.

Nada tuvo que contestar el rey del Averno a esta verdad abrumadora, y bajando la cabeza, furioso, se apretaba las manos una con otra.

—Me voy para ese Paraíso que tales adornos produce —chillaba ella sin el menor respeto a su categoría. ¡Desdichada de mí, que con nada puedo realzar aquí mi belleza!

—¡Flores dijiste! —gritó el dios, o más bien rugió trémulo de ira—. Yo te daré algo mejor para que te adornes —añadió metiendo la mano en un horno encendido que por allí había y sacando algunas brasas que apagó entre sus nervudos dedos.

—Toma, mujer —dijo—, ya tienes las flores que aquí se producen.

—Te burlas de mí —clamó ella rechazando la mano de su esposa—. Y volvió a gemir sin consuelo.

—No me burlo: abre tus bellos ojos y mira...

Ella por curiosidad miró lo que le ofrecía, lanzando un grito de sorpresa y placer al ver los apagados carbones convertidos en piedras que lanzaban cascadas de luz fosforescente de un brillo fantástico, deslumbrador.

En tanto él se reía a más y mejor al depositar en la falda de su aturdida mitad los brilladores carbones.

Proserpina se dedicó desde ese día por completo a sus nuevas joyas, que en joyas había convertido un diablillo inteligente a las "flores" del infierno.

Plutón, mohino, la contemplaba cada día más vanidosa, más necia, más pagada de su belleza, que sin cesar adornaba con las fosforescentes luces de sus joyas... Llegó el caso de que el desdén de la reina alcanzara a su mismo compañero, con menoscabo de su majestad y exposición de un rompimiento peligroso; pero ello es que la Soberbia y el Orgullo se habían hecho consejeros favoritos de su Alteza, y la cegaban con maña.

Sabido es que así sucede... casi siempre.

Y no es ésto sólo. La Envidia había revuelto a los habitantes del Averno promoviendo una verdadera rebelión. La Perfidia trabajaba activamente en ella, y las delaciones se sucedían ante el trono, de modo que el rey, desde el malhadado asunto de los carbones, no había tenido día tranquilo, y empezaba a juzgarse, por primera vez, el más desdichado.

Las cosas llegaron a su colmo el día que Proserpina, radiante de pedrería, quiso subir al Olimpo, para lucir en él sus esplendores. Plutón no pudo resistir su ira, y arran-

cando los diamantes a la reina, los arrojó con ímpetu al infinito, con tal fuerza, que por nuestra desgracia acertaron a caer en los abismos de la tierra.

Proserpina cayó presa del más espantoso ataque nervioso, librándose así de la furia que aún quedaba en el pecho de su rey y marido, furia que desahogó él en las desdichadas joyas.

—¡Malditas! —gritó. Seréis causa de crueles ambiciones, de infames crímenes, de viles deshonras, de desdichas sin cuento. Atraeréis a la Envidia hacia vuestro brillo funesto. ¡Seréis fuego de infierno para quien os desee!

A estas voces volvió en sí Proserpina, y a su vez habló interpelando a sus perdidos bienes:

—¡Benditas! Ya que no puedo poseeros, ¡llevad al pecho de la mujer que os posea los encantos que el mío ha gozado! ¡Embelleceed la garganta, el cabello sobre que os asentéis con fulgores de aureola!

Y Plutón, calmado su enojo, añadió burlón:

—¡Brillad, deslumbrando, sobre las cabezas que queráis perder!

BNPHT

VIRGINIA DE PEÑA DE BORDAS

(1904-1948) (*)

BIBLIOTECA NACIONAL
PROYECTO DE DIGITALIZACIÓN

LA ERACRA DE ORO (1)

(Cuento para niños)

En esta tierra quiesqueyana, rica en leyendas gloriosas, vivía en tiempos de Cristóbal Colón un indiecito de unos trece años, osado e inteligente, llamado Tamayo. Era hijo de uno de los *nitaínos* más valientes y había aprendido de su padre a usar el arco y las flechas con maestría sin igual. Pertenecía a la noble raza de los *arahuacos*, pacíficos pero valientes en grado sumo. Su constitución emotiva demostraba que, como todos los hombres de su estirpe, era soñador y capaz de entregarse a la meditación. Así lo pregonaban el límpido fulgor de sus ojos y la dignidad y sosiego de su continente.

Un buen día decidió solicitar el permiso de su padre para ir en excursión a las montañas del Bahoruco, donde

---

(*)—Virginia de Peña de B. publicó *Toeya*, novela, (1949); ***Atardecer en las Montañas; Sombra de pasión,*** y ***Cuentos para Niños.***

(1)—*Eracra*: —templo. *Nitaíno*: —cacique subalterno. *Opia*: —alma de los muertos... Maboyá: demonio. Matunheri: —alteza. Caobay: —el purgatorio. *Ciguapa*: —mujer legendaria, cuyos pies marcaban huellas en dirección contraria adonde se dirigían. *Guabancex*: —diosa de los huracanes. *Turey*: —cielo. Nonum: —luna.

imaginaba que moraban aún las *Ciguapas* de luenga cabellera, y las *Opias* de sus mágicas leyendas.

El nitaíno, anciano de severo semblante y porte altivo, escuchó la petición de su hijo con un destello de comprensión en la mirada y sus labios se comprimieron con gesto apenado.

—¿Es posible —preguntó en su sonoro idioma antillano— que te sea indiferente perder la vida? Has de saber que las selvas milenarias están cuajadas de peligros. ¿Acaso lo ignoras?

La expresión del chico era el anverso de una decepción. Por eso contestó con presteza:

—Por el contrario, padre, lo he oído comentar muchas veces, pero... ya sé que pronto, cuando cumpla los catorce años, me veré precisado a laborar en las plantaciones y en las minas; y como me resta tan poco tiempo de libertad, bien quisiera aprovecharlo.

—Comprendo... musitó el padre y sus ojos se nublaron repentinamente, pues no esperaba semejante confesión de su hijo. Pero debo advertirte que la aventura que has soñado es harto peligrosa y otros más denodados que tú han perecido en la demanda. ¿Por qué no desistes? Te asaltarán criaturas extrañas como jamás soñaste conocer...

—¡Bah! —contestó despectivamente el chico—. ¿Acaso te encontraste con ellas alguna vez en tus andanzas por los montes?

En la mirada del anciano relampagueó el recuerdo.

—Aún me parece verlas: pálidas, iracundas, con la cabellera al viento y los ojos desorbitados; ¡pero mis pies fueron bastante ligeros para esquivarlas! Sabía que me esperaba en su compañía una muerte segura entre los despeñaderos. Creen que todos los humanos somos hijos de

Maboyá, que todos llevamos en el alma el germen de la ambición y el desenfreno... ¡Y quizás estén en lo cierto! No perdonan ni un pensamiento impuro, ¿comprendes?

—¡Ah, más que nunca anhelo ahora subir al Bahoruco! Padre, ¿me concedes tu permiso y me das tu bendición?

El nitaíno no albergaba ya pensamientos de liberación. Aquella había sido la existencia bendita de sus antepasados; pensó entristecido: ¡la libertad! Y deseando que su hijo la disfrutase, a despecho de las duras circunstancias de su vida, dijo blandamente:

—Los indios no escatimamos la ocasión de hacer hombres valientes de nuestros varones. Está concedida tu petición.

—Gracias, padre —agradeció entusiasmado el adolescente—; me haces el más feliz de los mortales. ¿Me prestas tu piragua y tu hacha de monte? Quizás es mucho pedir...

Vencido por su amor paternal, el nitaíno contestó:

—Ambas están a tu disposición, aunque mi hacha te serviría de poco: ¡hoy no es más que un símbolo! Trabajada con esmero y tesón durante mucho tiempo, fué confeccionada para procurarnos el sustento y defendernos de nuestros enemigos ancestrales, los Caribes, tan fieros como valientes. Hoy es poco menos que inútil para defendernos de los guerreros de pecho de hierro que nos esclavizan. Por eso te ofrezco la piragua: puede servirte mejor... ¡Ve, hijo mío, y que Luquo, el Ser Supremo, te proteja en el camino!

Y arrancando una aromática rama de *curia* le tocó en el hombro, bendiciéndole.

La floresta, henchida de trepidaciones y ruidos apagados, elevaba al cielo la alegría del trópico. El lago de Jaragua era una gema irisada de divinos matices. La

piragua, como una sombra, se deslizaba ante el sol. Todo era brillantez y luminosidad cegadoras. El rostro oliváceo del indiecito se tornaba cada vez más jocundo. No le arredraban las enormes iguanas y caimanes que veía deslizarse sobre sus orillas porque sabía esquivarlos. La canoa, de pulida caoba, se deslizaba bajo los árboles de ramas caídas, que moteaban el agua de sombra y sol. Pájaros diversos de vistosos plumajes, saltaban audaces de rama en rama, llamándole la atención.

El ruido isócrono de los remos cesó de improviso. Percatóse con asombro de que su piragua se había inmovilizado, como si de repente hubiese echado raíces. ¿Sería la mano de algún *Cemí* que la retenía? ¿Es que estaba vedado pasar por allí? Algo semejante debía suceder, pues al tocar los remos la superficie lisa y brillante del lago arrancáronle chispas luminosas, como de una gema que hiriese el sol, pero no avanzaba en modo alguno. Estaba perplejo; no sabía qué partido debería de tomar. Hizo un supremo esfuerzo por darle impulso y los remos se quebraron, astillándose. ¡La masa de sus aguas se había petrificado! Alrededor la tierra era toda bermeja, ornada de árboles florecientes. Como sucede a menudo en el trópico, el crepúsculo caía rápidamente y el paisaje entero se envolvía en sombras de misterio. Bajo unas palmeras, que se agrupaban en forma de templo, creyó ver ojos humanos que le atisbaban. Eran criaturas pálidas, huraña, cuyas cabelleras luengas y sedosas las cubrían enteramente, como un manto. No cabía duda: ¡eran ciguapas!, según los indígenas: abortos de Luzbel, según los frailes hispanos. Tamayo conocía sus implacables y frías decisiones; por tanto debía proceder con cautela. En aquel paraje reinaba un silencio absoluto y se percibía la melo-

día del viento entre las hojas. La luna en el horizonte era un espectro pálido.

Ya estaba allí y era indigno de un *taíno* volverse atrás, aunque sentía clavados en él sus ojos desafiadores. Sin pensarlo más, arrastró su piragua hasta la orilla y la ató cuidadosamente al tronco de una ceiba con un fuerte bejuco de jagüey, que colgaba de un árbol de la ribera. Acto seguido se encaminó al grupo que le miraba con atención. Notó al acercarse que no eran como las imaginara, sino criaturas demasiado jóvenes y hermosas para causarle daño a ningún mortal. Por lo menos eso le sugería su mente de niño inocente. Las interpeló, pues, sin sombra de temor:

—¿Serían tan amables en decirme qué paraje es éste y por qué motivo se ha encayado mi piragua en el lago? Me ha sido imposible moverla...

—Forastero, preguntas muchas cosas a la vez —contestó la que parecía de más edad— y eres demasiado joven para aventurarte por estas soledades. Harías bien en volverte por donde has venido y tratar de olvidar todo lo que has visto...

El indiecito vivía la embriaguez de un sueño y repuso sin amilanarse, contemplando los ojos hipnotizantes:

—¡Ah, es demasiado hermoso para olvidarlo! Y además, soy hijo de nitaíno, y he aprendido desde la cuna a no temerle a hombres, ni a bestias...

—¡Ah, eres tan valiente como testarudo! —amonestó la más joven, cuya voz alada tenía resonancias de cascabeles—. ¿Cómo te llamas, chiquillo?

—Yo me llamo Tamayo... Y vosotras, ¿cómo os llamáis?

—Somos la Indolencia, la Oscuridad y la Superstición.

—¡Qué nombres más extraños! En fin, deseaba conoceros y pensé que quizás me enseñaríais donde se encuentra la felicidad en esta tierra nuestra.

Las ciguapas se miraron entre sí, lanzando al chico una mirada perversa.

—La felicidad existe en el bosque milenario de las ciguapas, donde todo es belleza y encantamiento —repuso la Indolencia con voz cansina; y añadió bostezando—: Jamás se ha cortado un árbol, ni se ha pescado en nuestros ríos... Las frutas más tentadoras caen maduras al suelo sin que haya necesidad de tumbarlas. Hasta ahora nadie había llegado a nosotras por determinación propia. Si deseas conocer las maravillas que encierra esta tierra de tus antepasados, permanece con nosotras una noche completa y conocerás los secretos de los *Cemis*: penetrarás en la *eracra* sagrada que guarda las cenizas de los Tres *Behiques* sabios que enseñaron las artes de tu tierra natal. Allí existen tesoros incalculables, amuletos que llevaron al cuello los caciques ya desaparecidos. Y cuenta cierta conseja que el valiente que logre ceñir a su garganta esos preciosos ornamentos, logrará vencer al opresor. Tan sólo debes probarnos que eres valiente a toda prueba... ¿No te tienta la aventura?

—Sí que me tienta... pero no sé a que llamáis valor. ¿Enfrentarse acaso a las bestias feroces? No existen en esta tierra nuestra animales, ni alimañas que ataquen al hombre...

—No, pero hay criaturas que nos ofenden hoy más que las bestias: hombres vestidos que hacen daño a los nuestros... ¡Deben perecer todos!

—Cierto; pero no es de indios traicionar y les llamo hermanos desde que aprendí a amar a su Dios. Ya véis que no os sirvo.

Los ojos de la ciguapa Oscuridad lanzaron chispas de furor, golpeándose maquinalmente las rodillas con dedos que remataban en afiladas puntas.

—¡Ah, ya comprendo! —masculló con sibilante acento—. Serás traidor a los tuyos, como lo fué Guacanagarí, quien creyó encontrar amigos en los *maguacochios* y abandonó a los de su propia raza... ¡Infeliz!

Ya el chico iba a dar la espalda malhumorado, cuando su interlocutora lanzó una especie de alarido y exclamó exasperada, revelando lo que bullía en su oscuro cerebro:

—¡Pues bien, ya no podrás marcharte, mal que te pese! ¡Tus pies se adherirán a la tierra, como tu piragua al lago! Forzosamente pasarás esta noche entre nosotras y harás lo que se te ordene en todo momento. Estás completamente a nuestra merced; con que comienza a rezar por tu alma.

En el silencio que siguió a esta declaración tan inesperada se adivinaba la sorpresa del muchacho, pero su altivo semblante apenas trasuntó una leve emoción.

—¡Pues tanto mejor! —dijo con aplomo al cabo de breves instantes—. La suerte está echada... Me consuela que no podeis quitarme más que la vida: he aprendido de los frailes hispanos que el alma es intocable e imperecedera y en cambio la materia es barro vil y deleznable.

La ciguapa Superstición lanzó una extraña carcajada, muy semejante a un bufido, y dijo con sorna:

—¡Vaya que eres valiente entre las mujeres! Al parecer sólo los hispanos te intimidan... Mira, esta noche la luna tiene dos alas; es la luna roja de las ciguapas, embozada en nubes; propicia para las moradoras del bosque, pero adversa para los mortales. Dentro de unos instantes bajará hasta nosotros y nos servirá de carruaje.

—No tienes por qué intimidarte —bisbiseó la ciguapa más joven, llamada Indolencia— preocúpense o no los mortales, a cada cual le llega su fin, con que abandonarse a su sino sería lo más acertado... —y volvió a bostezar como si el sueño la venciese.

—Pues yo estoy convencido —aseveró el indiecito con entereza— que sólo Dios puede acelerar nuestros días, con que ya véis que no podéis intimidarme. Es inconcebible, además, que los astros bajen hasta nosotros. ¡Jamás oí decir semejante cosa! —añadió despectivo.

—Pues agárrate bien, si no quieres caerte desde las nubes —ordenó la ciguapa mayor— porque aunque no lo creas, ya vamos emprendiendo el vuelo.

Tamayo sintió que se erizaba su cabellera porque se elevaban vertiginosamente, agarrados unos a los otros.

—¡Aquí no se puede respirar —suspiró el indiecito— y además hace un frío horrible!

—Olvídate de tu condición de humano y será como si fueses divino —aconsejó la ciguapa Superstición con voz casi inaudible.

Tamayo comprobó que olvidándose de sí mismo sentía un agradable bienestar y aunque volar en compañía de aquellas hijas de *Maboyá* era por lo menos anonadante, experimentó la emoción incomparable de ser mago o *cemí* al trasladarse con tanta celeridad de un mundo a otro. Volaban por encima de la luna en fantástica procesión y el chico contemplaba a su placer lo que otros hombres imaginaban apenas. Los perfiles de las altas montañas hacíanle sentir una admiración reverente. Todo parecía escarchado y en penumbra, de una belleza deslumbradora y tranquila.

Y allá abajo, ¡cuánto ruido! ¡Cuánta gente! Por eso dijo con llaneza infantil:

—Mucho me gustaría poder permanecer aquí: ¡es más bello de lo que soñé!...

—Desdichadamente tornamos a la tierra. La luna se ha cansado de volar y tú has salido airoso de esta prueba. Por lo menos eres valiente y sereno —comentó con menos aspereza la ciguapa Oscuridad.

Descendían, y el descenso era aún más vertiginoso que la ascensión. Cortábale el aire la cara y zumbábanle los oídos, como si le abanicase un huracán. De pronto sintióse sumergido en las aguas de un río y creyó que iba a perecer ahogado, pero recordó las mágicas palabras de la Superstición y olvidó una vez más su condición de humano. Seguro de hacerle frente a las más duras pruebas comenzó a nadar sosegadamente, como lo había hecho mil veces en compañía de sus amigos, buscando escondrijo entre los juncales del río. Las aguas turbulentas se cerraron sobre su cabeza, pero continuaba nadando rítmicamente, seguido de cerca por sus celosas guardianas. Las sombras que le rodearon bajo las aguas no eran tan sólo las de las ciguapas; parecían las de caciques destronados, quizás largo tiempo desaparecidos. Marchaban unos tras otros, altivos y desafiantes, coronadas de plumas sus cabezas de largas cabelleras, negras como la endrina. Una sombra, la más erguida, se detuvo ante él con el brazo extendido en ademán de reto. De su muñeca pendía el grillete que le permitió reconocer a Caonabo, el más valiente de los quisqueyanos.

—Si no eres de los nuestros, que quisimos morir por echar de nuestro suelo al usurpador, partirás con nosotros a la tierra de las sombras, preferible mil veces a vivir avergonzado ante los hombres de tu estirpe. Dí, ¿qué eres?

El indiecito sintió un tumulto en su corazón al proferir:

—Soy indio y siento como indio, *Matunherí*. Mi rebeldía está aquí —confesó, oprimiéndose el pecho con orgullo—, pero tengo un padre anciano, quien ha padecido ya bastante y temo por él. Algún día cuando él sea tan sólo espíritu, como lo sois vosotros, empuñaré las armas y haré la guerra contra los invasores a la manera de mis antepasados. ¡Así me escuche *Luquo*!

—¡Ah, creímos que eras cristiano! ¿Acaso es *Luquo* tu Dios?

—Para mí, como para mi padre, *Luquo* es Jesús, un Ser Omnipotente, todo clemencia y comprensión. No importa lo que le llaméis, siempre vela por nosotros y perdona nuestros yerros.

—Está bien orientado, compañeros; —concedió el cacique de la *Cibuqueira*—. Es de los nuestros... Así podemos marchar en paz a la región del *Coaibay*. Que *Luquo* te conceda la mayor de las glorias humanas: ¡luchar por tu patria!

Hieráticos y solemnes deslizáronse unos tras otros, cual si fueran arrastrados por el ímpetu de la corriente. Apesadumbrado, Tamayo reconoció entre el grupo a Caribes, Macorixes y Ciguayos, de la raza que dejaba crecer sus cabellos como símbolos de su hidalguía. Mirándoles pasar caían sus lágrimas ocultas como lluvia de fuego sobre su corazón.

Entonces las ciguapas, que habían permanecido tranquilas y observantes, le rodearon de nuevo, diciendo:

—Por segunda vez te ha salvado tu buena estrella... No tenemos reproche alguno que hacerte y ahora vas a conocer la eracra de oro y los orígenes milagrosos de tu pueblo. En ninguna época ha pisado allí criatura viva y el impío que pasa inadvertidamente por aquel sacro recinto, muere en el acto, como fulminado por el rayo.

Tamayo guardó silencio. La bondad inesperada de aquellas hijas de *Maboyá* le pareció un buen augurio. Por fortuna, había conservado puro su corazón y alimentado su alma con las enseñanzas milenarias de sus mayores. Su rostro volvió a tomar su expresión jocunda. Y emprendieron el camino, que alumbraban a trecho los cocuyos formando cascadas de luz. No había allí claridad ni de noche, ni de día; la planta del hombre jamás había hollado aquella tupida selva, ya que la espesura del bosque era tal que apenas se filtraba la luz de la luna por entre el espeso ramaje y sólo podían avanzar marchando de uno en uno. Como finos encajes, la guajaca colgaba de los árboles y flotaba con la brisa. La vegetación lujuriante, adornada de helechos arborescentes, cortinajes foliáceos y altísimas palmeras era un espectáculo imponente en su grandeza milenaria. Veía por todas partes criaturas semejantes a las que le acompañaban, algunas con aquella expresión intimidante en sus rostros de belleza perturbadora. Había riachuelos y cascadas, en los cuales advirtió grupos que parecían solazarse en las aguas, como niñas traviesas y turbulentas. Para él aquel inmenso bosque estaba inundado de sombras y misterio. Caminaron durante varias horas en silencio: las ciguapas delante, sin dar jamás la espalda, siempre cautelosas y desconfiadas, sondeando sus ojos a cada instante. Ya sólo faltaba el último picacho, que se le antojaba inaccesible, y avanzaba, con las ropas empapadas todavía, dando traspiés por aquella jungla enmarañada; pero tal era el dominio que ejercían sobre él aquellas mujeres tenebrosas, que con sólo clavarle sus ojos hipnotizantes recobraba de nuevo el equilibrio y proseguía la ascensión.

De súbito vislumbró en lo alto un fulgor extraño, como de un sol que alumbrase a medianoche. Ya sentía el

frío de la madrugada y un temor reverente invadía su ánimo. ¿Verían de nuevo las *opias* de los caciques desaparecidos? ¿Podría platicar con el bravo Caonabo, frustrado redentor de los suyos?

El paisaje cambiaba. Cesaba la espesura y se convertía en un opulento prado, ornado de arbustos y florecillas olorosas. La luna brillaba intensamente y el cielo estaba cuajado de estrellas. En el fondo de la meseta revelóse a sus ojos la masa deslumbradora de la eracra sagrada, como un gran escudo finamente labrado. Imposible le hubiera sido avanzar un solo paso hacia aquel prodigio, si una de las ciguapas no le hubiese tomado de la mano para conducirle. Vacilaban sus pies y se adherían a la tierra, a pesar de su ávida curiosidad.

—¡Avanza! —ordenó imperiosamente la Oscuridad, apuntando hacia la eracra, con un fulgor inusitado en sus pupilas insomnes—. Ahora somos tus ángeles; ¡quizás más tarde seamos tus jueces implacables!

Tamayo siguió la ruta indicada. Un soplo compensador de brisa, cargada de aromas, hízole suponer aquel recinto un paraíso. Flamencos de color rosado se alzaban soñolientos, huyendo amedrentados a su paso. Llegó al arqueado portal y los dorados goznes giraron suavemente, como si la mano invisible del genio de la noche se hubiese extendido para darle paso. Fortalecida el alma por lo que juzgaba un milagro, el joven penetró en el sacro recinto y sus ojos le parecieron demasiado pequeños para admirar lo que se ocultaba a la vista de los profanos. Allí estaban colocados en nichos los *Cemís* adorados por sus antepasados, representados por caprichosas figuras en oro sólido; y sobre pulidas bateas, negras y brillantes como ébano, veíanse amontonadas joyas de complicados adornos, con medallas y amuletos. Como sobre un aparador,

en una barbacoa de roja ácana, estaba colocada toda una vajilla del mismo precioso metal. Veíanse frutos exquisitos sobre los cuencos; y pirámides de cazabe, fino y blanco como obleas, del que consumía la gente principal. Tamayo no había ingerido alimento alguno en muchas horas, y el aroma apetitoso de aquellos frutos variadísimos producíale un cosquilleo en el estómago; pero comprendiendo que estaban allí como ofrenda a los *Cemís* se abstuvo de tocarlos. Contemplábalo todo absorto y maravillado, cuando sintió una terrible conmoción. El templo osciló, como si amenazase un cataclismo; y una voz tenue se dejó oír por entre las reverberaciones:

—Nosotros, los que estamos aquí sepultados durante siglos, trillamos la senda para que las generaciones del futuro aprendiesen a ensancharla, ennobleciéndola. Escucha lo que nuestros abuelos dijeron a nuestros padres: estas islas son las cumbres de una tierra portentosa que la ira de *Guabancex* sepultó en el fondo de los mares... Nuestra raza desaparecerá y renacerá otra más fuerte. Está escrito en el firmamento... ¡pero seguiremos siendo cumbres!

Tamayo escuchaba con intensa atención, apretando a sus labios el puño cerrado convulsivamente. Agitaba su hermosa melena, negándose a comprender. En él equivalía a un apostolado la felicidad de los suyos y ante aquella declaración un estremecimiento de rebeldía recorrió todo su cuerpo. Desorbitados sus ojos en alucinación, contemplaba el techo abovedado, esperando ver allí algún nuevo prodigio. El monólogo se había demorado un breve instante para proseguir con más pujanza; la voz hasta entonces apagada adquiría la claridad de un clarín, estremeciendo de nuevo el templo y algunos ídolos rodaron al suelo con estrépito.

—Si pretendes alzarte hasta el *turey* atiende a la Divinidad, que es más potente que las nuestras; esfuérzate en aprender lo bueno que te enseñan los *naguacoquios*: cultiva la tierra, que es la fuente de todas las riquezas; aprende su idioma y estudia sus libros, que contienen la sabiduría del universo. ¡No basta morar en las cumbres; es menester alzarse hasta *Nonum* por nuestros propios merecimientos!

Los ojos del indiecito ostentaban un brillo acerado y su rostro tenía una expresión confusa. No pudo menos que arrodillarse y de sus labios brotó espontáneamente esta plegaria:

—¡Ah, Señor de los cielos, escúchame y atiéndeme! Estamos exentos de ambiciones bastardas: no queremos oro, ni riquezas, ni civilización siquiera... ¡Todo cuanto te pedimos es la libertad! Vivir nuestra existencia pacífica de antaño, libre de sujeciones y tributos. ¡Permite que cuando sea hombre yo pueda luchar por los míos... aunque en ello pierda la vida! ¡Queremos libertad o muerte!

Su voz, henchida de fervor patriótico, pregonaba la rebeldía de su corazón.

Las ciguapas habían desaparecido y el joven respiró aliviado, admirando con curiosidad no exenta de veneración los extraños ídolos caídos a sus pies. En su cerebro infantil amalgamábanse perfectamente la realidad y la ficción; las verdades austeras del cristianismo con las poéticas leyendas de su patria. Reverberaba en su pecho el sentimiento inmortal que eleva el alma de los hombres y se persignó a la usanza cristiana, emocionado. Pensaba que al fin le habían abandonado sus exigentes guardianas y que podía marcharse libremente, pero se equivocaba. Ya se alzaba, cuando irrumpieron en la eracra sus tres

jueces fortuitos, pero esta vez eran más blandas sus maneras. La frescura y virginidad de su alma habían desarmado a aquellas mujeres implacables.

—No venimos a torturarte de nuevo —rió guturalmente la ciguapa Superstición— no somos tan pérfidas como nos suponen..., pero hablemos de ti: has triunfado en las tres pruebas decisivas y ya puedes marcharte en paz adonde los tuyos; pero antes debo concederte el premio que mereces por tu fervor y desinterés de patriota innato. En tu alma no anida el rencor contra los opresores, porque estás exento de soberbia. En cambio, no aceptas el triunfo de otra raza sobre la nuestra... Eres denodado y resuelto y *Luquo* sabrá premiarte como mereces. Para tí son esos preciosos ornamentos, que algún día ostentarás con orgullo. ¡Llévatelos, y que sea luminosa tu senda!

Tamayo escuchaba con un sentimiento indefinible de alivio y quedó como extático ante aquella asombrosa concesión. Solamente podría ostentar aquellos ornamentos como vencedor, y de aquel modo con gusto ofrendaría su vida... Pero... ¿merecería realmente tal gracia? ¿Acaso no eran todos los indios desinteresados y amantes de la libertad? Quizás era ésta una nueva celeda, pensó con cierta duda todavía; pero las ciguapas recogieron aquellas riquezas, colocáronlas sobre una de las bateas y añadieron frutas y cazabe al ponerlas en sus manos. Entre esquivo y emocionado el indiecito no acertaba a dar las gracias debidamente.

—Ahora márchate a enfrentar la vida... Ya amanece y ningún mortal debe contemplarme a la luz del sol...

Así habló la Oscuridad, mientras Tamayo, con lágrimas en los ojos, daba fácil salida a sus emociones. Las ci-

guapas desaparecieron en un remolino de aire, tendidas al viento las cabelleras e iluminadas sus frágiles siluetas por la luz imprecisa de la aurora. Bandadas de aves revoloteaban mansamente en torno suyo, ensayando trinos armoniosos. Música más dulce no podía ser oída en parte alguna, pensó entusiasmado, porque la tristeza había huído de su corazón. El ambiente era fresco y convidaba al reposo. Sentóse bajo unos mameyes, no lejos de la eracra de oro, para disfrutar de un suculento refrigerio. Luego, sintiendo que el sueño le vencía, tendióse satisfecho, teniendo cuidado de poner a buen recaudo su tesoro.

Al despertar ya era pleno día y el cielo estaba inundado de luz. Su primer pensamiento fué para la eracra sagrada, preguntándose cómo luciría a la luz brillante del sol. Recordó al mismo tiempo el regalo de las ciguapas y advirtió la batea junto a sí, cargada con sus valiosos dones. Miró con delectación hacia el templo, pero éste había desaparecido. Con los párpados entumecidos aún por el sueño, Tamayo trataba de analizar el prodigio. ¿Es que no estaba ya bajo los mameyes? Miró hacia arriba, sintiéndose bastante desconcertado, y advirtió que le cobijaba la ceiba, a cuyo tronco había amarrado su piragua. Allí estaba tal como la dejó, con los astillados remos echados a un lado. Y el lago de Jaragua resplandecía al sol como una gema viviente, moviéndose sus agues al impulso de la brisa. Sentía una certidumbre tan profunda de su aventura que no la podía desterrar del pensamiento. Le habían trasladado dormido de un sitio al otro, para que no pudiese tornar jamás a aquel refugio o paraíso vedado. Poniéndose lenta y calmosamente en pie, su rostro pareció transfigurarse, pues el extraño e increíble episodio revestía el carácter de divinos augurios.

JOSE JOAQUIN PEREZ

(1845-1900) (*)

LAS TRES TUMBAS MISTERIOSAS

La hendida campana de la Puerta del Conde daba las doce de una noche oscura, como las de aquellos tiempos en que los medrosos habitantes de esta ciudad antigua no tenían, casi en su totalidad, sino un miserable candil de aceite de coco o una chorreosa vela de sebo criollo detrás de un velón de papel amarillento para alumbrar sus casas.

En el ángulo único que forman los de la plazuela de San Juan de Dios, había el bulto de una persona, confundida con la oscuridad impenetrable.

De pronto se abrió la puerta de un balconcete, y de allí descendió algo sujeto a una cuerda, que fué recibido ansiosamente por el misterioso personaje, el cual, con precipitación, se puso en movimiento, deteniéndose de vez en cuando, como para cerciorarse de que nadie venía por las calles.

Llegó a una casucha de la calle de la Universidad, y allí entregó lo que traía, a una mujer y a un hombre, diciéndoles:

(*)—Autor de *Fantasías Indígenas — Contornos y Relieves* (poesías); *Flor de Palma* (novela) — Crítica literaria. Ejerció la profesión de Notario. Fué Ministro de Instrucción Pública.

—¡Ya lo saben ustedes! A las cuatro, en marcha. ¡Dios los proteja!

Después de dar algunos pasos para salir, volvió y descubriendo el objeto, que era un cesto donde había un niño recién nacido, besó a éste y exclamó:

—¡Pobre hijo mío! ¡Adiós! La sociedad te condena; pero Dios te salvará. ¡Yo rogaré a él por ti!

*

Quien tal hizo y quien tal dijo era un sacerdote. Los que recibieron el depósito eran unos infelices y honrados esposos.

—Juana —dijo el marido—, nada hay como tener buen corazón para encontrar la felicidad. Somos ya padres. Dios nos envía este hijo, y con él los medios de vivir, sólo por hacer un bien al prójimo.

—Sí, Martín, el padre José puede estar seguro de que le cuidaremos mucho a su hijo como si fuese nuestro. El Señor, que vela por los inocentes, nos lo premiará algún día.

Y ambos acostaron al niño en una humilde cama, mimándolo, mientras la mujer le ponía en los labios un *chupón* de leche de cabra, que sorbió con avidez.

En la madrugada salieron en buenas cabalgaduras los esposos por la Puerta del Conde, llevando al infante.

Hicieron viaje rápido hasta Higüero, donde se hospedaron en un bohío nuevo y cómodo, con todos los muebles campestres necesarios y una amplia y fresca *hamaca de cajón* para el niño.

Dejemos que esas buenas almas de beatos sigan criando al fruto de los amores del padre José, como cómplices inocentes del suceso que vamos a narrar con la mayor brevedad posible.

La casa de don Félix del Prado era una de las más respetables de esta ciudad en aquella época. Familias de buena cepa, con raíces nobiliares, eran las del esposo y de su mujer, doña Cándida Pedrozo. Aquel hogar servía de templo a las virtudes y a la piedad, y la vida de ambos cónyuges y de su única hija Margarita, bellísima y tierna adolescente, se ocupaban sólo en rezar el rosario, ir a misa, confesarse y comulgar a menudo, huyendo del contacto de los hombres como de cosa del diablo.

Pero éste iba atizando su fuego en el alma candorosa de Margarita con los deseos naturales de amar a alguien. Y ese alguien único que visitaba constantemente aquella casa y era el árbitro, juez y confidente de todos, se llamaba el padre José de la Calzada, varón preclaro y virtuoso, humilde, caritativo, y joven, de buen porte, voz melíflua, maneras distinguidas y gran ascendiente.

No debemos exigir que la seducción de unos ojos de fuego y de una boca modelada para el deleite se combata con ascéticas inclinaciones y prácticas. Carne envuelve el espíritu de cualquier santo, y aquélla es flaca y frágil y se ladea hacia donde se la llama con afán y se la avisa con repetidos contactos.

El padre José se dejó llevar y cayó en las tentaciones dulcísimas de un amor sin límites.

De aquí al pecado no hubo sino una ocasión propicia para consumarlo.

Ya sabemos, pues, que aquel niño fué la encarnación de aquel amor llamado sacrílego por la Iglesia.

*

Nadie supo en casa de Margarita su estado, porque ella se valió de todos los medios que para tales casos inventa la necesidad de parecer honrada.

Sucedió que a los seis meses, el Gobierno confió una comisión importante a don Félix del Prado, y éste hubo de embarcarse para España.

De manera, que sólo la madre de Margarita, a los siete meses del embarazo de ésta, recibió de su hija la confesión de su culpabilidad.

Gente de tal copete no hace escándalo ni pone su honra en la boca del pueblo.

Ni a su esposo reveló doña Cándida el secreto.

Todo se arregló de manera que para no dar qué decir, continuó el padre José visitando la casa como antes, aunque sin ver más a Margarita.

A ésta, se le hizo creer que su hijo había muerto.

La madre fué la que en aquella noche oscura, arrió el cesto con el nietezuelo, que recibió el padre José.

El año 1801, cuando ya de regreso de España don Félix del Prado, hubo la emigración de muchas familias a la América del Sur y a Cuba y Puerto Rico, debido a la cesión de la isla y a la entrada de Tousaint Louverture en la parte española.

La familia de don Félix fué de las emigradas, pero sólo iba éste con su hija Margarita, porque su esposa, víctima de la tristeza que le causó el golpe terrible de la deshonra de su hija, había muerto tres meses antes.

Fueron a Santiago de Cuba.

Al cabo de algunos meses, don Félix, hombre recto, ilustrado y de buenas relaciones, alcanzó alto puesto en la judicatura ,y Margarita llegó a ser la niña mimada de los salones, la que daba el tono a la moda, la belleza saliente y de más fortuna para atraer cerca de sí a una corte de adoradores.

Al fin, un teniente coronel español hizo esfuerzos inauditos para obtener la mano de Margarita; y a pesar

de que ella no sentía inclinación hacia el galán, su padre insistió tanto en que se verificase la boda, que ésta se celebró con inusitada pompa.

No sabemos cómo Margarita se dió sus trazas para que el teniente coronel Uribe la tuviese por mujer honesta, poseedora de la pureza que había perdido. Lo que sí sabemos es que fué modelo de esposas y que aquel hombre la amaba con locura.

Corrieron los tiempos y Felipe Belgrano, el hijo de Margarita, que pasaba por hijo de los esposos Belgrano, ocupaba ya posición distinguida. Aprendió en la Real y Pontificia Universidad, tan en auge entonces en esta llamada Atenas del Nuevo Mundo y de la cual era profundo catedrático en ciencias teológicas el padre José de la Calzada. Recibió su título de Doctor y a los veinte y un años fué ordenado de sacerdote.

En esto murió el padre José y el duelo fué general, porque ninguno como él tan virtuoso, tan humilde, tan caritativo.

Dejó el padre José la mayor parte de su fortuna —que no era pequeña— a otro sacerdote, quien tuvo encargo secreto de ponerla en manos de los esposos Belgrano.

Estos, para justificar tan extraño acontecimiento ante su hijo, que le preguntaba siempre la causa de esa preferencia, le revelaron todas y cada una de las circunstancias de su nacimiento sin poder decirle el nombre de su verdadera madre, porque el padre José tuvo buen cuidado de no comunicar esto a nadie.

Llegó el año 1822 y la invasión haitiana hizo también emigrar mucha gente. El padre Felipe Belgrano salió, como otros, yendo a establecerse en la isla de Cuba. Estuvo en la Habana y no hallando allí colocación, vino a

Santiago de Cuba, donde el obispo de aquella diócesis le nombró para el curato de la parroquia mayor.

Muy estimado fué allí el padre Felipe. En la Congregación de mujeres piadosas que él fundó, llamadas "Hijas de San Vicente de Paul", figuraba como funcionaria principal Doña Margarita del Prado de Uribe, a quien él confesaba y administraba la comunión muy a menudo.

Doña Margarita iba a tener el primer hijo de su matrimonio, cuando llegó el momento de dar a luz, lo perdió.

De resultas del alumbramiento, quedó muy enferma, y un día estuvo grave. Opinaron los galenos que moriría, y se la dispuso para la confesión y recibir los auxilios de buena cristiana.

Fué el padre Felipe a recibir la confesión general de la enferma.

Solos ambos en el amplio aposento, ante la imagen del Redentor, hizo doña Margarita la relación de toda su vida pecadora al padre Felipe, quien, ante la revelación del secreto de su existencia, se arrojó a los brazos de su madre, derramando ambos copiosas lágrimas en medio de la más profunda emoción, mezclada de alegría y de pesar.

Al oír el coronel Uribe, desde la pieza contigua, los sollozos y los ayes, abre con cautela la puerta y presencia aquel cuadro que creía de aterradora realidad para la ofensa de su honra.

Rápidamente empuña su espada, y se avanza sobre el sacerdote, atravesándole por la espalda el corazón, exclamando:

—¡Muere! ¡Infame! ¡Traidor!...

Doña Margarita, sobre cuyo rostro saltó la sangre del padre Felipe, hace esfuerzos para levantarse y grita:

—¿Qué has hecho? ¡Has matado a mi hijo!...

—¿Tu hijo?... exclamó el coronel Uribe. —¿Tú hijo?...

Y atónito, aterrado, con los ojos saliéndose de las órbitas, pálido, vacilante, contempla aquel cuadro; ve que su esposa cae también exánime, y algo como el soplo de la locura pasa por su espíritu. Vuelve entonces la punta de la espada hacia su pecho, hiriéndose con furia; y cayendo a los pies del ensangrentado lecho conyugal, murmura, entre los estertores de la agonía:

—¡Perdón, Dios mío, para mí y para mi pobre Margarita!

*

Pasó todo aquello rápidamente. Los comentarios diversos y contradictorios fueron el tema de todas las conversaciones durante mucho tiempo.

Y el secreto pavoroso quedó sellado con las lápidas misteriosas de tres tumbas en la necrópolis de Santiago de Cuba! (1)

(1)—Este cuento se consiguió por cortesía del Dr. Vetilio Alfau Durán.

JOSE MARIA PICHARDO (Nino)

(N. 1888) (*)

BNP

EL FORASTERO

José Paniagua se levantó de improviso de la mesa de juego musitando algo por cierto no muy agradable. Al mismo tiempo Paco Marmolejo arrojó las barajas al suelo y desenfundando su revólver le hizo un disparo a quema ropa. El proyectil rasguñó el robusto cuello de José, yendo a romper con grande estrépito varias botellas de ron en el aparador de la próxima cantina. Sin pérdida de tiempo Paniagua le hizo fuego a su agresor, hiriéndolo mortalmente.

El incidente sobrevino tan rápidamente que nadie pudo intervenir para evitarlo. Pocas personas lo presenciaron, porque ocurrió ya de madrugada, y sólo unos cuantos jugadores estaban cerca y ninguno de ellos se movió, ni dijo una palabra, quizá sobrecogidos por lo súbito de la trágica escena.

(*)—José María Pichardo: Periodista. Autor de un v. de cuentos: *Pan de Flor, y Tierra adentro,* novela —1917—;*De Pura Cepa*: narración —1927—.

—Ustedes vieron lo que ha ocurrido, amigos —dijo José guardando su revólver—. Recuerden los detalles de este desgraciado suceso, para el caso de que sean llamados a declarar. He matado a Paco en legítima defensa. Y, ya lo saben: a mí no se me puede ganar *con barajas marcadas.*

José Paniagua se retiró con serenidad por la puerta del patio, encaminándose donde acostumbraba a dejar su caballo. Nadie lo siguió. Poco después perdíase en las sombras de una callejuela vecina.

El cuerpo del muerto fué cubierto con una sábana en el mismo lugar donde cayó, y le colocaron cerca de la cabeza una vela encendida. Las autoridades del lugar —el alcalde pedáneo y un agente de la policía— llegaron como siempre, tardíamente, levantando el acta correspondiente.

José Paniagua, hombre belicoso, jugador consuetudinario, aunque no de oficio, había matado a tres hombres en el curso de su vida tempestuosa, y, valiéndose de artimañas, de malas leyes y de algún padrino influyente en la política, nunca visitó la cárcel por más de un mes. El jugaba, no en busca de ganancias pecuniarias, sino por el placer de hacerlo, porque la emoción del juego, con sus alternativas y azares, lo atraían, lo sojuzgaban. Su personalidad dominante le había granjeado muchos amigos. Locuaz, espléndido, buen bailador, amante de las fiestas, galanteador y buen tipo, tenía gran prestigio entre las mujeres, que eran, según él mismo decía, su debilidad más grande.

Después del trágico acontecimiento, José se ocultó en los montes y luego se fué a otro lugar lejano, cansado de vivir escondido, prófugo de la justicia. En su vieja guarida de Los Mameyes no se le volvió a ver.

Un año más tarde el poblado de El Carrizal tuvo el honor de ser elegido por José Paniagua como sitio de su residencia, y allí se instaló, llevando una vida cómoda y tranquila, en la casa de la viuda Gonzalito, quien poseía el gran atractivo de tener una hija, todo un primor de juventud y belleza.

José se dedicó a la compra de productos agrícolas, especialmente de maíz y habichuelas, y muy pronto el negocio prosperó, proporcionándole medios honestos de subsistencia. Como medida de precaución se alejó de las casas de juego.

El Carrizal, ubicado en un pequeño valle, a la falda de una alta loma poblada de pinos, en la remota sección de El Memizo, sólo tiene una calle que la forman dos hileras de casuchas primitivas, construídas de tablas de palmera y techadas de hojas de *cana*. Presenta un bello panorama, con encantadores paisajes bucólicos. El río Sonador, de aguas claras y rumorosas, corre cerca entre bosques de pomarrosas y gigantes jabillos.

En el centro del poblado queda el mercado público, en una extensa enramada con amplio patio. En los días de mercado, una vez a la semana, acuden de las secciones vecinas y de los parajes próximos innúmeros campesinos a vender los productos de sus afanosas labores: café en grano, maíz, arroz, tabaco en rama, habichuela, miel de abeja, raspaduras, distintas clases de frutas, árganas, macutos y serones hechos de hojas de *palma cana* tejidas, recados de montar, sogas y cuerdas fabricadas de pita.

El Carrizal se anima en los días de mercado, ofrece un aspecto pintoresco. Se nota en todas partes un ajetreo de colmena laboriosa. Llegan constantemente recuas de animales de carga. Jinetes en potros briosos corren de un lado a otro. Se ven mujeres vestidas con sus mejores tra-

jes, llevando algunas pañuelos vistosos en la cabeza, y las más jóvenes lucen ramos de flores silvestres. Abundan las mozas apuestas, de ojos tentadores, alegres y bailadoras. El acordeón y el tambor invitan a bailar el merengue cadencioso, con cantores que entonan coplas populares. En la gallera, que se levanta en una altura donde termina la calle, riñen gallos, y el pregón de las apuestas, las exclamaciones ensordecedoras que lanzan los espectadores cada vez que un gallo pica o mata a su rival, se escuchan desde lejos.

El orgullo de El Carrizal es la pequeña y bella iglesia recién construída por contribución popular, con su alto y elegante campanario desde el cual se domina toda la campiña. Se levanta el templo en medio de un prado risueño, detrás de frondosos mangoteros, con un jardín primoroso, donde crecen lozanos rosales, gigantescos girasoles, abundan las azucenas y lirios silvestres y gardenias, cuyas suaves fragancias se sienten desde lejos.

Contribuye a la prosperidad de El Carrizal y la instalación de un moderno aserradero, situado a un kilómetro de distancia del poblado. Las casas de los trabajadores y empleados, diminutas, hechas de madera de pino y techadas de zinc, forman contraste con las otras viviendas rústicas. El batey, que se extiende en dos alas abiertas, con una alta chimenea, ocupa un gran espacio llano, con depósitos para la madera cortada y secada al aire libre. Se ven montones de aserrín, que se usa como combustible. El olor de los pinos aserrados impregna el ambiente.

La bodega del aserradero, donde se pueden adquirir mercancías diversas, es el lugar de comercio y atracción más importante de la localidad. Tiene un anexo donde se reúnen los moradores del lugar, en ratos de ocio y a pri-

manoche a jugar naipes y dominó, a beber ron y ginebra, a ventilar asuntos y a concertar negocios.

La casa escuela, moderna, con aulas espaciosas y ventiladas, suficientes para alojar con comodidad a la población escolar de El Carrizal y de las secciones cercanas, se alza majestuosa más allá de la iglesia, con grandes extensiones de grama y un gran huerto donde se hacen experimentos agrícolas.

Transcurrieron monótonos y largos los días para José Paniagua, obligado a adoptar un nombre falso, a vivir tranquilo y con recato, evitando las discusiones acaloradas y pendencias, temoroso de que cualquier otro incidente o disputa revelara su identidad y se reanudara la persecusión de la justicia por el suceso de Los Mameyes y tuviera que escurrir el bulto otra ve. El no se había preocupado nunca por ningún peligro; pero la idea de que era fugitivo de la ley lo perseguía, lo atormentaba, desde que comenzó a dedicar sus pensamientos y sus atenciones a la hija de la viuda Gonzalito. Alicia ejercía en él una influencia irresistible. Le había hecho modificar su manera de pensar y vivir. Ya no era el hombre que perdía los estribos a la primera provocación, ni malgastaba el tiempo o el producto del trabajo. Y él mismo se asombraba del espíritu de ahorro que lo dominaba, que pudiera perdonar una ofensa, y resistir la tentación de enamorar a una mujer ajena.

En la gallera lo engañaron un día con un gallo *untado*, y no quiso reivindicar su derecho contra el fraude; y en un baile, cuando le negaron una pareja ásperamente, se limitó a dar las gracias por la negativa truculenta en vez de armar la camorra acostumbrada por lo que él consideraba un insulto intolerable.

—Yo soy una especie de abejón, Alicia, —díjole un

día a la muchacha—, y presiento que me estoy enamorando de ti. Así, pues, creo que lo mejor es que conozcas algo acerca de mi permanencia en El Carrizal. La razón por la cual me encuentro en este lugar, no es porque me guste, sino en cuenta de cierto suceso desagradable que ocurrió hace algún tiempo. Yo tuve que matar a un pícaro jugador de barajas en Los Mameyes, y por eso estoy aquí.

—¿Qué te obligó a matarlo? —le preguntó Alicia, mirándolo fijamente en los ojos.

—No hubo más remedio, chiquita. Era un guapo de oficio y disparó un segundo antes que yo lo hiciera; pero erró la puntería.

—¿Por qué no regresas allá y explicas eso? —sugirió Alicia.

—Porque mi nombre luce mal en sus libros. Esa ha sido la tercera vez que me he visto obligado a *despachar* a un ladrón, y repetir el mismo alegato de defensa propia ya me parece una bagatela. No me creerán. Lo único que deseo saber es si todas esas cosas establecerán alguna diferencia entre nosotros.

—Ninguna —afirmó Alicia—. Si todas fueron muertes en buena lid y no hubo asesinato, eso no influirá adversamente en mí. Seré para ti la misma de siempre.

—Mi palabra no vale mucho, pero puedes tomarla como oro puro. Te juro, Alicia, que todas fueron peleas rectas. No hice otra cosa sino defenderme. Nunca disparé primero.

—Hablemos de otra cosa—, propuso Alicia.

—Lo haremos —asintió Paniagua— Dime, ¿eres libre para permitirme que te enamore? ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Libre como el viento! —Exclamó Alicia entre risas—. Sólo que una vez hubo un hombre... Bueno, ya

eso pasó para nunca volver. En cuanto a matrimonio, tienes que probar que me quieres.

José no la dejó continuar y tomándola entre sus brazos vigorosos, la besó en la boca.

—Nosotros comenzamos un pliego limpio—, le dijo José—. Tengo parientes en el Este, y el día menos pensado pueden dejarme algo, porque son muy viejos. En lo alto del cerro, desde donde se divisa todo el poblado, voy a construir una casa. He comprado doscientas tareas a los Escotos. El porvenir se presenta claro para nosotros, Alicia, ahora que sé que me quieres.

En la bodega José escuchó un día una conversación referente al hombre de quien Alicia le había hablado. El oyó una larga historia acerca de un forastero, cuyo caballo tordillo muchas veces permanecía horas enteras amarrado ante la puerta de la casa de la viuda Gonzalito. El extraño visitante era delgado y alto, bien parecido, con un luengo bigote rizado. Un sábado por la tarde el jinete misterioso montó su caballo, trotando entre nubes de polvo por el camino real y desde entonces más nunca nadie lo había vuelto a ver... Y maliciosamente alguien sugirió que "quizá Alicia podía dar algún informe, *si ella deseaba hacerlo*".

Esta sugestión, recalcada con perversidad, irritó a Paniagua, quien se puso de pié, puesta la mano en la cacha de su revólver; pero sin desfundarlo, y dijo a los murmuradores:

—Dejen eso y no lo mencionen otra vez! Quienquiera que lo repita le pesará.

Luego él habló a Alicia acerca de tan enojoso asunto, y ella replicó:

—Ya te dije que una vez hubo un hombre, y también te dije que todo estaba olvidado. Tienes que creer

mi palabra. Lo olvidado, olvidado está. Soy una mujer honrada y eso basta.

Besando a Alicia muchas veces y estrechándola entre sus brazos, José le prometió no hablar más de un asunto que pertenecía a un pasado ya muerto y que no había razón para resucitarlo, diciéndole: —Eres mía y sólo mía. No importa lo ocurrido tiempos atrás.

Se deslizaron varios meses y el forastero no se mencionó más, ni en la casa de la viuda Gonzalito ni en la bodega. Las pocas veces que José descubrió algún celo irrazonable queriendo echar raíces en su corazón, lo alejó.

—¡Soy un tonto! —Se decía a sí mismo— Alicia me ama, porque ella lo dice así y porque ella lo ha demostrado.

Una cálida tarde del mes de agosto regresaba José por el camino real cansado de un largo día de trabajo infructuoso en una cacería. El crepúsculo comenzaba a purpurar las nubes sobre las lomas. Al doblar un recodo, vió de lejos la casa de la viuda Gonzalito, y una sonrisa de inefable ternura asomó a sus labios cuando se encendió en una de las ventanas de la casa una luz como un pálido luminar.

—Es Alicia que me espera—, dijo José en voz alta y un íntimo regocijo lo invadió.

Ya cerca de la casa, José se detuvo en medio del camino, y entonces notó que un caballo estaba atado junto a la puerta principal de la casa, y el corazón le dió un vuelco.

—¡Es él! —Exclamó José— Es el forastero que vino en busca de Alicia. No hay duda, ese es su potro tordillo.

Mientras José permanecía como petrificado en el camino, lleno de confusión y temor, dos figuras humanas apa-

recieron en el umbral de la puerta de la casa de la viuda Gonzalito. Una era Alicia y la otra un hombre alto y delgado. Ambos reían alegremente. Uno de los brazos del hombre ceñía la cintura de Alicia.

Paniagua se deslizó entre los matorrales cercanos, ocultándose en atisbo. Su boca estaba seca y su respiración era anhelante.

Alicia y su acompañante vacilaron un momento y luego se encaminaron hacia el sitio donde José acechaba, caminando despacio. Y cuando ellos se acercaron, José notó que el compañero de Alicia era todo un buenmozo, y su bigote luengo y rizado.

Lentamente José levantó la escopeta hasta que el cañón reposó sobre una rama próxima, apuntando hacia el hombre que acompañaba a Alicia. José tenía el dedo en el gatillo.

La pareja pasó a veinte pasos de distancia del lugar donde José vigilaba. Hablaban en voz baja, con risas ocasionales.

El cañón de la escopeta de José describió un amplio círculo, en dirección de la pareja que se alejaba.

Repentinamente el forastero se detuvo y atrajo hacia él a Alicia, estrechándola en apretado abrazo, y ella luchó con bríos por escapar, rehuyendo la boca ardorosa que se empeñaba en besarla, hasta que logró desasirse de los tentáculos que la aprisionaban, huyendo en dirección del aserradero. En ese mismo instante el forastero dió media vuelta, trató de mantener el equilibrio y cayó de bruces, echando sangre por la boca.

Una columna de humo blanco y ligero fluía de la escopeta de José, dispersándose. El ruido de un disparo de arma de fuego se repitió, retumbando en ecos prolongados por el valle y las lomas.

Un momento después José salió de su escondite, encaminándose hacia la casa de la viuda Gonzalito a buscar su montura. En su rostro se podían leer los efectos turbadores de la tragedia acaecida. El caballo del forastero lo saludó con un relincho y él acarició su grupa al pasar.

Dentro de la casa reinaba el silencio. Sólo se escuchaba el mecánico tic-tac del reloj de pared y se sentía el grato olor de la cena ya dispuesta. José llamó en voz alta. Nadie le respondió. Entonces su mirada se detuvo en un pedazo de papel blanco clavado con un alfiler sobre el paño de la mesa del comedor. Lo desprendió de un tirón, acercándose a la lámpara para leerlo. Decía: "Querido Pepe: Volveré tan pronto me sea posible. Salí a dar un paseo con un agente de la policía. El se detuvo para pedir un vaso de agua; pero descubrí quien era y lo que buscaba. El ha venido a hacerte preso por el hombre aquel que mataste en Los Mameyes. Déjame recado para donde irás, y vete pronto, porque yo no puedo entretenerlo mucho tiempo"—Alicia. P. D. —"Llévate su caballo, porque el tuyo está lejos".

FREDY PRESTOL CASTILLO

(N. 1913) (*)

LA CUENTA DEL MALO

Marcelina perdió su fundo y su cacaotal y apenas sabe cómo fué.

Las tierras las vendió su tío Leonardo, el viejo que se arrastra como rana y anda vestido de estameña, cargado de cruces como templario. Es Leonardo el endemoniado. Un día vendió las tierras de la sobrina. Después vendió las pocas de él. Ahora sólo tiene la tierra del camino y un bordón rústico. Se arrastra de bohío en bohío implorando un pan, los ojos penitentes fijos en la tierra, mientras de lo alto lo castiga un sol fuerte y un cielo impasible lo mira con ojos de desprecio.

*

Un día, los bueyes de una plantación extranjera sacaron a la vieja de su fundo, porque en el Este, en aque-

---

(*)—Fredy Prestol Castillo: Licenciado en Derecho, graduado en la Universidad de Santo Domingo. Autor de cuentos publicados en periódicos y revistas. Ha sido juez.

llas épocas los bueyes fungían de diligentes alguaciles. Los bueyes desalojan de la tierra a los que nacieron en ella. Lo pisotean todo y lo destruyen todo. Destruyen los maizales, los campos de yuca, y hasta derriban los cacaotales cuando los acosan los mayorales y los caminos entre las plantaciones son muy estrechos. La tierra queda asolada, sola. Después, la tarde es melancólica, lenta. Sólo quedan árboles aplastados y ranchos quemados. Del fundo, más viejo que el hombre que habitaba en él, porque fué levantado por los abuelos, apenas quedan el calvario donde se evocó siempre el martirio de Cristo, el arbusto de piñón y las cruces caídas.

El desalojo es una vorágine. Actúan hombres y bueyes. Todo es grito, sonar de látigos, raíces arrancadas, cercas descuajadas como por obra de un terrible meteoro que asolara a tierras y hombres. Bueyes y mayorales siguen adelante como aguas descauzadas.

Cuando llega frente a las cruces, ahí se detiene el negro que arrea y asusta la manada. Se quita el sombrero de anchas alas y, con las manos en el pecho, dice estas palabras:

—Perdóneme la Cruz de Mayo... esto es cosa de blancos... Entonces recuerda que es hijo de esa misma tierra. Quizás, hace tiempo, por su fundo también pasó otra manada.

*

Junio claro, con soles fuertes, propios del verano de San Juan. El cielo era impasible, como rostro de juez; y los bueyes eran grandes "como las lomas". Así, de ese tamaño, los veían los ojos hundidos de la vieja, acaso por el hambre y las fiebres que tenía. El "piñón" del Calvario que está frente al rancho, desgarrado, rezumaba un líqui-

do rojo, como sangre. Decía Marcelina que era la sangre del Señor Jesús, el que subió a la Cruz por los justos. Pero ahora, en medio del estruendo, las calmas de la fiebre la llevan a desandar el tiempo y recuerda que un día, casi niña, el Leonardo la llevó a la Notaría. Ella está segura de que allí no habló nada. Recuerda la Notaría, boardilla oliente a papel viejo y a posturas de murciélago. Recuerda en la fiebre la cara del Notario, flaco, como se ponen los pericos cuando no hay maíz en los corucos. Usaba leontina y chaleco y su cara semejaba un pájaro picudo, de largas zancas y caminar lento y grave. ¿Pero y qué? Ese mismo es el buen señor don Manuel. ¡El señor don Manuel es bondadoso y ha bautizado a dos de sus hermanos! !No! ¡No pudo ser él! La fiebre lleva al delirio. Y otra vez repite: ¡No! No fué el señor don Manuel. Es castigo del Señor.

Pasó la fiebre. No le quedó más que maldecir al Leonardo mientras huía a las reses que colmaban la sabana y que treparon los riscos y altozanos hasta la cúspide de las lomas, como las hormigas sobre un pastel enorme.

*

La tierra, acaso, es como la yegua que relincha frente al amo que la crió, aunque cambie de dueño. Si tuviera palabra, esta tierra aclamaría a Marcelina, su dueña, la vieja del fundo. Desde el camino la ven los ojos casi apagados de la vieja; donde hubo plantaciones de cacao, ahora son potreros inmensos. El potrero parece una gigantesca hoja de lechuga tendida de loma a loma. Allí los toros son más amables que los capataces.

Marcelina levantó su choza pajiza en el camino, a la buena de Dios, y allí se está en espera de su hijo que

trabaja en la nueva finca. Cada sábado el mocetón viene al rancho con unos cuartos redondos que le caben en el bolsillo menor. En el rancho no hay ajuar. Y como siempre, desde los padres, desde los abuelos, de siglo en siglo, las tres cruces y el arbolillo de "piñón" en todos los caminos del Seybo. El pilón tumbado es el único asiento. Pero hay algo más en el rancho: el "quijongo", con el cual el mocetón, en las tardes, canta cantos melancólicos a la cruz y al Señor, cuando pasan las perdices.

A veces la vieja mira sus tierras perdidas, y entonces monologa:

—Me las dió el Señor y me la quitan hombres... ¡Alabado sea Dios! El Leonardo anda como rana, ¡y Marcelina todavía pará!...

*

Una tarde me contó, al venir la noche, la historia del Leonardo, el que le vendió sus tierras a "los blancos". Recuerdo las gruesas venas que rodeaban su cuello de pájara como jirones de soga parduzca, donde corre una sangre cansada, lenta como el arroyo del paraje.

—Tenía el Leonardo tratos con el Malo. Y tenía la abundancia en su bojío. No había seca, ni verano, ni cuaresma macho pa el Leonardo. Su campo siempre verde y muchas cabras y bestias sueltas. Pero quiso también engañá al Malo y cuando venció la fecha del trato, el Malo vino a buscar su novillá y la rabisa de añojos que le pertenecían. ¡Y he aquí que el Leonardo había vendío el ganao y enterrao las morocotas!...

—Desde entonces el Malo le salía por toas partes. No podía dormí, ni comé, ni sieteá... Al Leonardo le sa-

le el Diablo por toas partes: en los conucos, en las lomas, a la entrada de los caminos, a la vera del río...

"Tuvo que vendelo to, para pagá la deuda. Acabó vacas y bestias y tierra y too... Y tuvo que poné las onzas donde se había comprometío con el Diablo.

"Lo malo es que todavía debe, porque le faltan vacas en la cuenta del Malo. Y se las cobra, y se las cobra... Y ahí anda cargao de cruces...

"Nos vendió a toiticos... y después vinién los bueyes a desalojarnos como a intrusos...

*

Por los caminos de La Candelaria, arrastra su mendicidad, cargado de cruces, Leonardo Catedrá. Vive solo, abandonado al final de la inmensa sabana. Las cruces son la obsesión de su locura. El viejo loco, abandonado por todos, reza, reza, reza, acaso inútilmente. Su ánima apenas tiene reposo. El rancho del endemoniado se columbra desde lejos. La visión es tétrica. Todo un jardín de cruces delante del rancho, y cruces en el patio. Allí fenece lentamente, mascullando rezos inútiles. La conseja afirma que la visión del Demonio le obsede sin cesar.

*

Cielo del Seybo, claro, sereno, y uno como silencio de tribunales cuando el juez va a dictar sentencia. En la finca próxima, la antigua tierra de Marcelina, las manadas inocentes de los crímenes de los hombres pacían tranquilamente los abundantes forrajes. Ese día yo iba en pos de mi ganado extraviado. Una fila de hombres cabizbajos llamó mi atención. Escuché los saludos al pasar el río.

—Ahora vamo a Magarín a enterrá a Leonardo Catedrá... Amaneció en la sabana bañao de azufre y mordío de perros... Ahora le pagó su cuenta al Malo, pues le robó su novillá...

*

Volví al fundo de Marcelina cuando retornaba con mis ganados. En la puerta del rancho estaba, raída y serena. Me parecía una Diosa miserable, o algo así como la buena bruja de la noche que ya emborronaba la sabana.

Hablando de la tragedia de Leonardo, sólo dijo estas palabras:

—Es que Lucifer da la riqueza... pero la dicha, ¡sólo el Señor!

JOSE RIJO

(N. 1915) (*)

FLOREO

La casa era cada vez más hostil. Todo cuanto hacía estaba mal y ni siquiera se le criticaba en un lenguaje que pudiera entender. No sabiendo cómo corregirse se tiró a las calles. De noche le cerraban la puerta y tenía que dormir a la intemperie porque si se colaba para descansar en algún rincón se le echaba a puntapiés y con palabras que debían tener un significado terrible; pero el hambre, siempre el hambre y un no explicado sentimiento le obligaban al regreso. Volvía después de las comidas. Entonces, entre atisbos y sobresaltos, comía, en total, nada: los desperdicios, lo que sobraba, lo que nadie quería de unos pucheros miserables, a base de salazones y de azúcares. Luego, otra vez la calle. A huir, sin tiempo para beber en las regolas que cruzan el poblado. Aun el agua tenía que beberla a prisa, como si fuera un robo, lejos de donde las mujeres lavan la mugre del *fuerteazul*, los refajos sudados y los pañales de las paridas y los recién nacidos. Lejos de donde llenan las potizas y las alcarrazas de uso familiar, lejos de todo y de todos, hasta de los muchachos barrigu-

---

(*)—José Rijo: Es autor de cuentos no impresos en volumen; Licenciado en Derecho, graduado en la Universidad de Santo Domingo.

dos y enclenques que en la sequedad del paisaje jugaban con los caños a los ríos crecidos y a los barcos de vela naufragando.

Suyo, con libertad de posesión a medias, sólo tenía el monte. Muchas veces se internó en los roñosos guazabarales para buscar un poco de sombra o un camino que lo sacara de aquel sitio. Pero ya sabía que tendría que esperar mucho para salir de Pedernales. De un lado estaba el mar sonoramente rugidor, rompiéndose siempre en la amenidad de sus olas bravas que se amansaban luego, hechas espuma y piedras de colores; por otro, la frontera amalgamada de casuchas pajizas y edificios de presuntuosa jerarquía oficial, voces que hablaban aquel lenguaje odioso con que le echaban de la casa cuando quería dormir o robarse un bocado.

Sólo había un camino y lo había emprendido muchas veces para volver siempre cansado de no hallar ni casas ni personas ni término posible.

Se iba poniendo flaco. Los ojos antes brillantes, se adormilaban en la opacidad de las pupilas que nunca alumbran una sola alegría o la humedad del llanto.

La esbeltez de su raza se reabsorbía en la osamenta de su esqueleto casi desnudo, a flor de piel. Su misma agilidad lo abandonó. Lo supo una noche que un grupo de perros sucios y canijos, dejaron de seguir a una perrita renca y preñada para volverse contra él.

Como siempre, le gruñeron con malsana intención, luego, uno se le acercó con el respeto humildoso de los perros realengos ante la gente que se baña y viste ropa limpia. Rasando el suelo, dió una vuelta a su alrededor, lo olió, torció el cuello hacia los otros y todos a una se le abalanzaron. El colmillo de uno de esos canes con sarna y pelumbrosos lo había herido. Tuvo miedo y huyó. De-

trás corría la jauría hambrienta ladrándole con furia, tenaces, insistentes.

El edificio de la Fortaleza estaba cerca. Ahí podría refugiarse, pero la voz de un centinela voceó amenazante:

—Otra vez esos malditos perros; cualquiera le pega un tiro al primero que se acerque.

Cambió de dirección, y siguió corriendo, corriendo con sus últimas fuerzas hasta dejar atrás el camino en donde nunca había encontrado ni techo, ni personas, ni término posible.

Lejos, quizá más allá de la frontera, se oían los tambores de una fiesta de *luá*, y en el poblado los ladridos que anunciaban lascivas correrías de los perros bajo la luna sencilla y alta del cielo verdeazul que mira a Pedernales.

Y se hizo un vagabundo del monte y los caminos, por culpa de las miradas torvas que le negaban un mendrugo, y los perros ociosos que odiaban su limpieza y su raza.

Después de todo, ¿qué? El no era más que un perro, pero un perro distinto.

Desde muy lejos había llegado a Pedernales. Lo llevó el amo para su compañía. Por entonces su único pesar era la añoranza feliz de la casa lejana, y el patio enorme en donde su presencia era el mejor guardián. Lo demás no le importaba. El tiempo lo adaptaba a este vivir distinto que miraba pasar desde la puerta de su señor ocupado en números y planos.

Ya casi ni quería el regreso: era holgada la vida sin nada que guardar ni nadie que robara, sin más verjas que el lindero del campo abierto a cielo y sol.

Y así los días y las noches; menos aquella en que cambió su vida. Si lo hubiera tenido que referir, borrosamente habría recordado cómo se le acercó aquel hombre. Debía ser un maestro del gateo y el asalto. Tanto sigilo

hubo en su modo de acercarse, que Floreo no supo ni gruñir o menear el rabo. Quizás todavía lo estaría pensando si no le hubiera puesto sobre el mismo hocico un envoltorio de inevitable tentación. Era carne, y comió.

Ni los perros ni muchos hombres pueden advertir detrás de cuál placer está el doblar del destino. Así, Floreo no pudo reaccionar al efecto del regalo apetitoso. No dependió de él la docilidad que lo embargó. Al reclamo, un tanto cariñoso, del hombre que le ofreció la cena inesperada, correspondió obediente; y lo siguió hasto no supo dónde; luego sobrevino el sueño.

Cuando despertó estaba tirado en un cuartucho miserable, quizá en un campamento de cazadores o ladrones en la mitad del monte.

Fué al querer salir cuando comprendió que en su cuello había una soga, la misma que no le quitaban sino en las horas del nuevo entrenamiento. Era sencillo, pero extraño a sus costumbres. Para complacer al nuevo amo le habría bastado imitar los otros perros: descubrir el pasto de los rebaños y echarlos poco a poco a los lugares de apresamiento fácil. Mucho se prolongaron los días de enseñanza sin que Floreo supiera matar la presa mansa. Educado para saber guardar, nunca aprendió a robar. Y lo dejaron libre por inútil. Y volvió a la casa que se le hizo hostil porque ya el amo de los planos y los números no estaba en Pedernales. Ya era en todas partes el intruso, el dolido, el paciente que va y que viene sin destino.

Un día uno le gritó:

—Zombí, Zombí— y ése no era su nombre. ¡Cuánto hubiera agradecido que dijeran Floreo!; pero nada. Nada ni nadie a quién brindarle un poco de gratitud, ni siquiera el derecho de manifestarle a alguien la cantada fideli-

dad en los seres de su raza. Por eso era ahora un perro cimarrón bajo la ley del monte.

A veces, el deseo de otro perro o de una mano amiga venía a su recuerdo como a los hombres llega la nostalgia del país natal no visto desde niño; sobre todo cuando el calor arreciaba, era poca el agua o difícil la caza, como en aquella noche en que todavía las piedras quemaban como el sol que ardió sin tregua durante todo el día. Desde su cueva oía el rastrear de las iguanas y el seseo de las culebras mudándose a otros sitios en busca de aire o de rocío. Cayendo la madrugada hubo un momento de humedad. Fué un bostezo de Dios, dando su aliento para que el cactus siguiera verdeando y las bayahondas cuajaran las yemas de sus flores moradas. Después, todo volvió a ser un horno cociendo piedras y tostando espinas.

Un paisaje sin cambio que se animó de pronto por un rumor extraño. Las orejas y el instinto oyeron. Había presencia de chivos, olor de hombres y perros. Era un borrego de buena carne perseguido de cerca por una traílla de monteo y le cogió la delantera.

Esquivando el testuz del animalejo, escurriéndose allá y mordiendo aquí, logró desjarretarlo; luego, una dentellada al cuello. Y ahí estaba el borrego casi *montón* aún. Los perros y los hombres en la presa miraban la propiedad ajena. Y surgieron comentarios.

—Un perro cimarrón.

—Quitémosle el chivo.

—Sí, pero hay que matar el perro.

—Eso voy a hacer —dijo uno que tenía una escopeta terciada.

Y no hubo necesidad de dispararle. Floreo conocía esta voz y a este hombre. Meneó el rabo, le brilló la alegría, era el hombre de la cena.

Al verlo manso la gente reanudó el comentario.

—Mira, ese perro es de alguno que anda monteando por aquí.

—Bueno, ¿y qué? Espanta el perro y llevémonos el chivo. Lo demás, ¿qué importa?

Lo echaron hasta los matorrales. Desde ahí miró desollar el animal y tirarle las vísceras a la jauría hambrienta. Era su hora de comer también y le espantaron de nuevo amenazándolo con piedras y con palos. Pronto estuvo el animal descuartizado y metido en un saco, lo mismo que la piel. Al marcharse sólo dejaron la cabeza del chivo, que los perros mondaron hasta dejarle la osamenta inútil aun para otro perro. Sólo eso quedó y el estiércol que regaron los perros al pelearse por las tripas y la panza repleta. Eso y un rastro de sangre sobre la grama pobre.

Floreo lamió la yerba y la tierra hasta la última gota de coágulo. Mordisqueó la cabeza y la dejó, desesperado. Tenía hambre y sed. De haber sido un hombre habría llorado como lloran los hombres, pero él era un perro...

Quizá lloró mientras gacha la cabeza, husmeó de nuevo tras el rastro de los hombres que se fueron.

El calor seguía subiendo. Negras nubes se arremolinaban y un viento de polvo y hojas secas volaba por el inhóspito paisaje. Floreo caminaba arrastrando la lengua. De pronto comenzó a lloviznar, luego la harina de agua se tornó aguacero. Un chubasco de prisa, como algo que se da a disgusto, parte de alguna nube escapada del cielo antes azul y limpio. Y seguía bajo el chaparrón tirado de limosna a la sequedad del mucaral y los cambrones. No pudo más. El agua limpiaba todo rastro y la sed lo maneaba. Quería hartarse con los ojos cerrados en algún hoyo

hasta oír su propio estómago desplazando los gases. Luego vendría el sol. La vida del mucaral.

De las cuevas salían las iguanas con las sierras dorsales listas a destrozar una presa para el día, y las culebras tentaban el ambiente con sus bífidas lenguas azuladas.

Pronto el sol evaporaría el agua. Se detuvo, y al inclinarse a un pozo, retrocedió espantado. En el fondo del agua estaba él, astroso, sin lana, vuelto un perro cualquiera. Ya no era Floreo, el perro de salón que comía helados, dormía en una perrera con abrigo y jugaba en las alfombras con los niños; era un perro cualquiera, desgarbado como los perros que corren tras las perritas rencas y pulgosas en las noches que platea la luna, sencilla y alta, que mira a Pedernales. Ya. Eso era él... Un perro como todos, un perro cualquiera, sin más destino que las rondas nocturnas y un mendrugo tirado. Se lo decía el agua, lo gritaba su sed, su soledad, su hambre. Y se convenció de que debía seguir las huellas de aquellos hombres y esos perros.

Iba a beber para seguir el rastro, cuando desde una cueva la sierra de una iguana le asaltó amenazante.

Como la gente del viejo Pedernales, también el bicho le negaba la comida y el agua y hubo de defenderse. De entre saltos y embestidas, rumores y gruñidos de fiera, salió la iguana muerta. La azulada barriga vuelta al cielo tiñó de sangre el marfil de Floreo. Harto como las bestias buscó otra vez el agua, y se miró de nuevo temblando ante aquel perro que retrataba el pozo. El no quería ser eso: siempre sería Floreo. Y apretando los músculos de su flácida carne, levantó alto el hocico, dió un aullido distinto a todos sus aullidos y emprendió una carrera sin dirección entre los matorrales husmeando en el viento un nuevo Pedernales.

ML. DE JS. TRONCOSO DE LA CONCHA

(1878-1955) (*)

UNA DECEPCION

¡Qué cosas las de Tronquilis!

Era de oírle sobre todo cuando en la primanoche, después de la cena, tomaba asiento en su silla rústica, frente al mostrador del ventorrillo, a la luz de una vela de sebo y aspirando un oloroso ambiente de guineos, guayabas, zapotes, piñas y otras frutas de esta zona.

Acompañado siempre de la mujer y no pocas veces de algunos vecinos de su calle, la del Conde, Tronquilis llevaba casi constantemente la palabra. ¿Quién como él "para ver claro"? Y lo cierto es que en ocasiones empleaba al platicar una lógica asombrosa, contundente, digna de quien, al revés de él, hubiese calentado los bancos de la escuela.

Era gallego. Había venido a Santo Domingo en busca de fortuna y poco a poco, a fuerza de economías, llegó a reunir unos realitos. Ya cuarentón, abandonó la vida de célibe, uniendo su suerte a la de una criolla, muchacha más buena que el pan y trabajadora como una abe-

---

(*)—Obras de M. de J. Troncoso de la Concha, Doctor en Derecho: *Elementos de Derecho administrativo* (1939); *Anecdotario Dominicano* (1942); *Narraciones dominicanas* (1946); *El Brigadier Juan Sánchez Ramírez* —ensayo histórico— (1944). Fué Presidente de la República, del Senado y de la Academia de la Historia.

ja. Con la mujer (¿quién lo duda?) el viento de bonanza que le había estado soplando arreció, y tanto, que de dos subieron a cuatro las mesitas de frutas y hasta diéronles ganancias para establecer una regular venta de licores, en cuarto reservado, adonde los de la cofradía de Baco acudían a saborear el dulce y picante Licor Rosolio, lucidor de los colores del iris y dispuesto en damajuanitas de cuello delgado y ancho fondo, la confortadora ginebra holandesa Mañana Imperial, o el bravo Aguardiente Cañete, insustituible diluidor de penas.

Por varios años estuvieron la nata sobre la leche Tronquilis y su costilla. Habríales augurado cualquiera, para la vuelta de algún tiempo, una riqueza completa.

¿Qué más sino persistir en el trabajo y economizar cuanto se pudiera?

*

Los tiempos cambian, sin embargo.

Un día el gobierno se equivocó ¡quién lo creyera! y para aumentar el numerario hizo llover sobre el país un diluvio de "papeletas", con lo cual no pocos se ahogaron y algunos quedaron con el agua al cuello. Tronquilis entre éstos. Por grados fué reduciéndose hasta limitarse a una mesa el ventorrillo y la botillería disminuyó considerablemente. ¡Cómo que ya cada copita de Rosolio salía por un ojo de la cara y la caneca de ginebra se había subido hasta las nubes! Y a todas éstas, para colmo de males, el sitio. Porque es de saber que a modo de irresistible alud, habían irrumpido del Norte, del Sur y del Este los revolucionarios del 7 de julio contra Báez.

Tronquilis estaba descorazonado. Gracias a que el "cuarto reservado" sostenía aún parte del negocio. A li-

bar en él iban con frecuencia Benito "el gambao", azuano, que allá en Santomé cortó de sendos tajos la cabeza a dos "mañeses"; Ugenito Lantigua, coplero y soldado, capitán de cívicos; Martín "el brujo", embaucador de campesinos y gran tocador de "cuatro"; "Gollito" Rodríguez, muchacho de la orilla, más malo que coger lo ajeno y encabezador habitual de cencerradas; "Enemencio" Mártir, seibano machetero, con tres cicatrices enormes que le formaban una N en el rostro; "Toñico" Hernández, por mal nombre "El Caimán", montecristeño, con más alma que cuerpo y dos hileras de dientes que parecían querer salirle de la boca; el capitán "Apuntinodá", bravatero de continuo, que no cumplía jamás sus amenazas; "Periquito" Caballero, solicitado "maquiñón", que saltaba en su corcel, sin sujetarse, las más grandes candeladas de San Juan; el "jefe" Hipólito; el "vale" Toribio; Pepito el Indio; y otros tantos al servicio del gobierno sitiado. A falta de tales parroquianos ¿qué habría sido de Tronquilis?

Nueve meses llevaba el asedio, sin que parecieran dispuestos a ceder los de adentro; pero mucho menos los de afuera. El gallego y su mujer comenzaban a desesperar. ¿Duraría esa situación toda la vida? Por otra parte, el "cuarto reservado" se vaciaba. Veces hubo en que Tronquilis, antes de alcanzar una caneca llena, cogió hasta doce apuradas.

A los diez meses llegaron al oído del desventurado negociante rumores de capitulación. Entonces ocurrió algo nuevo: el número de los parroquianos, de la "gente del gobierno", bajó sensiblemente. ¿Qué es eso?

—¡Mujer! ¡mujer! ¡nos acabamos! Esto no puede aguantarse ya, —exclamaba el pobre hombre.

Una mañana, sin embargo, la esperanza sonrió en la casita de Tronquilis. Venía en forma de conspirador ur-

bano. Alguien, que acudió a "tomar la mañana" allí, oyó las cuitas de aquellos consortes, su falta de fe en los días cercanos, su desesperación inmensa...

El matutino visitante, luego que el otro desahogó su pecho, pareció reflexionar. Después, a manera de explorador del terreno, salió a la puerta, dirigió escrutadoras miradas al Oriente y al Poniente, y cerciorado ya de que sólo Tronquilis y su mujer habían de oírle, dió rienda suelta a su palabra de revolucionario convencido.

Mucho les habló y algo muy bueno debió de ser. Tal al menos habría cualquiera leído en la cara placentera que ambos tenían mientras el visitante peroraba.

—¿De suerte y modo —observó Tronquilis a su interlocutor cuando éste hacía un paréntesis para trasegar en el estómago "tres dedos" de ginebra— que pronto cambiarán las cosas?

—Pues ya lo creo que sí, —repuso el conspirador— es gente nueva la que viene y con muchísimos cuartos. Cuando le aseguro que ni en el paraíso vamos a estar mejor.

—Pero ...¿y eso se dilatará mucho tiempo?

—¡Qué vá! ahorita mismo; quien sabe si no pasa ni una semana.

—Y dice usted que...

—Lo que le digo: que son gente nueva y buena y que usted verá cómo del infierno vamos a la gloria con zapatos.

A poco el hombre se marchaba. No había pagado la "mañana"; mas ¿qué falta hacía, cuando el alegrón de Tronquilis compensaba con creces el gasto?

*

Algo extraordinario ocurre en la ciudad. Inusitado

movimiento se nota en sus calles principales. En la del Arquillo y más aún en la del Conde la animación es grande. Filas desordenadas de hombres y muchachos por la acera y variados grupos por en medio de la calle, hablando, gesticulando, levantando a su paso nubes de polvo, se dirigen incesantemente al extremo Oeste de la población. Cada vía transversal es uno a modo de tributario de donde afluyen sin interrupción grandes y chicos, que vienen a aumentar aquella continua circulación de gente. Al pie de la Puerta del Conde, a medida que la multitud avanza, va formándose una masa humana, cada vez más grande, cada vez más compacta, un verdadero mar de cabezas, cuyos movimientos producen ondulaciones, unido a ello una gritería confusa, en que todos hablan y casi nadie entiende.

—¿Qué pasa? Es que va a entrar, triunfante, la Revolución.

Tronquilis y su consorte no son ajenos al bullicio de la urbe. Antes bien ha querido él celebrar el fausto acontecimiento con su ropa dominguera y debido a tal circunstancia se halla todavía en el aposento cuando la avanzada revolucionaria está llegando al Rastrillo y en lo alto del Conde suena un largo redoble de tambores.

Asómase a la puerta la mujer.

—Ven Tronquilis —dice—; ya están acercándose. Despáchate pronto que...

No puede terminar la frase. Una avalancha de curiosos ha invadido la acera para abrir campo a un caballo que corcovea. Váse ella un tanto atemorizada hacia el interior de la casa, mientras Tronquilis, empaquetado, "como un veintisiete", viene de adentro para afuera, con cara de jugador afortunado.

—Ya sí se cuajó —murmura con visible gozo.

Intenta salir a la calle. La apretada hilera de espec-

tadores se lo impide. Forcejea para abrirse paso. Nada.

—Pues señor; no hay fresco de que esta gente me deje el camino franco. Me costará ver desde aquí.

Para poner su resolución en práctica, se apodera de su silla rústica, que tiene al alcance de la mano. Trepa en ella.

De improviso un jinete de la avanzada, echando medio cuerpo afuera, con un pie en el estribo y el otro al aire, grita estentóreamente, a la vez que agita un pañuelo:

—¡Adiós, Tronquilis! ¡Tronquilis, adiós!

Entre confuso y afectuoso, Tronquilis corresponde al saludo. Juraría que aquel hombre es "Periquito" Caballero. Para cerciorarse recoge la mirada. Luego profiere entre dientes.

—Periquito es.

Suenan en seguida en la avanzada otras voces.

—¡Abur, Tronquilis!

—¡Viva el paisano!

—¡Hasta luego, Tronquilis! ¡memorias a la doña!

Tronquilis no entiende aquéllo. Sus ojos no le engañan. Con toda seguridad, quienes le van saludando son Martín "el brujo", "Gollito" Rodríguez, el "vale" Toribio, "Ugenito" Lantigua... Su mente se pierde en un mar de confusiones.

Pasó la avanzada. Ahí viene una guerrilla de francotiradores. A su frente marcha un hombre, color mulato oscuro, de grave continente. Es el "jefe" Hipólito. Cerca de él, el capitán "Apuntinodá" gesticula. Por encima de la general vocinglería se le oye gritar:

—¡Ya sí se acabó el mamey! ¡Ahora van a saber lo que es cajeta!

En el ánimo de Tronquilis ha prendido la más cruel de las desilusiones. Desmorónase súbitamente, a impul-

sos de una conmoción interna, el castillo de sus ensueños.

¿Dónde está la "gente nueva"?

No vió más. No quiso ver más. Bajó de la silla entontecido, con el desencanto pintado en el rostro, y casi maquinalmente, huyendo, diríase, de aquel ruído que ya le molestaba, volvió al aposento de donde había momentos antes salido. Al ruído de sus pisadas, la mujer fué a su encuentro.

Tronquilis, que la vió, vaciló primero en hacerla partícipe de su negra pena. Después, a tiempo que ella también iba a hablar, díjola en tono amargo y moviendo tristemente la cabeza:

—¡Ay mujer, mujer! Son los mesmos... (1)

(1) Primer premio en los juegos florales del 27 de Febrero de 1909.

EL PROCESO DE SANTIN

Don Bernardo Santín era uno de los comerciantes de mayor arraigo de la vieja ciudad de Santo Domingo. De fortuna más que regular, si se le comparaba con la generalidad de las de aquellos tiempos, dedicábase a los ramos de quincalla y loza. El almacén de sus negocios se hallaba situado en las proximidades de la Atarazana.

Natural de Cataluña, había venido a radicarse, siendo muy joven, en la capital de la antigua Española.

Creyente sincero, cumplidor de sus obligaciones como cristiano católico militante, amante de las glorias de su rey, exacto siempre en el pago de los tributos con que contribuía a las cargas del gobierno de la colonia, nunca había dado motivos para dudar de su fidelidad a la Iglesia, ni de su lealtad a la persona de su príncipe.

Vivía con su familia, compuesta de su mujer y varios hijos, en una casa de la calle del Caño, cerca de la iglesia de Santa Bárbara, lugar de residencia de varias de las más linajudas personas de la ciudad.

Casi no había ocasión de la arribada de un barco en que don Bernardo no recibiese algún cargamento destinado a mantener en estado floreciente una de las líneas de su comercio.

En una de ésas llegó al puerto del Ozama un bajel

de matrícula española. Procedía de Portugal. Gran parte de la carga venía destinada a don Bernardo. Todo quincalla y loza, principalmente esto último.

Las mercancías dirigidas a Santín fueron llevadas al almacén, mediante un ligero examen del contenido de los bultos.

Transcurridos varios días, una noche, poco después de la media, varios toques dados a la puerta de entrada de la casa de Santín despertaron a cuantos dormían dentro.

El primero en incorporarse fué Santín. No habló, sin embargo.

Minutos después resonaron los mismos toques.

Esta vez, con voz entrecortada por la impresión que había producido en su ánimo aquella intempestiva llamada, inquirió:

—¿Quién va?

—En nombre del rey, abra seguido.

A la intranquilidad de los primeros momentos, sucedió el miedo.

—¿Quién... dice?... —balbuceó.

—¡La Santa Inquisición!

Estas palabras llegaron a sus oídos con sonido lúgubre. Sus manos frías por el terror que se apoderó de él, se alargaron para tomar de una mesita próxima la palmatoria. No pudiendo sostenerla, a causa del temblor que agitaba ya todo su cuerpo, la palmatoria cayó al suelo.

La mujer de Santín que, lo había oído todo; pero que no había podido articular palabra, exclamó entonces:

—¡La Virgen de las Mercedes nos valga!

Escucháronse de nuevo las voces:

—¡Abrid sin tardanza! ¡Paso a la Santa Inquisición!

Un tanto repuesto de la primera impresión, don Bernardo Santín, buscando a tientas, recogió la palmatoria

del suelo, hizo luz y fué hacia la puerta. Sosteniendo la palmatoria en la siniestra, mientras con la diestra levantaba la aldaba, advirtió:

—¡Cuidado con la puerta, que allá vá!

Apenas había abierto, penetraron dos hombres: dos alguaciles. Después dos más: un oidor y un amanuense de la Audiencia.

—Tenemos denuncia de un sacrilegio —dijo el oidor— y venimos a inquirirlo.

Don Bernardo no contestó. Faltábale aliento. Luego de implorar mentalmente el auxilio del cielo, exclamó:

—¿Sacrilegio? ¿Quién? ¡Imposible!

—Ya lo veremos. ¿Dónde se halla el último cargamento que usted recibió?

—En mi almacén.

—¿Está completo?

—Tiene que estarlo.

—Acabe de vestirse y traiga sus llaves. Vamos allá.

A poco, por las lóbregas calles que conducían a la Atarazana, los agentes del rey, llevando a Santín delante, se encaminaron al almacén de éste.

Ya adentro, alumbrados por la palmatoria que llevó Santín y un candil que allí había, el oidor extrajo de sus bolsillos varios papeles. Luego de examinarlos detúvose en uno y en seguida examinó igualmente el exterior de los bultos que contenían los objetos recién depositados en el almacén.

Con la seguridad de quien sabe lo que hace le ordenó a uno de los alguaciles:

—Abra éste.

El alguacil tomó de una bolsa de cuero que había llevado consigo dos o tres herramientas y ejecutó la orden.

—Saque los orinales que están ahí. Desenvuélvalos.

Lo que a la escasa luz de la palmatoria y el candil apareció ante la mirada atónita de los circunstantes fué algo que los ojos de don Bernardo Santín no habrían querido ver jamás: el fondo de algunos orinales mostraba en colores una imagen del Corazón de Jesús y otros la del Corazón de María.

—¿Cómo justifica usted esto? —exclamó en tono grave el inquisidor.

Don Bernardo Santín, horriblemente empalidecido, buscando maquinalmente apoyo como para no caer, dirigiendo alternativas miradas a los sacrílegos objetos y al magistrado, cuya pregunta, en realidad, no había percibido, decía al mismo tiempo:

—¿Qué es esto, Dios mío, qué es esto? ¡Qué profanación! ¡Eso merece un castigo muy grande!

—¿Cómo justifica usted la posesión de esas cosas sacrílegas? —volvió a hablar el inquisidor, tomando del brazo a Santín. ¡Conteste!

Don Bernardo lo miró con ojos extraviados. Esta vez, desfallecido, respondió:

—No sé, no sé...

Dió varios pasos con la cabeza cogida entrambas manos, dobló el cuerpo sobre un aparador, apoyándose en los codos, y rompió a llorar como un niño.

*

Se principió a sustanciar la sumaria. Oyéronse testigos. Se usó bastante papel.

Parece, sin embargo, que el proceso fué sobreseído. Al menos, contra Don Bernardo Santín no se fulminó sentencia. Tampoco se le descargó. Estuvo encerrado unos días en la Torre del Homenaje; pero por orden de la Real

Audiencia, actuando como Tribunal del Santo Oficio, se le excarceló.

Nunca se supo si se llegó a poner algo en claro. La voz popular afirmó que todo había quedado reducido al esclarecimiento de una trama formada por rivales de Santín, en quienes había hincado su envenenado diente el áspid de la envidia y los cuales habían querido perderlo, sin remisión posible. Se dijo que el siniestro plan había sido concebido y ejecutado por sefardíes establecidos en Portugal, relacionados indirectamente con mercaderes de Santo Domingo cuya identidad no se logró establecer y que la misma nave que trajo las mercaderías destinadas a la proyectada víctima fué portadora de un escrito anónimo dirigido al Santo Oficio, en el cual se le denunciaba las marcas de los bultos que los contenían.

Lo cierto es que el asunto no volvió a tratarse más y don Bernardo Santín no sufrió ninguna nueva molestia.

JULIO A. VEGA BATLLE

(N. 1899) (*)

EL TREN NO EXPRESO

Yo experimentaba la sensación de que la mañana olía a alcoba de enfermo y que estaba invadida por esa inexplicable tristeza que no tiene causa, hecha de incertidumbres, pero sostenida por hondos presentimientos. Era el presentimiento de que estaba cerca de algo insólito, que latía en el ambiente, que venía hecho cosa tangible. A poco me di cuenta de que, en realidad, no se trataba de un presentimiento, sino más bien de un sentimiento. Sí, de un sentimiento de calor y ruido.

Y comprendí que estaba cerca de una locomotora.

Hice un ligero esfuerzo de reconcentración sobre mí mismo, recapacité un tanto, y así pude reconstruir los últimos acontecimientos.

Yo había llegado de Santiago; estaba en Moca; iba para Santos, y debía hacer el viaje en *ferrocarril*. Pero, mientras tanto, ¿qué hacía yo en aquel andén, solo, completamente solo?

Bastóme otro ligero esfuerzo mental: yo esperaba que llegara la hora de la partida. Sí, así era. Y comprendí que había llegado demasiado temprano.

(*)—Nota: los cuentos de Vega Batlle no se han publicado en volumen. El ha sido Rector de la Universidad de Santo Domingo, embajador del país en el extranjero, etc.

Cuando regresé de la anterior reconcentración, me di con que frente a mí estaba la locomotora, y a mi lado, de pie y silenciosas, me miraban varias personas desconocidas. Comprendí que eran viajeros, igual que yo, y me llevó a tal acierto el hecho, comprobado a priori, de que todos llevaban maletas.

No había errado en mis cálculos; los vi subir al carro de pasajeros. A poco subí yo, el último como debía corresponder a mi humildad. Nos sentamos.

Desde la ventanilla, me puse a mirar a la mañana. En efecto, tenía el aspecto de cuarto de enfermo. Hasta podría decirse que olía a desinfectante, a ese desinfectante que echan en los cuartos de los enfermos y que flota en el aire como si fuera un cartelón: —*¡Peligro de contagio!*— y que el enfermo finge no sentir pero que sabe que le ha de matar.

Sí, abstraído, iba a continuar tan mayúsculas filosofías, cuando un afilado estilete perforó mi cabeza, de oído a oído: era el silbato del tren que mataba mis ideas para indicarme que había llegado la hora de no esperar más. Entonces se oyó una voz que dijo: —los pasajeros que hagan el favor de subir.

Nadie se movió en el andén. ¿Hacía, acaso, milenios que ya todos habíamos hecho el favor de subir?

Yo continuaba asomado al ventanillo, mirando a la mañana, que ahora se había vestido con el humo blanco del silbato. Tal vez hubo algún empeño de parte del humo para entrar en mis ojos, porque tengo la convicción de que dejé de mirar a la mañana. Inspeccioné el carro. Era grande, como para treinta pasajeros, pero sólo íbamos seis: un matrimonio joven, con una niña de brazos que siempre chupaba objetos; un oficial de policía, una señora carente de detalles y yo.

El convoy se componía de la locomotora, negra, pequeña, aguda y femenina, como llena de precoz desaliento del que se sabe inútil. Su aspecto era enfermizo; daba la impresión de que sufría un gravísimo complejo de inferioridad: entonces comprendí que ella, y sólo ella, pudo transmitir a la mañana ese ambiente de pesadumbre que llevaba dentro. Después, diez y ocho vagones para la carga, gruesos, hondos, largos pero vacíos, y, por último, el carro de pasajeros, con sus sillones pareados, adulterados por el tiempo y su riente *water-closet*, como de tienda de juguetería.

Hacía muchos, muchos años que rendía servicio. Tantos, que podía echarse el lujo de hacer juegos de palabras, y decir, por ejemplo, *décadas*, en lugar de años. Su nombre oficial era *Ferrocarril de Santana a Santiago*. Sin embargo, era notorio que nunca pudo salir de Santana ni llegar a Santiago. Su servicio se limitaba a ir y venir de Moca a Santos, dos estaciones intermedias entre Santana y Santiago, distantes setenta y cuatro millas. En ese pequeño trayecto había diez y nueve diminutas estaciones, y en cada una de ellas el tren debía hacer una parada. Una parada, solamente; vale decir: detenerse, pitar, esperar... pitar, esperar de nuevo el transcurso del tiempo: ese tiempo que siempre está atrasado, con ese fuerte empeño de atrasarse que tiene el tiempo en todas las estaciones de ferrocarril; luego pitar, seguir adelante un poco, apenas un poco, pero siempre adelante hasta llegar a la próxima estación, a la próxima solamente, nunca a la última, porque nunca arribaba a la última...

Algo me indicó que el tren se estaba poniendo en marcha. Sí: un leve resoplido salió de lo hondo de la locomotora: un pitido largo, como de viejo detective; más tarde, una campanada; después, el chirriar de todo el con-

voy. Observé que avanzaba diez metros; luego desanduvo quince; otros diez de avance; treinta de retroceso y, por fin, la marcha definitiva hacia Santos, la meta del viaje.

Los primeros pasos fueron leves, tranquilos, acordes. Después, poco a poco, el carro fué tomando un movimiento ondulatorio y desarticulado, de arriba hacia abajo; a los cinco minutos de marcha, ya aquel raro movimiento había alcanzado las proporciones de un trote fuerte como de mula embravecida. Y se detuvo en seco.

Todos los pasajeros caímos al suelo. Todos... ¡ay!... menos el oficial de policía. Se había atado fuertemente al pasamanos del sillón. ¡Hombre precavido aquél! ¿Habrá ascendido en los grados de su cuerpo de seguridad pública?...

Nos levantamos, ilesos, aunque llenos de profunda vergüenza. Puedo asegurar que la señora sin detalles recibió una pequeña herida en el temporal izquierdo; yo vi su sangre, que ella disimuló rápidamente. El esposo, que fué el primero en reponerse, quiso reír, pero sólo un vago gemido salió de su boca: un pequeño gemido, casi microscópico. ¡Pobrecillo! No sabía él las terribles pruebas que el destino le reservaba...

Me avergüenza contar cuál fué mi actitud; pero debo hacerlo. Tan pronto comprendí que estaba de bruces en el suelo, calculé lo incorrecto de mi posición, y tomé prisa en levantarme. Un abundantísimo rubor debía cubrir mi rostro. Quise sonreír, y cuando comprendí que me era imposible, me puse a mirar hacia afuera, por el ventanillo. ¡Horror! Allí estaba la mañana, fija en mí, con la bravura del enfermo que se siente perturbado en su anhelada y nunca satisfecha soledad; y sus olores, que se me fueron cuerpo adentro, hasta agarrotarme la garganta. Escupí, a través de la ventana. Parece que el choque había

hecho caer el cristal del ventanillo, porque vi aquella pequeña y decente secreción de mis glándulas salivales rodar, lentamente, cristal abajo, hasta perderse en el doble tabique del vagón. Ninguna importancia hubiera tenido aquel fracaso, a no ser porque oí cinco sonrisas a mi alrededor... Cinco sonrisas que patinaban por toda mi epidermis. Entonces comprendí que mi alma lloraba, avergonzada.

Habíamos llegado a la primera estación. Bajé. Contemplé de nuevo a la mañana, que ya aparecía más adulta, y fuí a sentarme en un banco del solitario andencillo, junto a un señor que parecia dormir. Al sentirme, como que quiso despertar. Por fin abrió los ojos y musitó:

—¿Pasajero?

—Sí. ¿Y usted?

—Soy el conductor-maquinista.

Le miré, arrobado. Era flaco y pequeñito. Tenía un copioso bigote de mandarín. En la punta de cada pelo bailaba, arremolinada, la gota de carbón escapada de la túnica del humo de la chimenea. Y sentí por él un gran cariño, una respetuosa admiración. Conversamos. Luego nos dijimos cosas íntimas.

—Soy padre de familia y tengo cincuenta años. Toda mi vida fuí maestro de escuela. Hace algunos meses clausuraron el plantel, por falta de alumnos. La miseria amenazaba a mi familia, y decidí aceptar este puesto de maquinista.

—Pero... ¿tenía usted prácticas anteriores?

—No. En dos días aprendí, y... ya ve usted: no vamos tan mal.

Saqué el reloj y le advertí la marcha del tiempo. Mas él apoyándose de nuevo en el respaldo del banco, pleno de un viejo y profundo cansancio, me dijo:

—¿Qué importa una hora más o menos? Nadie lleva prisa.

Después de una pausa, agregó, casi a mi oído:

—Me es usted simpático y voy a hacerle una confidencia. Es un secreto de oficio, pero sé que sabrá guardarlo. Oiga: Las estadísticas de la empresa demuestran que la resistencia física y moral del maquinista apenas alcanza para un año de servicio. Si es cierto que hubo uno que estableció un record de once meses, también es cierto que otro apenas duró ochenta días, al cabo de los cuales tuvo que ser recluído en una casa de salud, acosado por una fuerte y persistente manía persecutoria. Y no es para menos, señor. ¿Ve usted esta casi imperceptible torcedura que llevo en el cuello? Es algo terrible que me arrastrará a la tumba. Su causa obedece a que, mientras el tren marcha, necesito imprimirle a mi cabeza un movimiento semigiratorio, de modo que pueda ir mirando la vía, por delante, para evitar choques con las vacas y otros animales que siempre la obstruyen, y al mismo tiempo ir viendo hacia atrás, para llevar la certeza de que el último carro, el de pasajeros, sigue unido al convoy.

—Pero... ¿suele desprenderse? —inquirí atónito—

—Con más frecuencia de la que usted pueda imaginar. Hubo maquinista que se vino a percatar de ello al llegar a Santos, después de diez y siete horas de viaje.

Hoy, mi mente es incapaz de reconstruir la magnitud de mi asombro.

El viaje se reanudó. Esta vez me di cuenta de que llevábamos mayor velocidad y más acopio de ruidos inéditos. Un pitido violento, seguido de otra brusca parada, y como es lógico, todos vinimos al suelo. Media hora de inútil espera... y vuelta a la consabida escena, ahora con una ligera variante: cuando, al incorporarnos por tercera

vez levanté la cabeza, díme con la señora sin detalles, que ahora parecía un monumento, de pies ya, los brazos al cielo, los ojos desorbitados, levantarse las ropas hasta más arriba del vientre, rugir como una fiera acosada, dar un salto transcendental y lanzarse por la ventanilla. Había perdido la razón.

Luego, según puede hoy colegir mi vacilante memoria, el tren siguió haciendo breves recorridos interrumpidos por luengas paradas. En una de ellas, la más larga, bajé de nuevo al andén. Ya la mañana no estaba allí. Se había quedado atrás. Debí presumir que caminábamos a gran velocidad. Tal vez... En cambio, había llegado la tarde, sana de cuerpo, como una rapaza de la montaña, llenos los vellos de sus piernas con los cadillos y las zarzas de las estrellas y de las nebulosas que eran como un presagio de la noche que venía para poner a la tarde bajo el embozo de la sombra. La noche, sí, con los botones de las estrellas en los ojales de las nebulosas...

Al cabo de centurias de minutos, me lancé a preguntar a mi amigo la causa de espera tan larga. Le encontré bajo un árbol, en el límite del bosque. Lloraba. Preguntéle la causa de su pena:

—Señor —díjome—, se ha agotado el carbón. El tren no puede caminar.

Vinieron lágrimas a mis ojos. Las columbraba, entre los hilos de mis pestañas, saltar, como pequeñas olas de un mar disperso. Cuando pude hablar le dije:

—¿Y no es posible idearse algo para que camine?

Si lo empujáramos... no cree usted —me aventuré a insinuar.

—Imposible. Pesa demasiado.

Entonces fué cuando sentí, en la obscuridad de mi

cerebro, como que encendían el fósforo del genio, que sólo una vez es genio, y grité:

—¿Y si desarmamos uno de los furgones de carga y lo utilizamos como combustible?

Sentí el garfio del nervio que no tiene control en el entusiasmo súbito: eran las manos de mi amigo el maquinista que estrechaban las manos de su amigo el viajero. ¡Pobre alma buena!

Le vi correr hacia la víctima... hacia la víctima, que era el carro número catorce ...

El tren caminó. Ya habían traído el paraguas de negro terciopelo de la noche. Eran las nueve.

Entonces pude observar un cintillo negro en el brazo izquierdo del joven esposo. ¿Era, por ventura, un jirón de la noche? A mi pregunta respondió:

—Es por la niña. La enterramos en la estación anterior.

Fué en ese mismo momento cuando observé, lleno de pavor, que el carro se deslizaba como en el aire; que luego le entraba un extraño melindre afectado, cual si le hubieran dado un pinchazo: eran las espuelas de la Muerte que se clavaban en los ijares del convoy...

Me percaté de que íbamos en vilo, por los elementos. Percibí un cambio radicalísimo en los ruidos. Luego un silencio atroz, que duró un instante. En mi cabeza entró el vacío... y perdí el conocimiento.

Cuando volví a la razón, estaba en Santos, la dulce y bella pequeña villa, en la honda axila de la bahía...

Allí lo supe todo. Yo era el único superviviente. El tren había llegado a Santos sin locomotora ni maquinista. La empresa explicó el hecho diciendo que ambos se fueron por un puente, desapareciendo en el fango, y que el resto del convoy, por impulso y desnivel, siguió corrien-

do hasta llegar a Santos. El pueblo, sin embargo, tuvo distintas maneras de interpretar aquello...

Mas yo creo, francamente, que la máquina abandonó el carril y se fué por la jungla, desesperada, llena de remordimientos, plena de pensamientos suicidas, por la antropofagia cometida con el vagón de carga, que engulló en su vientre de llamas. Tal vez podría vérsela, corriendo, desaforada y sin rumbo, por bosques y montañas, en noches óquedas y tempestuosas, como un terrible fantasma de hierro y fuego, violador de mañanas enfermizas.

BNPHU
BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

OTILIO VIGIL DIAZ

(N. 1880) (*)

CANDIDO ESPUELA

A Elías Brache hijo

En el plácido y pintoresco pueblecito de Jarabacoa —un nido en el corazón de la montaña— Cándido Espuela era el hombre polivalente. Político de fuste, secretario de todas las secretarías, maestro de escuela, agricultor, orador, curandero, boticario, negociante, corresponsal del "Listín Diario", literato, hacedor de charadas, maquiñón, prestidigitador y gallero.

Todos estos ejercicios eran circunstanciales y transitorios, y los cambiaba dado su temperamento inquieto, aventurero y guerrero, por las armas, que eran su delirio, su vocación permanente, básica, definitiva: por las armas reivindicadoras y vindicadoras, como decía él, seguido que *estrallaba* el primer *cojetazo* en uno de los cuatro puntos cardinales de la convulsiva República.

No se habían cicatrizado aún las heridas profundas que habían hecho en el crédito político, económico y social, en el mismo corazón de la República, la llamada "Revolución de la Unión", ese amasijo de felonías y fechorías, de ambiciones y de crímenes, en la que tomó parte activa,

---

(*)—O. Vigil Díaz, autor de *Góndolas* (1912); *Miserere Patricio* (1915); *Galeras de Pafos* (1921); *Del Sena al Ozama* (1922); *Orégano* (1949); *Lilís y Alejandrito* (1956), y arttículos y juicios críticos (fatamorgana) dispersos en diarios y revistas.

activísima y decisiva, el malicioso Cándido Espuela, cuando la llamada *Revolución de la "Desunión"*, la más cruenta y salvaje de todas las habidas, prendió de nuevo la tea de la guerra civil, cuyas llamas iluminaron, trágicamente, a esta tierra nuestra, la más dulce, la más bella, la más fecunda y desgraciada del mundo.

Una de esas mañanas alegres, del precioso y canoro valle de La Vega Real —recargado siempre de perfumes bucólicos—, se sintió, de súbito, un *tá, tá, ti, tá,* un toque de corneta de los lados de la "Cigua", por donde un sobrino del polivalente Cándido Espuela, polivalente y bélico, llamado Turín, un muchacho medio civilizado, honrado y trabajador, ajeno por completo a las ventajas y canallerías de la malvada política criolla, que tenía una pulpería buenaza, hecha de *hombre a hombre,* con honradez, con el sudor de su frente, que es como aconsejó Dios que se haga el dinero, para que no envenene el alma, el pensamiento, la vida y la muerte...

—Esa tropa, —murmuró el joven y honrado comerciante—, segurito que es de tío *Cachito,* —como le decía él cariñosamente, y como si le hubieran tocado un botón eléctrico, saltó hacia la parte afuera del mostrador, en mangas de camisa.

Apenas habían desfilado, de uno en fondo, frente al bien surtido establecimiento de Turín, los veinte o treinta infelices campesinos, jocundos y chachareros, regalando saludos y adioses, de boca, de manos y de sombreros, cuando irrumpió en la amplia enramada anexa a la pulpería el Jefe de la columna, que venía a lomo de *Cañonga,* su mula baya, cañas negras, su *ñoña,* como decía él, que estaba para ese entonces que se le podían jugar dados en las nalgas, redonditas y lustrosas.

Cándido Espuela venía armado hasta los dientes.

Traía un sable de espejitos, un revólver *nuevesiningo, cacha e nácar*, con dos correas llenas de cápsulas preciosas. Un puñal *pata e venao* y un brogocito sobre las ingles. En el sombrero, con el ala levantada alante, a lo mambí cubano, que le dejaba al descubierto la cara blanca, pero fuertemente tostada por el sol, un lazo grandísimo, de candelón. En bandolera, la *porturola*, la cartuchera de búfalo, hecha en Santiago, y nuevecita también.

—La bendición, tío Cachito.

—Dios te bendiga, sobrino, y te haga un santo.

—Desmóntese, tío, pa que tome café y se desayune.

—Hombre, sí, sobrino, te voy a complecei, poique eta milicia endiablá, me tiene, que a eta hora que tú ve, no me he echao ni un trago de jengibre en ei buche.

El malicioso, práctico y mentiroso Cándido Espuela, echó pie a tierra con dificultad, entorpecido por las armas superabundantemente innecesarias, y poco después de los abrazos, bendiciones y saludos, a familiares y extraños, tío y sobrino, con empalagosa amabilidad foránea, se sentaron a la mesa cibaeña, siempre oportuna, suculenta, nitrogenada, esa mesa digna de la caverna prehistórica, recargada de viandas humeantes, de huevos fritos con los cebollines y la clara achicharrada, de carne y longanizas fritas, sin estáticas, sin *burrunqueos* inciviles.

Ya en el café, en el paladeo de ese aromático y sabroso café de La Vega, en el preciso momento filosófico en que Espuela encendía un cigarro, el sobrino, que lo quería y que ya tenía su trompo embollado, le rastrilló a boca de jarro:

—Tío, perdóneme la pregunta, ¿pero para dónde va usté con esa tropita?...

—Para donde voy a dir, muchacho, parriba, pai sitio de la Capitai.

—Dispénseme, tío Cachito, pero dígame, ¿cuando e que usté va a entrai en juicio?... Uté no sabe que la cosa p'allá arriba etá que arde. A Eliseo y otro Generai colúo le han rompío la caja dei pecho de un cañonazo. Si a uté lo malogran en una de esas sabanas grandísimas, se lo comen los perros; ahí no entierran a nadie. Si uté se muere pacá, le llenan la sepuitura de clavellinas y estefanotas, toitico ei mundo lo llora, le hacen un rincón bien gritao, y una misa con música. Cómo se le ocurre, cojei ahora parriba, licencie esa tropita en llegando a "Pontón", y vuéivase, que usté es un hombre muy querío, útil, necesario, indispensable, sin usté su pueblo no es pueblo, quédese poi Dió, no vaya a paite.

Espuela, con la barba sobre el pecho, afectadamente enternecido y agradecido por las cándidas reflexiones del sobrino, le contestó:

—Tropita no, sobrino, tropa y de la buenaza, de la caliente, de esas que dejan el sitio pelaíto largando plomo. Pero, después de to, no te preocupe, que yo nunca me adentro mucho en la chispa, yo peleo siempre detrá dei jumo, que digamo, —y echándose la *porturola*, la cartuchera de búfalo sobre el ombligo— ve, —le dijo, y fué sacando y poniendo sobre la mesa:

Un pedacito de corcho, un cabo de vela de cera, tres cajas de fósforos, dos juegos de barajas españolas *viboreá*, dos dados cargados en tres suertes en la carrera, y una panela de dulce de leche.

—Sobrino, yo no he matao ni pienso matai a naide.

Y hurgando de nuevo hasta el fondo de la *porturola de búfalo*, sacó y le mostró al sobrino algunas cápsulas, haciéndole notar sus condiciones inofensivas.

—Ve, sobrino, son de *güebo e chivo* y mi carabina es un brogocito; y después de relojear los contornos de la

pulpería, por si había moros en la corte, le dijo casi en el estribo del oído:

—En ei último sitio, en ei de La Unión, yo me gané mil pesos. Déjame jacei, que yo no dentro en eta cosas sino poi negocio, poi negocio no má, yo no creo en nada ni en naide...

Y le echó la pierna a Cañonga, que piafaba en la enramada, loca por tragar tierra caliente, tierra de guerra.

CUENTO DE CAMINO

POR QUE EL NEGRO TIENE LA PIEL ASI (*)

A la sombra de caoba corpulenta reposan Jesucristo y San Pedro, después de andar por el mundo mejorando la suerte de los mortales. El mal se alejaba momentáneamente de la tierra, y el divino Jesús quiso, además de todo el bien realizado, otorgarle un don a cada ejemplar de las razas humanas.

Entonces fué cuando San Pedro hizo comparecer al indio, al blanco, al negro, al amarillo y al mulato. Trató de colocar al negro en lugar de preferencia, compadecido de haberlo visto trabajar *de seis a seis*, tostado por el sol y en ocasiones bajo torrenciales aguaceros. Y su mirada, a la que nada se esconde, notó que el negro se deslizaba, se evadía colocándose en la retaguardia.

—Jesús —habló San Pedro— está satisfecho del regular comportamiento de ustedes y, compadecido por los viejos padecimientos de todos, quiere otorgarle un don a cada uno. Pídele tú lo que más deseas, —le ordenó al al blanco.

—Señor —suplicó el aludido arrodillándose ante el Redentor del mundo— dame una chispa de tu sabiduría.

(*)—Este *cuento de camino*, o folklórico, le fué dictado en Enriquillo a Sócrates Nolasco por el señor Numa Pompilio Sánchez, ahora ciego, de setenta años de edad, quien fué Juez Alcalde durante varios años.

Tengo fe y con tu ayuda sabré descubrir medios para aliviar y mejorar la suerte de mis semejantes.

—Otorgada te es: estudia y sabrás... —le dijo el Señor.

—Pídele ahora tú, —le ordenó San Pedro al amarillo.

—Señor, que una chispa de tu lumbre resplandezca en la hoja de mi espada: quiero ser un conquistador.

Por la memoria del llavero eterno pasaron sombras diversas, chorreando sangre... y las pupilas se le nublaron.

—Otorgada te es, y conquistarás mientras seas clemente; —díjole Dios.

—Pídele tú, —le ordenó San Pedro al indio sin volver a mirar al amarillo.

—Quiero una brasa de tu luz, Señor, para encender el tabaco de mi cachimbo, y fumar, y soñar... —suspiró éste.

—Otorgada te es: tómala, fuma y... sueña; —le dijo Jesucristo envolviéndole las ideas en la humareda en que se convertía el tabaco de su cachimbo.

—Pídele tú, —le ordenó San Pedro al mulato mirándole hasta el fondo de la conciencia y sin pizca de simpatía.

—Dame, buen Dios, la chispita necesaria para mantener encendido el fuego de mis apetitos: quiero gozar... ¡Gozar y gozar y no perder el gusto!

—Otorgada te es, —suspiró Jesús—. Peca y... arrepentido, reza.

Y el negro, receloso, no se acercaba. Un viento manso venía de más allá del mar, voló sobre la llanura y, feliz, acarició durante un rato las sedosas y abundantes bar-

bas del llavero eterno, quien, dulcificando aún más la voz, ordenó con simpatía:

—No seas tan tímido; acércate y pide.

Entonces el negro, sospechando como ante un recodo del camino real, se rascó la cabeza y mirando de soslayo, precavidamente dijo:

—Mire, Siño Jesucrito, y Uté, Don San Pedro... no se preocupen por mí, que yo ando atrá d'esta gente: soy el encargao de llevale las maleta.

Y desde aquel lejano día, por haber preferido a una chispita divina la desconfianza, hija de la malicia, anda y andará el negro con la piel a oscuras sabrá Dios hasta cuándo.

INDICE

Pág.

Lamarche—Angel Rafael
Así era él..... 9

López—José Ramón
El General Fico..... 21

Marrero Aristy—Ramón
Mujeres..... 37

El Fugitivo..... 45

Monclús—Miguel Angel
El General José Pelota..... 53

Moscoso Puello—Francisco E.
El Regidor Payano..... 81

Nolasco—Sócrates
Ma Paula se fué del mundo..... 95

Angel Liberata..... 105

Ortea—Virginia Elena
Los Diamantes de Plutón..... 123

Peña de Bordas—Virginia de
La Eracra de Oro..... 131

Pérez—José Joaquín
Las tres Tumbas Misteriosas..... 149

Pág.

Pichardo—José María (Nino)
El Forastero..... 159

Prestol Castillo—Fredy
La Cuenta del Malo..... 171

Rijo—José
Floreo..... 179

Troncoso de la Concha—Manuel de Jesús
Una decepción..... 189

El proceso de Santín..... 196

Vega Batlle—Julio A.
El Tren no expreso..... 203

Vigil Díaz—Otilio
Cándido Espuela..... 215

Cuento de camino (Anónimo)
Porqué el negro tiene la piel así..... 200

C O L O F O N

Se acabó de imprimir esta obra el día 7 de marzo de 1957, —"Era de Trujillo"—, en los talleres tipográficos de la Editorial "Librería Dominicana", de Ciudad Trujillo, República Dominicana.

ESTAMOS
PARA
SERVIR